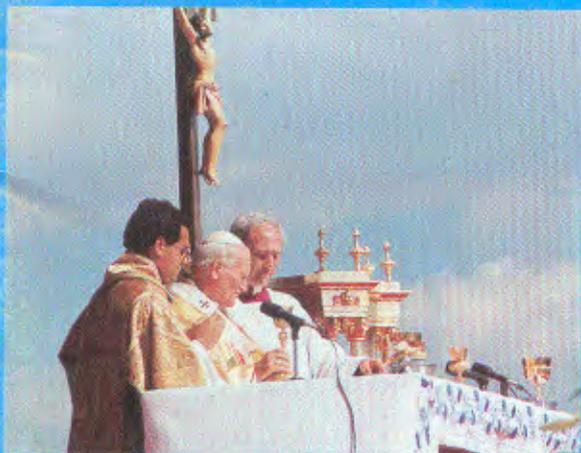




Junio de 1990 N° 95
San Juan de los Lagos, Jal.

Boletín de Pastoral



CONTENIDO

Presentación	1
Crónica de la visita de Su Santidad	2
Frutos que el Papa espera	9
Salió el Sembrador a sembrar	10
Formar comunidad	11
Pastoral profética	13
Pastoral social	17
Pastoral familiar	27
Pastoral juvenil	33
Pastoral campesinos	39
Pastoral educativa	43
Pastoral santuarios	47
Pastoral de los M.C.S.	51
Agentes sacerdotes	53
Agentes religiosos	59
Agentes seminaristas	62
Agentes laicos	64
Saludo de nuestro Obispo	68
Telegrama del Papa	70
El Papa nos ha visitado	71
Acerca de la evaluación	74

Este documento contiene al principio **imágenes**

El **texto correspondiente *(para copiar y pegar)*
se encuentra al final de este documento.**

PRESENTACION

Hemos recibido la visita del Papa Juan Pablo II como una bendición de Dios, concedida por mediación de María. Hemos hecho todo el esfuerzo posible para que su paso entre nosotros fuera organizado y grato. Hemos rogado mucho para que gracia tan notable redundara en la intensificación de nuestro proceso de evangelización.

Ahora, después del acontecimiento, nos corresponde asimilar su mensaje en orden a un cambio de vida personal y comunitario.

Dicha asimilación supone conocimiento, estudio y reflexión serios de los mensajes que el Vicario de Cristo pronunció aquí en San Juan y en todos los lugares visitados por él en nuestra patria.

Con ese motivo hemos pensado que sería de utilidad tener a la mano un **INDICE ANALITICO DE LOS MENSAJES DEL PAPA EN MEXICO**. Es el contenido principal del presente boletín. Este índice tiene relación con nuestro objetivo diocesano, nuestro esquema de prioridades, tareas específicas y agentes.

La finalidad del presente trabajo es que los agentes de pastoral de la Diócesis conozcan el pensamiento del Papa sobre la realidad de México; que cada equipo diocesano o parroquial asuma este pensamiento para realizar sus propios programas; que se reflexione en las parroquias con agentes y pueblo, etc. etc.

Como se notará entonces, no pretendemos llegar los requisitos de un boletín conmemorativo, sino que seguiremos la línea ordinaria de nuestros contenidos, en el plano estrictamente pastoral.

Esperamos poder contribuir a la difusión y puesta en práctica de la semilla evangélica sembrada con tanto fervor y cariño por el Santo Padre Juan Pablo II.

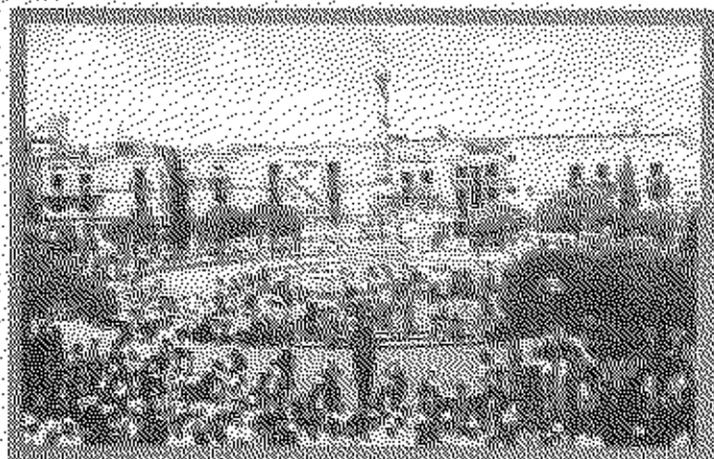
CRONICA DE LA VISITA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II A SAN JUAN DE LOS LAGOS

El martes 8 de mayo de 1990 el Santo Padre Juan Pablo II, Pastor Supremo de la Iglesia Católica llegó como peregrino a nuestra Diócesis, realizando las siguientes actividades:

A las 11.00 a.m. arribó al helipuerto preparado ex-profeso en el crucero de San Sebastián. Ahí lo recibió nuestro Obispo, D. José Trinidad Sepúlveda juntamente con el Gobernador del Estado de Jalisco, Lic. Guillermo Cosío Vidaurri y otras autoridades eclesásticas y civiles.

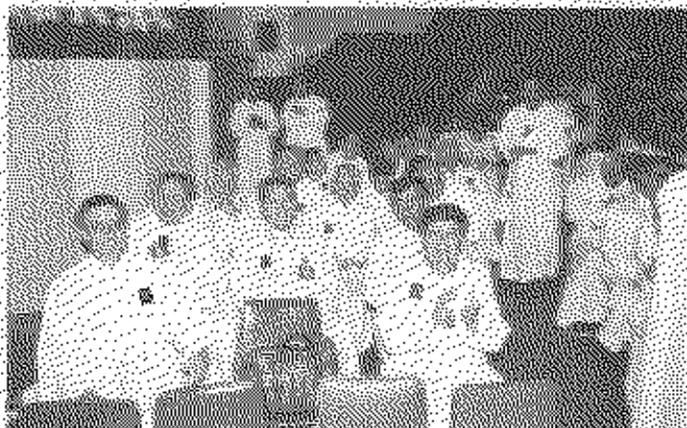


A las 11.10 a.m. salió en el papamóvil rumbo a la Catedral Basílica de Nuestra Señora de San Juan. Este recorrido fue de 5 Kms. aproximadamente, mismos que fueron aprovechados por personas de diferentes lugares de la Diócesis para saludar al Papa.



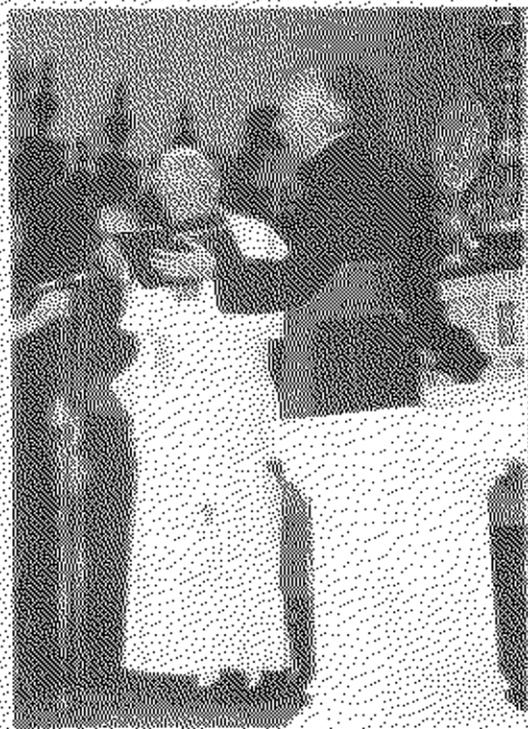
A las 11.30 a.m.
llegó a la plaza
principal de la
ciudad, donde los
esperaban ansiosos
los niños de las
escuelas y sus papás.

Después de saludar a
los congregados en el
atrio y la plaza,
ingresó a la Basílica
donde fue recibido
por sacerdotes,
religiosos, religiosas y
laicos invitados.





Por unos momentos se retiró a orar en la Capilla del Santísimo, lo acompañó el Sr. Obispo J. Trinidad Sepúlveda.



Todos los participantes en Catedral, rezamos junto con él el Regina Coeli. Después dirigió un breve Mensaje Mariano.



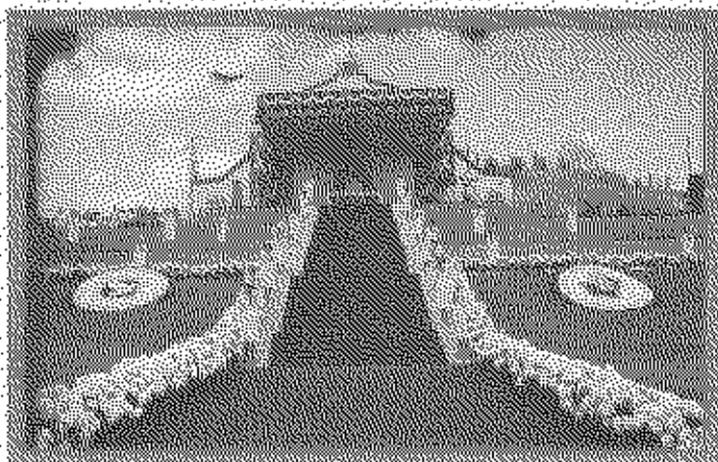
A las 12.00 Hrs. se trasladó al antiguo obispado, contiguo a Catedral. Ahí comió él y su comitiva. Después tomó un breve descanso.

Mientras tanto los sacerdotes y demás personas que estaban en Catedral y que participarían en la Eucaristía, acompañaron la peregrinación con la Imagen de Nuestra Señora de San Juan.

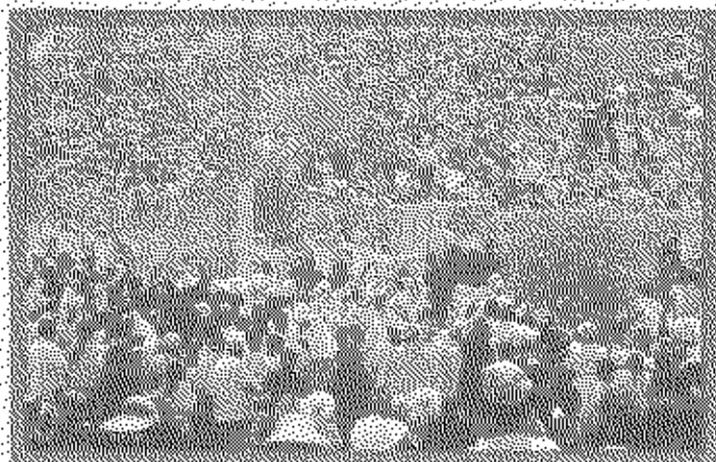


A las 2.00 p.m. el Papa salió al Fraccionamiento "El Rosario", donde cientos de miles de personas, lo esperábamos, especialmente jóvenes.

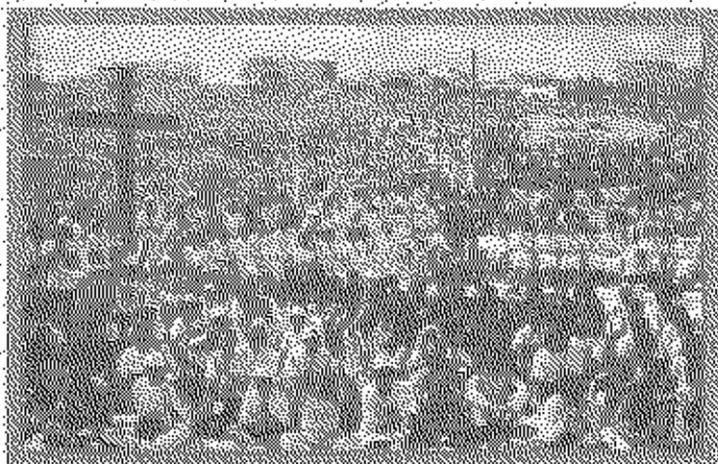
Así lucía el altar de la Concelebración con el Papa unos momentos antes de que él llegara al Fraccionamiento.



A las 2.25 p.m. el Santo Padre llegó al Fraccionamiento en medio de las desbordantes manifestaciones de fe y júbilo de todos los asistentes.



En punto de las 2.45 p.m. inició la Solemne Concelebración en la cual el Papa Juan Pablo II dirigió un mensaje a todos los jóvenes de México.



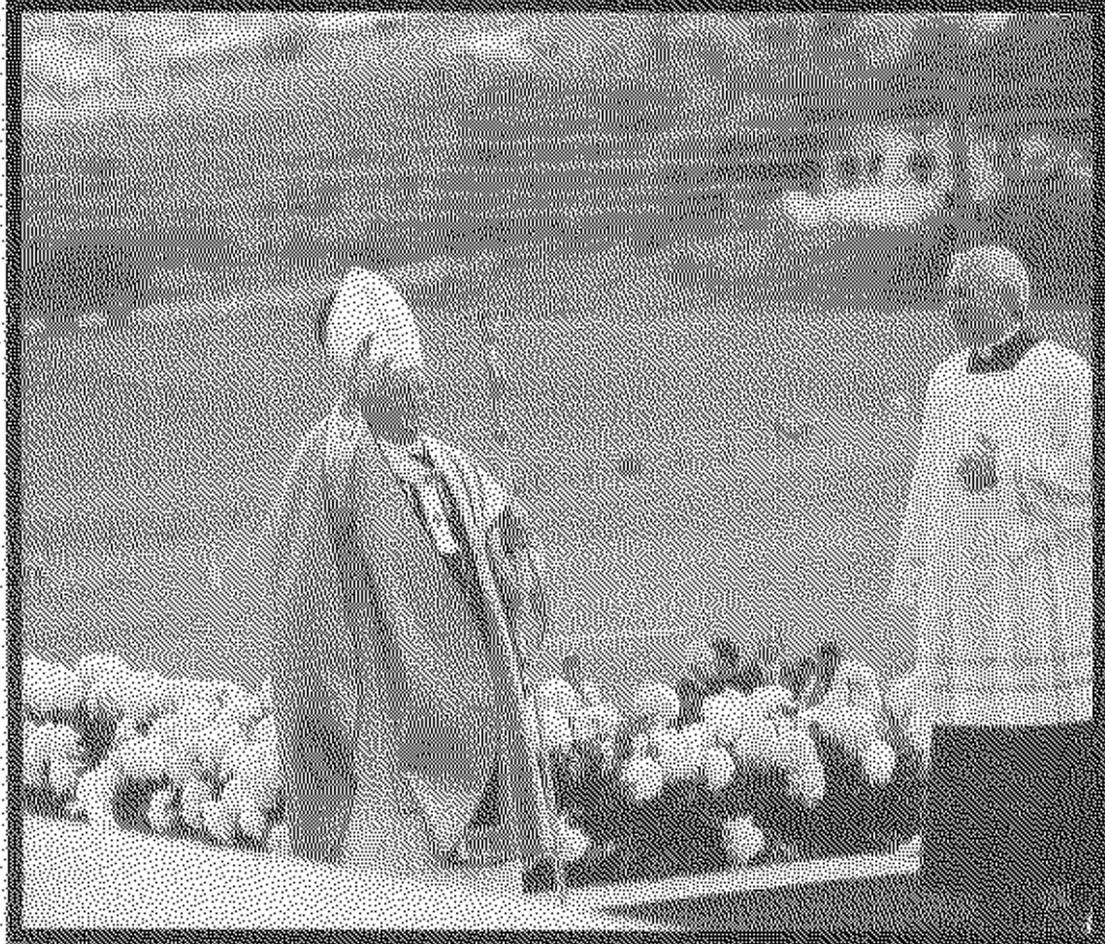


A las 5.30 p.m. el helicóptero
que lo trasladaría
al aeropuerto de Aguascalientes
saló de la Unidad Deportiva.

FRUTOS QUE EL PAPA ESPERA EN LA VENIDA A MEXICO

Conozco bien la dedicación y el entusiasmo con que, bajo la guía de vuestros Pastores, os estáis prodigando en la preparación de las ya próximas jornadas para que la visita del Papa produzca frutos abundantes que ayuden a renovar vuestra vida cristiana, impulse la nueva evangelización e infunda aliento y esperanza en todos, particularmente en los más pobres y necesitados. Os expreso por ello mi aprecio y gratitud a la vez que os animo a intensificar vuestras oraciones para que las jornadas de comunión en la fe y en el amor que juntos vamos a compartir, se reflejen en su decidido esfuerzo por difundir y vivir más profundamente el mensaje de Cristo, Salvador del hombre, Redentor del mundo.

(Mensaje radiotelevisado en vísperas de la llegada a México.7)



Salió el Sembrador a sembrar

En la siguiente sección presentamos extractos de los mensajes del Papa en apartados de interés para nosotros. Los números a que hacemos referencia pertenecen a la edición:

"Segunda visita Pastoral a México de Su Santidad Juan Pablo II"
CEM.- México 1990

FORMAR COMUNIDAD



En este proceso de crecimiento hacia la unidad querida por Cristo se va mostrando la naturaleza de la Iglesia como una comunión donde reina la fraternidad y al mismo tiempo se da en ella una diversidad de ministerios (cfr. 1 Cor 12,5).

La Iglesia, porque participa de la vida divina de la Trinidad, es un misterio de comunión que debe manifestarse en el ámbito de cada comunidad eclesial. Esta comunión se fundamenta en la unidad de la fe, la esperanza y el amor cristianos, recibidos en el bautismo. Se refuerza constantemente por la participación en la Eucaristía, como expresión máxima de la unidad de la Iglesia. Se renueva por el sacramento de la conversión o penitencia, que nos reconcilia con Dios y con los hermanos. Se concreta al compartir los propios bienes y mediante la disponibilidad personal. Al mismo tiempo, esta comunión eclesial está llamada a ser fermento de reconciliación y de paz entre los hermanos, en medio de los cuales actúa movida por el Espíritu Santo.

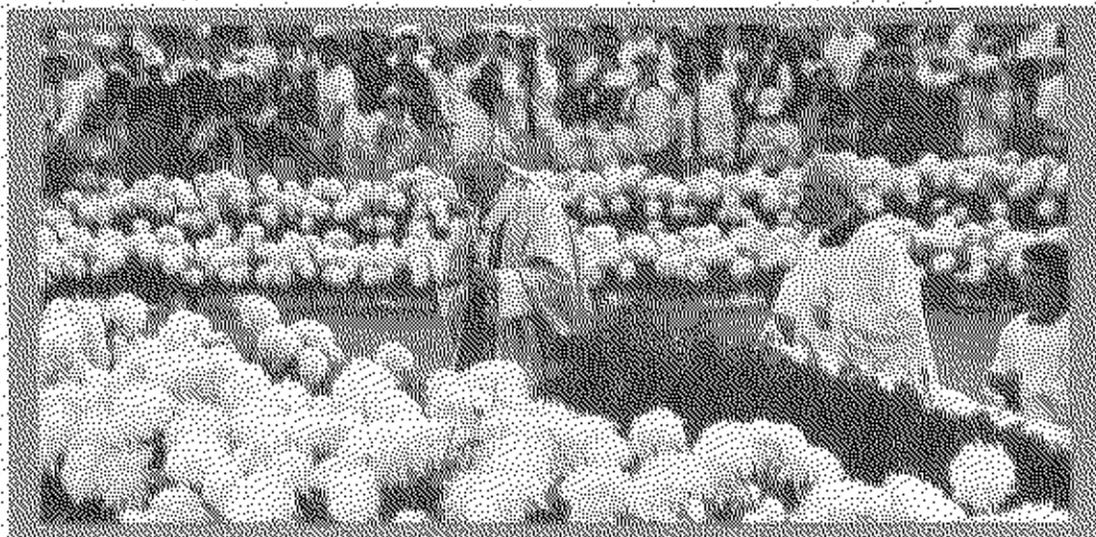
Esta misma comunión, en cada Iglesia local, está presidida por el Obispo, unido al Papa como Obispo de Roma y Sucesor de Pedro. El Papa, a su vez, es el centro de la colegialidad o comunión episcopal, ya que está a la cabeza de la Iglesia que "preside en la caridad" (S. Ignacio de Antioquía, Carta a los romanos).

(Homilía, Fidelidad a Cristo en la Iglesia, Villahermosa: Nos. 430-433)

Al mismo tiempo, esta comunión se verifica en la Iglesia a través de sus variadas comunidades presididas por los presbíteros, los cuales, como cooperadores inmediatos de los Obispos, participan de su solicitud pastoral al servicio del pueblo (cfr. Lumen gentium, 28). El sacerdote, revestido de entrañas de misericordia ante toda miseria humana, ha de estar disponible sobre todo para los que sufren. De este modo, la Iglesia se podrá presentar ante el mundo como "un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando" (Plegaria eucarística V/b).

Las nuevas circunstancias, queridos Hermanos, exigen una decidida acción evangelizadora que lleve a actitudes de mayor autenticidad personal y social y en la que participen todos los miembros de la comunidades eclesiales: sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Es particularmente necesario en nuestro tiempo alentar a los laicos a que se hagan más presentes como cristianos en las realidades temporales de la sociedad mexicana y que sientan, a la vez, la urgencia de participar y hacerse corresponsables en las tareas eclesiales.

(Encuentro con los Sacerdotes, Religiosos, Religiosas, Seminaristas y Laicos comprometidos, Tlalnepanula, No. 399)



PASTORAL PROFETICA



El Señor, dueño de la historia y de nuestros destinos, ha querido que mi pontificado sea el de un Papa peregrino de evangelización, para recorrer los caminos del mundo llevando a todas partes el mensaje de la salvación. Y quiso el Señor que mi peregrinación, realizada a lo largo de estos años, comenzase precisamente con mi viaje apostólico a México, tras breve estancia en la ciudad de Santo Domingo, para seguir así la ruta de los primeros evangelizadores que llegaron a tierras de América, hace ya casi 500 años.

A distancia de más de once años, puedo repetir aquí lo que dije en Roma, cuando iniciaba mi primer viaje apostólico rumbo a México: "El Papa viene a postrarse ante la prodigiosa imagen de la Virgen de Guadalupe para invocar su ayuda maternal y su protección sobre el propio ministerio pontificio, para repetirle con fuerza acrecida por las nuevas inmensas obligaciones: 'Totus tuus sum ego': soy todo tuyo; para poner en sus manos el futuro de la evangelización en América Latina" (25 de enero de 1979). Precisamente en la perspectiva de los 500 años de la primera evangelización, que América entera se dispone a celebrar, he dirigido a todas las Iglesias que están en este "continente de la esperanza", un llamado a emprender una Nueva Evangelización.

(Discurso de llegada al Aeropuerto de la Ciudad de México No. 13)

Al tema de la Nueva Evangelización, estará dedicada la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que espero inaugurar en Santo Domingo, como inauguré en 1979 la III, en Puebla de los Angeles.

Con inmenso gozo he proclamado también Beatos a los tres niños mártires de Tlascala: Cristóbal, Antonio y Juan. En su tierna edad fueron atraídos por la palabra y el testimonio de los misioneros y se hicieron sus colaboradores, como catequistas de otros indígenas. Son un ejemplo sublime y aleccionador de como la evangelización es una tarea de todo el pueblo de Dios, sin que nadie quede excluido ni siquiera los niños.

(Homilía: Misá de Beatificación en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, México, No. 25)

También a los habitantes del Valle de Chalco y Netzahualcóyotl quiero hacer una invitación paternal, para que sean ellos los primeros y principales artífices de su promoción mediante el trabajo personal, la economía doméstica y la educación de sus hijos. La participación activa en las parroquias y en las comunidades eclesiales dará abundantes frutos de caridad, solidaridad y compromiso por la justicia, como exigencia de una intensa vida cristiana que se nutre en la Eucaristía y en la escucha de la Palabra de Dios. Vuestra asidua relación con Dios se traducirá también en una más sólida formación en las verdades de nuestra fe católica, para así hacer frente a las sollicitaciones de las sectas y grupos que intentan apartaros del verdadero redil del Buen Pastor.

(Homilía: Servicio a los pobres desde el Evangelio, Estado de México, Xico-Chalco, No. 39)

La evangelización entonces iniciada está aún en camino, y este V Centenario debe ser para todos ocasión propicia para darle nueva vitalidad y empuje. Por eso los Obispos de toda América Latina se reunirán en Santo Domingo, en 1992, para reflexionar acerca de la situación actual de la Iglesia en esos países y estudiar, bajo la guía del Espíritu Santo, la tarea que entre todos tenemos que llevar a cabo, ya próximos al tercer milenio de la era cristiana. En efecto, la labor de anunciar el Evangelio a todas las naciones, que como acabamos de escuchar en la lectura del evangelio de san Marcos, Cristo encomendó a su Iglesia, es una responsabilidad que incumbe a todos y cada uno de quienes, por la gracia del Señor, somos y nos llamamos cristianos. Después de cinco siglos de

iniciada esta misión eclesial en el nuevo continente, Cristo, resucitado y elevado a la derecha del Padre, nos envía de nuevo a evangelizar a toda la gente (cfr. Mt 28,19).

Evangelizar significa anunciar la Buena Noticia. Y la Buena Noticia que el cristiano comunica al mundo es que Dios, el único Señor, es misericordioso con todas sus criaturas, ama al hombre con un amor sin límites y ha querido intervenir personalmente en su historia por medio de su Hijo Jesucristo, muerto y resucitado por nosotros, para liberarnos del pecado y de todas sus consecuencias y para hacernos partícipes de su vida divina.

¿Quién es este Dios, el único Señor?

Este mismo Dios que en el Nuevo Testamento se nos revela Uno y Trino, se nos ha manifestado en la humanidad de su Hijo Jesucristo, concebido en las entrañas de María. Evangelizar es, en primer lugar, anunciar a Jesucristo: su vida y doctrina, sus valores y opciones, su muerte y resurrección por nosotros. En su predicación y en sus acciones descubrimos lo que significa que Dios es el único Señor, porque todo el misterio de Jesús, sus enseñanzas, sus milagros, su vida, están al servicio del Reino y Señorío de Dios.

Y el primer medio para proclamar el mensaje cristiano, queridos hermanos y hermanas, es el testimonio de vida de hombres y mujeres creyentes que expresen abiertamente su fe siguiendo a Cristo. Por eso decía mi predecesor el Papa Pablo VI en su Exhortación Apostólica sobre la evangelización: “El hombre contemporáneo escucha mejor a los testigos que a los maestros; o si escucha a los maestros, lo hace porque son testigos” (Evangelii nuntiandi, 42).

Anunciemos pues con fuerza al mundo que Cristo ha muerto y resucitado por nosotros, y que -como escribe san Pablo- nosotros participamos de su muerte y resurrección por el bautismo (cfr. Rom 6, 3-4). Nuestro bautismo y nuestra condición de hijos del mismo Padre nos ha de llevar a mirar a cada hombre como hermano. Por eso, Jesucristo pone como condición para hacernos partícipes de su salvación dar de comer al que tiene hambre, dar de beber al que tiene sed, vestir al desnudo, consolar al triste, porque “cuando hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40).

Los principios cristianos que habéis recibido de vuestros mayores han de informar, pues, todas las relaciones humanas. Los valores del Evangelio deben ser la norma del servicio que ha de imperar en la convivencia social: en la política, en la cultura, en la educación, en la vida de familia, en las relaciones laborales. Pero sin confundir nunca ni limitar el Reino de Dios a los logros terrenos, que son sólo una parte, un instrumento. Como han proclamado los Obispos en Puebla: “El Reino de Dios pasa por realizaciones históricas, pero no se agota ni se identifica con ellas” (n. 193).

Por último, a la proclamación de la Buena Nueva ha de seguir una sólida catequesis a todos los niveles, particularmente en la familia y en los ambientes juveniles. La invitación a creer ha de ir acompañada por la oportuna instrucción acerca de todo aquello que el Señor, por medio de su Iglesia, ha querido enseñarnos. Sería un error catequizar sin haber evangelizado previamente, como lo sería igualmente evangelizar no atendiendo luego en modo suficiente el instruir en la fe recibida.

La formación cristiana mediante la catequesis llevará a una participación más activa en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia. De esta manera, el pueblo sencillo hallará en esto y en la práctica de la piedad popular motivaciones para dar razón de su fe. Y así, los ambientes des cristianizados se harán más permeables a un reencuentro con el Señor, y la actividad proselitista de las

sectas podrán encontrar un freno a las ambigüedades y confucionismo que siembran

(Homilía. V Centenario de la Evangelización; Veracruz. Nos. 105, 119, 125, 129, 133, 137).

Pero como en toda realidad humana, marcada por la huella del pecado, no todo el proceso evangelizador logró sus objetivos. A ciertas contradicciones externas -aún persistentes- viene a unirse un conjunto de factores que muestran la apremiante necesidad de una renovada evangelización que, retomando la savia vital del pueblo mexicano, dé un nuevo impulso, a partir de vuestras raíces cristianas, y se irradie con intensidad y en profundidad a todas las áreas de vuestra cultura.

Es urgente, pues, asumir valientemente el desafío de una nueva evangelización de México. Evangelizar al hombre, a todos los hombres y mujeres; evangelizar la cultura y todas las culturas (cfr. Evangelii nuntiandi, 19) de estas tierras mexicanas. Precisamente uno de los problemas más graves que se plantea la Iglesia es constatar como la llamada evangelización fundante no ha desplegado toda su fuerza y posibilidades. Por ello, debéis entregaros a esta evangelización mediante el anuncio incansable de la verdad, del amor, de la reconciliación, de la justicia.

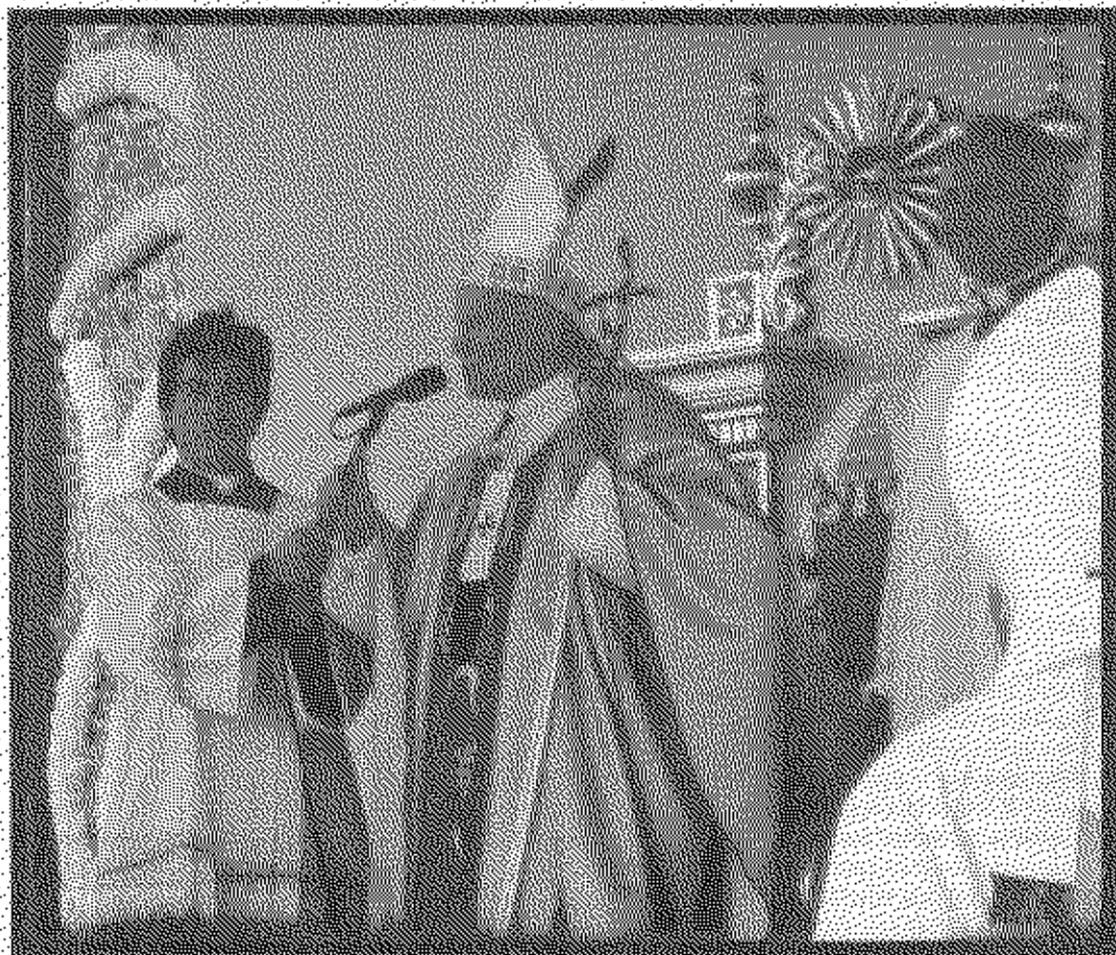
Os preocupa particularmente, en vuestra solicitud de Pastores, el creciente secularismo que, queriendo prescindir de Dios, crea sus propios ídolos a los que venera.

A nadie se le oculta que el agnosticismo e incluso el ateísmo están presentes en el mundo moderno como una realidad inquietante. Vosotros mismos sois testigos de como a nivel concreto se difunden como ideologías que quieren construir una sociedad sin Dios. Una vez más, ante el ineludible desafío que estas ideologías representan para la nueva evangelización, es urgente y necesario repetir incansablemente que la búsqueda de Dios no es algo superficial ni superfluo para el ser humano, algo que éste puede descartar sencillamente del horizonte de su existencia. Para la persona la búsqueda de Dios se encuentra en la misma línea de su realización existencial (cfr. Redemptor hominis, 30). Hoy esto se ha verificado de una manera inesperada: los acontecimientos recientes están demostrando que los intensos esfuerzos de un ateísmo convertido en sistema político no han logrado apagar en el corazón humano el ansia de encontrar a Dios.

El fenómeno del consumismo no está desligado del proceso secularizador. El deseo de poseer se ve instigado continuamente por la oferta de productos suntuosos, y con frecuencia innecesarios, que a través de la publicidad se muestran atractivos y como capaces de colmar las aparentes necesidades y solucionar los males del hombre. Junto con la alienación que ello significa para la persona humana, el consumismo es además una ofensa continua y humillante particularmente para los pobres, a quienes a veces está vedado no ya lo superfluo, sino hasta lo más necesario para una vida digna.

La presencia de las llamadas "sectas" es un motivo más que suficiente para hacer un profundo examen de la vida pastoral de la Iglesia local, buscando al mismo tiempo unas respuestas y orientaciones sólidas que permitan conservar y fortalecer la unidad del Pueblo de Dios. Ante este desafío vosotros habéis establecido oportunamente unas Opciones Pastorales (cfr. La Iglesia ante los nuevos grupos religiosos, 16.IV.1988,III). Estas Opciones van más allá de una mera respuesta al reto presente y quieren también vías para la nueva evangelización, tanto más urgentes cuanto que son caminos concretos para ahondar en la fe y en la vida cristiana de vuestras comunidades.

(Discurso a los Obispos de México; Cuautitlán. Nos. 480-484, 487)



PASTORAL SOCIAL

Hoy como ayer, la Iglesia, excluyendo opciones partidistas y de naturaleza conflictiva, quiere ser la voz de los que no tienen voz; quiere dar testimonio de la dignidad del hombre y ser su alivio y defensa. Mirando la historia de México no podemos dejar de recordar a aquellos misioneros y evangelizadores de la primera hora, que fueron campeones de la promoción y defensa del indígena, del pobre: Fray Toribio de Benavente, conocido como "Motolinía", el pobre; Fray Juan de Zumárraga, Fray Bernardino de Sahagún, Don Vasco de Quiroga, llamado por el pueblo "Tata Vasco", Fray Pedro de Cante, Fray Bartolomé de las Casas y tantos otros, que dedicaron su vida a sembrar la buena semilla del evangelio en esta gran nación. Ellos, como los muchos que continuaron su obra durante estos cinco siglos, estaban convencidos de que "el mejor servicio al hermano es la evangelización que lo dispone a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente" (Puebla), 1145). En esta ayuda al hermano necesitado, sobre todo al más débil, procura la Iglesia ejercitar el mandamiento supremo de la ley, que es amar a Dios de todo corazón y al prójimo como a sí mismo (cfr. Mt. 22, 37-40).

La Iglesia practica la caridad a través de múltiples obras de misericordia corporal y espiritual, que son otros tantos modos de servir al hombre que padece necesidad. Más aún, traduce el cumplimiento del mandamiento del amor en una praxis cristiana, que es la moral social cristiana, fundada en el Evangelio y en la tradición viva de la Iglesia, y presentada por su Magisterio. Los grandes retos de nuestra época, como la situación en que se encuentran los habitantes del Valle de Chalco y de otras muchas zonas parecidas de México y de América Latina, constituyen una llamada urgente a poner en práctica la Doctrina Social de la Iglesia.

Cercana ya la conmemoración del primer centenario de la encíclica *Rerum novarum*, del Papa León XIII, no podemos dejar de evocar su enorme caudal de doctrina. La dimensión social "perlenecio desde el principio a la enseñanza de la Iglesia misma, a su concepción del hombre y de la vida social, y especialmente a la moral social elaborada según las necesidades de las distintas épocas" (*Laborem exercens*, 3). Ese patrimonio tradicional, y el esfuerzo de tantos hijos de la Iglesia por practicar la caridad social, son recogidos por el Magisterio Pontificio (cfr. *Ibid*) y van constituyendo un corpus doctrinal que sirve de orientación segura para cuantos tienen la responsabilidad sobre las realidades terrenas.

Abiento pues a todos a profundizar en el pensamiento social católico, que tiene su fuente más profunda en la Revelación. Escuchad la enseñanza social de la Iglesia, adheríos vitalmente a ella, dejando que ilumine vuestra conducta y convirtiéndoos en propagadores incansables de los principios de juicio y de acción que os ofrece el Magisterio, haciendo llegar sus contenidos a todos los hombres y mujeres de México. El Valle de Chalco podrá convertirse así en un ejemplo elocuente de lo que es capaz de producir la virtud cristiana de la solidaridad cuando ha calado en la conciencia, en el corazón y en la práctica de un pueblo cristiano, la Doctrina Social de la Iglesia.

Invito pues a los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad de México a despertar la conciencia social solidaria: no podemos vivir y dormir tranquilos mientras miles de hermanos nuestros, muy cerca de nosotros, carecen de lo más indispensable para llevar una vida humana digna.

(Homilía. Servicio a los pobres desde el Evangelio. Estado de México, Xico-Chalco. Nos. 100-104).

Diversas figuras, llenas de profundo espíritu de fe y de gran valor humano, pueden servirnos

de guía para la renovada evangelización a la que ha sido llamada la Iglesia en América Latina. Recordemos, por ejemplo, a Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de la ciudad de México, que mereció el título de “defensor de los indios” y que tanto se preocupó por la catequesis no sólo de los indígenas sino también de los colonizadores, que juntos dieron origen a vuestra característica raza mestiza. Un primer fruto escogido de esta catequesis fue el indio Juan Diego, a quien he tenido el gozo de beatificar ayer y a quien el Señor eligió, por medio de su Madre, para iniciar la acción evangelizadora de México. Don Vasco de Quiroga, primer Obispo de Michoacán, desarrolló su misión episcopal como auténtico padre de los tarascos, por lo que aún se le llama con cariño “Tata Vasco”; con afecto de padre se entregó enteramente a la educación y promoción de los fieles que el Señor le había encomendado; sus “hospitales” eran mucho más de lo que hoy indica ese nombre, porque incluían escuelas, talleres, almacenes y todos los elementos de un centro artesano y agrícola, con herramientas, instrumentos de labranza, etc. Aún hoy día podemos apreciar la herencia cultural y cristiana de su heroica labor misionera y civilizadora en favor de las poblaciones michoacanas. Fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapas, tuvo una actitud poco común en su tiempo al proclamar la dignidad de la persona humana del indígena, y adoptar sus puntos de vista, asumiendo como propios sus sufrimientos, sus tristezas, su estado de postración; siempre estuvo dispuesto a elevar su voz en defensa de los derechos de los más débiles y necesitados, en quienes veía el rostro de Cristo.

(Homilía. V Centenario de la Evangelización; Veracruz No. 121).

“La peor de las prisiones -les decía a los reclusos durante mi viaje pastoral a Bélgica- sería un corazón cerrado y endurecido. Y el peor de los males, la desesperación. Os deseo la esperanza. La pido y al seguiré pidiendo al Señor para todos vosotros: la esperanza de volver a ocupar un lugar normal en la sociedad, de encontrar de nuevo al vida y, ya desde ahora, de vivir dignamente... porque el Señor nunca pierde la esperanza en sus criaturas” (Alocución 16 de mayo 1985). También para vosotros, hermanos y hermanas de México, pido y seguiré pidiendo al Señor que os conceda un juicio justo, humano y expedito; que sean siempre respetados vuestros legítimos derechos a la educación, a la salud, a profesar vuestra fe religiosa, a un salario justo para quienes desempeñais un trabajo remunerable.

Me consta que el derecho penal mexicano contempla muchos de estos derechos. Naturalmente, esto supone que tales derechos han de armonizarse convenientemente con los respectivos deberes que cada uno ha de cumplir de modo consciente en justa correspondencia.

En mi preocupación por vosotros, como hijos de la Iglesia, os deseo un espíritu fuerte y noble que os incline y ayude, con la gracia divina, a perdonar de corazón a los que os hayan causado algún mal, así como también vosotros, delante de Dios Padre, podéis esperar el perdón de aquellos a quienes habéis causado algún daño. Es genuinamente cristiano saber pedir perdón y estar dispuestos a resarcir, en la medida de lo posible, el mal causado.

No puede faltar en este encuentro una palabra de aliento y gratitud para todos aquellos, sacerdotes y laicos, que con renovada generosidad y abnegación colaboran en la pastoral penitenciaría. Sé que son más de 4000 laicos y más de 100 sacerdotes; son muchos los religiosos y religiosas y también una pléyade de seminaristas. Todos ellos, junto con otros agentes pastorales, hacen presente en los penitenciarios la preocupación maternal de la Iglesia por los hijos que se encuentran privados de libertad.

Amadísimos en el Señor: Vosotros dai: 65 da a aquellas palabras de Jesús que leemos en el Evangelio: “Estaba en la cárcel, y vinisteis a verme” (Mt 25,36). A todos os animo a continuar con renovado empeño en vuestra incomparable misión de llevar la palabra de Dios, los sacramentos, la ayuda y el consuelo a nuestros hermanos encarcelados, conscientes de que el Señor no cesa de repetir a cuantos cumplen este servicio: “Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,40).

En esta ocasión deseo saludar también al personal de los centros de readaptación social; a vuestros “custodios”, como vosotros los llamáis. Pido a Dios que ellos sepan hacer de su profesión un servicio al hermano que sufre.

Asimismo a las autoridades civiles penitenciarias de la Federación, de los Estados y de las Islas Mariñas les agradezco las facilidades que prestan a los agentes de la pastoral penitenciaria para que puedan llevar a cabo sus actividades. Que el Señor les ilumine a la hora de aplicar las leyes con justicia y equidad, en orden a conseguir una mejor reinserción social de todas las personas puestas bajo sus cuidados.

(Alocución a los privados de libertad; Durango. Nos. 204-210).

En mis viajes apostólicos he tenido siempre gran interés en encontrarme con los hombre y mujeres del mundo de la empresa. Estos encuentros son para mí ocasión de una comunicación más directa y abierta del espíritu que anima el Magisterio pontificio en materia social y, para vosotros, una oportunidad para mostrar la comprensión y acogida que reserváis a la Doctrina Social de la Iglesia.

En verdad, ocupáis un lugar de capital importancia en la configuración de la sociedad. Vuestras decisiones tienen un efecto multiplicador y especiales repercusiones en el tejido social y económico. Por eso es grande la esperanza que deposito en vosotros.

Los acontecimientos de la historia reciente a que antes aludí han sido interpretados, a veces de modo superficial, como el triunfo o el fracaso de un sistema sobre otro; en definitiva, como el triunfo del sistema capitalista liberal. Determinados intereses quisieran llevar el análisis al extremo de presentar el sistema que consideran vencedor como el único camino para nuestro mundo, basándose en la experiencia de los reveses que ha sufrido el socialismo real, y rehuyendo el juicio crítico necesario sobre los efectos que el capitalismo liberal ha producido, por lo menos hasta el presente, en los países llamados del Tercer Mundo.

No es justo afirmar -como pretenden algunos- que la doctrina social de la Iglesia condene una teoría económica sin más. La verdad es que ella, respetando la justa autonomía de la ciencia, da un juicio sobre los efectos de su aplicación histórica, cuando de alguna forma es violada o puesta en peligro la dignidad de la persona. En el ejercicio de su misión profética la Iglesia quiere alentar la reflexión crítica sobre los procesos sociales, teniendo siempre como punto de mira la superación de situaciones no plenamente conformes con las metas trazadas por el Señor de la creación. Mal haría la Iglesia quedándose en el mero nivel de simple crítica social. Corresponde pues a sus miembros, expertos en los diversos campos del saber, continuar la búsqueda de soluciones válidas y duraderas que orienten los procesos humanos hacia los ideales propuestos por la Palabra revelada.

En el caso concreto de México, hay que reconocer que, a pesar de los ingentes recursos con que el Creador ha dotado a este país, se está todavía muy lejos del ideal de justicia. Al lado de grandes riquezas y de estilos de vida semejantes -y a veces superiores a los de los países más prósperos, se encuentran grandes mayorías desprovistas de los recursos más elementales. Los últimos años han visto el creciente deterioro del poder adquisitivo del dinero; y fenómenos típicos de la organización de la economía, como la inflación, han producido dolorosos efectos a todos los niveles. Es preciso repetirlo una vez más: son siempre los más débiles quienes sufren las peores consecuencias, viéndose encerrados en un círculo de pobreza creciente; y ¿cómo no decir, con la Biblia, que la miseria de los más débiles clama al Altísimo? (cfr. Ex 22,22s).

Es innegable que el endeudamiento externo ha agravado aún más la situación, pero sería injusto buscar en él su única causa, atribuyendo toda la culpabilidad a factores que gravitan fuera del país. La presente situación es el resultado de sistemas y decisiones que vienen de muy atrás; que están caracterizados por su extrema complejidad y que requieren, por tanto, un cuidadoso análisis para tratar de detectar las causas, comprender los complicados mecanismos y, con creatividad, proponer nuevas estrategias capaces no sólo de garantizar el pan en todas las mesas, sino también, y sobre todo, de establecer sólidamente las condiciones necesarias para el desarrollo de todos y cada uno de los ciudadanos.

La búsqueda de soluciones reales supone sacrificios por parte de todos, pero no debemos olvidar que con frecuencia son los pobres quienes deben sacrificarse forzosamente, mientras que los poseedores de grandes fortunas no se muestran dispuestos a renunciar a sus privilegios en beneficio de los demás. La ciencia económica constata que los bienes materiales son limitados y, por tanto, deben ser administrados racionalmente. El Creador, por su parte, ha destinado el conjunto de los bienes de la creación para beneficio de todos los hombres, como bellamente nos enseñan la Revelación y la tradición cristiana. De ahí resulta que el acaparamiento excesivo de los bienes por parte de algunos priva de ellos a la mayoría, y así se amasa una riqueza generadora de pobreza. Es éste un principio que se aplica igualmente a la comunidad internacional.

La Iglesia, en su magisterio social, ha ofrecido a la humanidad principios suficientes que tendrían que ser llevados a la práctica por una economía justa. El magisterio ha cumplido su misión y corresponde ahora, a vosotros, los expertos, también miembros de la Iglesia, un esfuerzo serio por encontrar soluciones reales, valientes, prácticas. Nuevas y complejas situaciones dentro y fuera de la Iglesia, a nivel social, económico, político y cultural, exigen hoy con renovada fuerza, la acción de los fieles laicos (cfr. *Christifideles laici*, 3). El país, señoras y señores, necesita la colaboración de todos y cada uno de vosotros. Cada cual, según su especialidad, está llamado a aceptar con humildad y generosidad el reto que plantea la actual situación de injusticia, para dedicar lo mejor de su experiencia y de su capacitación profesional al servicio de una patria grande, justa y fraterna, por encima de cualquier egoísmo de partido o de clase.

El trabajo y la actividad económica constituyen una de las cuestiones más importantes y candentes en América Latina. Y a vosotros toca plantearos a fondo y en serio esa cuestión; pero no fijandoos sólo en el plano puramente técnico, sino teniendo en cuenta un horizonte mucho más amplio, cual es el de las personas. Latinoamérica debe salir adelante con el trabajo de sus hombres y mujeres, gracias a una corriente de solidaridad real y eficiente.

Muchos han sido los esfuerzos realizados en este Continente para hacerlo libre y digno del

hombre. No permitáis que se malogre esa generosidad del pasado; la miseria genera esclavitud; ella misma es falta de libertad. El empobrecimiento progresivo compromete la dignidad y estabilidad del hombre. Por eso, el futuro de libertad y dignidad de Latinoamérica requiere librar desde ahora una singular batalla: no por las armas, sino a través del ingenio y el trabajo de sus gentes y en este cometido ocupáis un puesto destacado.

Considerando estas exigencias se delinea como un nuevo perfil característico del hombre y la mujer de empresa. Me refiero, sobre todo, a la actitud de servicio al bien común que debe caracterizar vuestro quehacer. Se trata de algo que va más allá del mero humanitarismo; es decir, de la disponibilidad para ayudar ante urgencias ocasionales. Consiste, más bien, en una disponibilidad constante, en una manera de concebir la propia función de empresario, en un estilo que marca su modo de hacer.*

Se trata, en definitiva, de aceptar con todas las consecuencias la responsabilidad en vuestras actuaciones. Una responsabilidad en vuestras actuaciones. Una responsabilidad que gira en torno a tres coordenadas fundamentales: las personas que forman parte de las empresas, la sociedad y el ambiente.

En efecto, tenéis una grave responsabilidad respecto a las personas que trabajan en vuestras empresas.

Afortunadamente, se ha acrecentado la conciencia de que el trabajo humano no puede ser contemplado desde al mera perspectiva comercial, como una "mercancía" que se compra o se vende (cfr. *Laborem exercens*, 7). Hay algo inseparable del trabajo y que es de máxima importancia: la dignidad de la persona (cfr. *Ibid.*, 9). Por otra parte, no olvidéis que el único título legítimo para la propiedad de los medios de producción es que sirvan al trabajo (cfr. *Ibid.*, 14). Por ello, una de vuestras mayores responsabilidades ha de ser la creación de puestos de trabajo.

En estrecha relación con lo anterior está la cuestión del salario justo. Como he escrito en la Encíclica *Laborem exercens*: "no existe en el contexto actual otro modo mejor para cumplir la justicia en las relaciones trabajador-empresario que el constituido precisamente por la remuneración del trabajo" (n. 19).

Un segundo aspecto de la actitud de servicio del empresario se manifiesta en su responsabilidad ante la sociedad.

Conviene recordar que el progreso en la sociedad debe estar orientado al bien común de todos los ciudadanos, es decir, evitando la tentación de convertir la comunidad nacional en una realidad al servicio de los intereses particulares de la empresa. En efecto, no es infrecuente constatar que determinadas campañas contra la natalidad o que fomentan la cultura del consumo tienen su origen en intereses económicos del mundo empresarial o de las finanzas. Los ejemplos en este sentido, por desgracia, podrían multiplicarse. Por el contrario, lo que ha de caracterizar al hombre de empresa es la apertura leal a las justas exigencias del bien común. Ello responde a la voluntad de hacer de la empresa un factor de auténtico crecimiento en la sociedad.

En este mismo marco de consideraciones, hay que destacar también la solidaridad económi-

ca tan necesaria en América Latina. Existen innegables problemas comunes a todo el Continente que pueden ser afrontados de modo conjunto (cfr. Sollicitudo rei socialis, 45). El aislamiento de las respectivas economías no favorece a ninguno de los países interesados. Habría que superar, por tanto, la perspectiva nacional en la proyección económica y dar vida a un proyecto económico continental, capaz de presentarse como interlocutor válido en la escena internacional y mundial. Vuestra amplitud de miras detecta esta exigencia, y no han faltado ni faltan intentos en este sentido. Ojalá que el empeño firme y el sentido de responsabilidad consigan coronar estos esfuerzos.

Aunque mencionada en último lugar, no por eso la responsabilidad respecto del ambiente es menos importante. Se trata de una cuestión que afecta a la humanidad en su conjunto, y que se ha impuesto últimamente a la atención de todos. En efecto, el deterioro ecológico del ambiente, ha aumentado aceleradamente. Por otra parte, el modo de explotar los recursos debe cambiar cuanto antes; aquí es donde se observan inercias que hoy son peligrosas y que producen una comprensible alarma.

La preservación de las condiciones ambientales que favorezcan un mejor desarrollo y convivencia humana, es un deber moral, un nuevo desafío a la creatividad y la responsabilidad de todo empresario.

Antes de concluir desearía hacer una breve reflexión sobre vuestra responsabilidad hacia vosotros mismos y hacia vuestras familias.

Es cierto que a muchos de los presentes os mueve, en vuestro trabajo, un sincero deseo de servir. Pero no es menos cierto que puede acecharos un grave peligro: la sumisión a los bienes terrenos, el afán de ganancia exclusiva -unida normalmente a la sed de poder- "a cualquier precio" (cfr. *Ibid.*, 37). Cuando se sucumbe ante esa tentación, aparece un materialismo craso y, a la vez, la radical insatisfacción que el hombre siente cuando intenta apagar su sed de Bien Infinito con las criaturas materiales (cfr. *Ibid.*, 27).

Por otra parte, no es raro que esta ambición desordenada se traduzca también en un cierto descuido de la vida familiar y de la educación de los hijos. Si esto no se advierte o no se resuelve, se puede llegar a auténticas crisis en el matrimonio y en la vida de los hijos. He aquí, pues, una nueva llamada de Cristo; la familia reclama algo más que el tenor de vida elevado que podéis darle; exige vuestra presencia, vuestro afecto, vuestro sincero interés de esposo y de padre, o de esposa y de madre.

Deseo finalizar nuestro encuentro con las palabras de Señor: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6,33). La conciencia de ser artífices de una sociedad más justa, pacífica y fraterna pagará con creces vuestro trabajo y abnegación por los más necesitados.

(Discurso a los Empresarios; Durango. Nos. 221-242).

¡Con cuanto amor miran los ojos del Maestro y Redentor la belleza del mundo creado! El mundo visible ha sido creado para el hombre. Cristo dice entonces a los que escuchan: ¿No valéis vosotros mucho más que las aves del cielo y los lirios del campo? (cfr. Mt 6,26-28).

Ciertamente, nosotros somos más importantes a los ojos de Dios. Lo que da la medida y el valor del hombre es haber sido creado a imagen y semejanza de Dios, lo cual se refleja en su naturaleza como persona, en su capacidad de conocer el bien y amarlo.

Pero precisamente por eso, el hombre no puede aceptar que su ser espiritual se vea sometido a lo que es inferior en la jerarquía de las criaturas. No puede tomar como meta última de su existencia lo que le ofrecen la tierra y la temporalidad de lo creado. No puede bajarse a servir a las cosas, como si éstas fueran el único fin y el destino último de su vida.

Al contrario, el hombre está llamado a buscar a Dios con todas sus fuerzas, incluso por medio de su trabajo en el mundo. Sólo en Dios el hombre encuentra afirmada su propia libertad, su señorío y superioridad sobre todas las demás criaturas. Y, si alguna vez se debilitase esta sencilla y profunda convicción, la contemplación de la misma naturaleza nos debe recordar que, si así cuida Dios a todas sus criaturas, ¿cuánto no hará para que no nos falte nada de lo necesario?

V A los hombres nos corresponde una tarea primordial: Buscar el Reino de Dios y su justicia (cfr. Mt 6,33). En esto debemos emplear todas nuestras fuerzas, porque ese Reino es “como un tesoro escondido en un campo, la perla más valiosa”, de que nos habla el Evangelio; y para obtenerlo, debemos hacer todo lo posible, hasta “venderlo todo” (cfr. Mt 13, 44-45), es decir, no tener otro afán en el corazón. Por eso, también el trabajo ha de formar parte del esfuerzo que ponemos en buscar el Reino de Dios.

Pero hemos de estar precavidos contra una tentación: la de querer poner los bienes terrenos por encima de Dios. Por esto Cristo dice: “No podéis servir a Dios y al dinero”, porque “nadie puede servir a dos señores” (Mt 6,24). Si lo que representa el símbolo bíblico del “dinero” llega a convertirse en objeto de un amor superior y exclusivo por parte de las personas de la sociedad, entonces nos hallamos ante la tentación de despreciar a Dios (cfr. Ibid.). Pero ¿no constatamos que esta tentación, al menos parcialmente, se halla presente en nuestro mundo? ¿No lo observamos de modo particular en algunas regiones y pueblos? ¿No es ya una realidad este despreciar a Dios bajo diversos modos: primeramente en el campo del pensar humano, y después en el de su actuación? ¿No se ha convertido en programa para muchas personas de nuestro tiempo el vivir como si Dios no existiese?.

Jesús de Nazaret habla a sus contemporáneos, pero sus palabras llegan con una fuerza maravillosa hasta nuestros días y nuestros problemas. Estos son los temas eternos sobre el hombre. Pero vemos con frecuencia, que se ha invertido la jerarquía de valores: lo que es secundario, caduco, se pone a la cabeza, pasa al primer plano. En cambio, lo que realmente debe estar en primer plano es siempre y sólo Dios. Y no puede ser de otra manera. Por ésto dice Cristo: “Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura” (Mt6,33).

Por tanto, ¿qué hay que hacer para que la búsqueda del Reino sea una realidad en la vida de los individuos, de las familias de la sociedad?

Como vemos en la lectura que hemos escuchado, tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, los verdaderos discípulos y seguidores de Cristo han tratado de responder a esta pregunta ya desde los albores del cristianismo. Nos dice el texto sagrado que los primeros discípulos “tenían

todo en común” Act 2,44). Esa realidad es muy rica de significado. En efecto, la búsqueda del Reino exige ante todo la caridad, el amor a Dios y el amor al prójimo (cfr. Mc 12,34). En este sentido, los primeros discípulos pusieron los bienes de la tierra al servicio del amor, es decir, trataron de orientar la nueva vida que habían abrazado en función del bien común, o sea, del servicio al prójimo. Por eso vendían sus posesiones y distribuían entre todos lo obtenido, según las necesidades de cada uno. Al mismo tiempo y como elemento importante de la comunidad, “partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón” (cfr. Act. 2, 45-46).

Pocas palabras, pero itan llenas de significado! La luz que ellas irradian ha de iluminar también el mundo de la producción de la economía, para que se abra con clarividencia y generosidad a esta perspectiva del bien común. El esfuerzo solidario por los demás es una exigencia que interpela a todos y a cada uno en el mundo del trabajo. Interpela a los empresarios e industriales en su difícil tarea de dirigir y administrar con justicia los frutos de la actividad humana, así como crear riqueza y puestos de trabajo, contribuyendo de este modo a aumentar el nivel de bienestar social que permita el desarrollo integral de las personas. La solidaridad interpela igualmente a cuantos se dedican al mundo de la técnica, que es “indudablemente una aliada del hombre. Facilita el trabajo, lo perfecciona, lo acelera y lo multiplica” (Laborem exercens, 5). Interpela, en definitiva, a todo trabajador, a toda persona, que debe orientar su trabajo hacia el bien de todos.

Entre vosotros, amadísimos hermanos y hermanas que me escucháis, habrá muchos que cuentan con un trabajo seguro, que les ofrece grandes satisfacciones, que les permite sustentar dignamente a sus familias. Por todo ello hay que dar gracias a Dios. Pero ¿cuántos hay que sufren al no poder dar a sus hijos el alimento, el vestido, la educación necesaria? ¿cuántos los que viven en la estrechez de un humilde cuarto, carentes de los servicios más elementales, lejos de sus lugares de trabajo; un trabajo, a veces mal remunerado e incierto, que les hace mirar al futuro con angustia y desaliento? ¿cuántos niños obligados a trabajar en temprana edad, obreros que ejercen su profesión en condiciones poco saludables, además de la insuficiencia de instrumentos legales y asociativos que tutelen convenientemente los derechos del trabajador contra los abusos y tantas formas de manipulación!.

Me conmueven profundamente estas situaciones difíciles, a veces dramáticas, que afectan a tantas personas del mundo laboral y que van ligadas a toda una serie de factores, no sólo coyunturales sino también estructurales, esto es, dependientes de la organización socioeconómica y política de la sociedad. Por eso, movido por mi solicitud hacia los más necesitados, quiero hacer un nuevo llamado a la justicia social.

Sin negar lo buenos resultados conseguidos por el esfuerzo de conjunto de la iniciativa pública y privada en los países donde rige un régimen de libertad, no podemos, sin embargo, silenciar los defectos de un sistema económico que no pocas veces hace del lucro y del consumo su principal motor, que subordina el hombre al capital, de forma que, sin tener en cuenta su dignidad personal, es considerado como una mera pieza de la inmensa máquina productiva, donde su trabajo es tratado como simple mercancía merced a los vaivenes de la ley de la oferta y la demanda.

Es cierto que en la raíz de los males que aquejan a los individuos y a las colectividades se encuentra siempre el pecado del hombre. Por eso la Iglesia predica incansablemente la conversión del corazón para que todos, con espíritu solidario, colaboren en la creación de un orden social que sea más conforme con las exigencias de la justicia.

La Iglesia no puede en modo alguno dejarse arrebatada, por ninguna ideología o corriente política, la bandera de la justicia, la cual es una de las primeras exigencias del Evangelio y el núcleo de su doctrina social. También en este terreno la Iglesia ha de hacerse presente en el mundo con una palabra sobre los valores y los principios que inspiran la vida comunitaria, la paz, la convivencia y el auténtico progreso. Precisamente por esto ha de oponerse a todas aquellas fuerzas que pretenden implantar ciertas formas de violencia y de odio, como solución dialéctica de los conflictos. El cristiano no puede olvidar que la noble lucha por la justicia no debe confundirse de ningún modo con el programa "que ve en la lucha de clases la única vía para la eliminación de las injusticias de clase, existentes en la sociedad y en las clases mismas" (Laborem exercens, 11).

Al veros aquí en tan gran número, en esta ciudad de Monterrey, convocados por vuestra común fe cristiana y para encontraros con el Sucesor de Pedro, me brota del corazón haceros un llamado a la solidaridad, a la hermandad sin fronteras. El saberos hijos del mismo Dios y hermanos en Jesucristo ha de moveros, bajo el impulso de la fe, a dedicar todo vuestro esfuerzo solidario en lograr que este gran país sea más justo, fraterno y acogedor. Me mueve a ello el ardiente deseo de que vuestra amada Patria, con el respeto debido a sus mejores tradiciones, pueda progresar material y espiritualmente sobre la base de los principios cristianos que han marcado su caminar en la historia.

La solidaridad a la que os invito debe echar sus raíces más profundas y buscar su alimento en la Santa Misa, el sacrificio de Cristo que nos salva. Debe inspirarse siempre en la Palabra de Dios, que ilumina el camino de nuestras vidas.

La Iglesia escucha continuamente el mismo sermón de la montaña pronunciado por Cristo. De generación en generación anuncia el Evangelio, que es también el Evangelio del trabajo.

En nuestra época este Evangelio se ha hecho actual, de un modo nuevo, ante los numerosos problemas del desarrollo socioeconómico; ante los problemas relacionados con el capital, con la producción y distribución de los bienes, tan desproporcionada e injusta especialmente en algunas regiones del mundo.

Con la liturgia de nuestra celebración eucarística alabamos a Dios diciendo: "Señor, dueño nuestro, qué admirable tu nombre en toda la tierra" (Sal 8,2). Ante esto, el cristiano no puede perder la conciencia de que el nombre de Dios es grande sobre toda la tierra y de que él, en cuanto cristiano, así como todo hombre ha sido llamado a alabar este nombre. No puede olvidar que todos los programas de las economías humanas deben ordenarse, en definitiva, según esta Economía divina, que se realiza en su Reino. "Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso" (Mt 6,32), nos dice el Señor, pero añade: "Buscad primero el Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura" (Mt 6,33).

(Homilía. Cristo en el mundo del trabajo; Monterrey. Nos. 342-361).

Quiero recordar también a quienes, por diversas circunstancias, han debido emigrar de esta tierra, viéndose obligados a buscar en otra su sustento. También Jesús, como muchos de vosotros o de vuestros compatriotas, hubo de emigrar de su tierra, siendo todavía niño, para huir de la injusta persecución de Herodes. Sí, el Señor sufrió también la injusticia de tener que abandonar su tierra.

(Homilía. Santa Misa con los Campesinos, Mineros, Emigrantes; Zacatecas. No. 450)

PASTORAL

FAMILIAR

Esta familia a la que veneramos y llamamos Sagrada Familia, permanecerá para siempre como modelo eximio para ser imitado por todas las familias cristianas, aquí y en todas partes, pues el núcleo familiar es aquel espacio en el que se despliega la abundante gracia de Dios, que nos hace renacer en el bautismo.

Queremos contemplar ahora el profundo significado que asume la familia cristiana en los planes de Dios. A ello nos impulsa una vez más la preocupación que sentimos todos en nuestra mente y en nuestro corazón por el mundo de hoy en el que, con frecuencia, la familia está siendo atacada de mil formas diversas. Sabemos de sobra que a medida que se va debilitando el verdadero amor se oscurece también la misma identidad del ser humano. Por ello, siento personalmente la necesidad de repetir lo que ya dije con sincero convencimiento al comienzo de mi pontificado: "el hombre no puede vivir sin amor. El que permanece para sí mismo, un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente" (Redemptor hominis, 10).

La grandeza y la responsabilidad de la familia está en ser la primera comunidad de vida y amor; el primer ambiente donde el hombre puede aprender a amar y a sentirse amado, no sólo por otras personas, sino también y ante todo por Dios. Por ello, a los padres cristianos os toca formar y mantener un hogar en el que germine y madure la profunda identidad cristiana de vuestros hijos: el ser hijos de Dios. Pero vuestro amor de padres podrá hablar de Dios a vuestros hijos sólo si antes vuestro amor de esposos es vivido en la santidad y en la apertura a la fecundidad de la unión matrimonial.

El amor existente entre los esposos cristianos es una realidad santa y noble. La acción del Espíritu Santo en vuestras personas cuando estáis en gracia os ayudará a entregaros mutuamente, con aquella generosidad sin medida con que "Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella" (Ef 5, 25).

Al hablar hoy a las familias católicas de Chihuahua y de México, en este "Día de las Madres" deseo rendir homenaje a la madre, a las mujeres mexicanas y a las de toda América Latina. Con razón se ha dicho que la mujer ha desempeñado un papel providencial en la conservación de la fe de este querido Continente.

La experiencia diaria nos muestra que a una esposa cristiana corresponde de

ordinario una familia en la que permanece vivo el amor a Dios, la práctica de la vida sacramental y del amor al prójimo. Asimismo la armonía, serenidad y alegría de la vida de familia dependen en gran medida de la mujer, esposa y madre quien, con su intuición, su tacto, su afecto, su paciencia, su generosidad, suaviza asperezas y tensiones. Ella levanta los ánimos decaídos y ofrece un puerto acogedor en el cual refugiarse cuando afloran los problemas en cualquier edad de la vida.

No ignoro el papel a veces heroico que las esposas mexicanas han representado en la vida familiar. Por ello quiero recordar también a los esposos el grave deber que les incumbe de colaborar en las cargas del hogar con su trabajo, no dilapidando el salario, que es un bien para toda la familia, siendo al mismo tiempo fieles a su esposa con un amor único e indiviso, mostrando verdadero afecto y dedicación en la educación de los hijos. ¡La familia se conserva y fortalece gracias al amor!.

En una sociedad tantas veces marcada por signos de muerte y desamor como la violencia, el aborto, la eutanasia, la marginación de minusválidos y personas pobres y no útiles, la mujer está llamada a mantener viva la llama de la vida, el respeto al misterio de toda nueva vida. Por esto he querido poner de relieve, en la Carta Apostólica *Mulieris dignitatem*, que a la mujer “Dios le confía de un modo especial el hombre, es decir, el ser humano”; en virtud de su vocación al amor, “la mujer no puede encontrarse a sí misma si no es dando amor a los demás” (n.30).

Esta perspectiva adquiere más amplias dimensiones a la luz de la primera lectura bíblica que hemos escuchado y que alude a aquella mujer, María, de la cual nació Jesús (cfr. Gal 4,4). En efecto, “la figura de María de Nazaret proyecta luz sobre la mujer en cuanto tal por el hecho mismo de que Dios, en el sublime acontecimiento de la encarnación del Hijo, se ha entregado al ministerio libre y activo de una mujer. Por tanto, se puede afirmar que la mujer, al mirar a María, encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su femineidad y para llevar a cabo su verdadera promoción” (*Redemptoris Mater*, 46).

Aunque rico en bienes y promesas, el matrimonio cristiano es una realidad exigente. Requiere, sobre todo, fidelidad en el amor, generosidad y abnegación. Al mismo tiempo, debe haber siempre una apertura al don de la vida. En este sentido, queridos esposos y esposas que me escucháis, habéis de pensar que si en la unión conyugal se elimina artificialmente la posibilidad de concebir el hijo, los esposos se cierran a Dios y se oponen a su voluntad. Además, el esposo y la esposa se cierran

el uno al otro, ya que rechazan la 3ª entrega en la paternidad y la maternidad, reduciendo la unión conyugal en ocasión de satisfacer el egoísmo de cada uno.

Los hijos, en efecto, mantienen vivo el sentido de vuestra unión matrimonial; rejuvenecen a la vez el matrimonio y el amor mutuo de los padres. El hijo, en la familia, es una bendición de Dios. Así lo entiende la sana tradición de vuestras familias, que se abren generosamente al don de la vida. A este respecto, deseo recordar también a los padres, el deber moral que tienen de cuidar y velar por sus hijos, sobre todo cuando son pequeños y débiles.

La sociedad es cada día más sensible sobre los derechos del niño. Incluso se ha elaborado una Carta de los Derechos del Niño. Sin embargo, el niño está expuesto todavía a no pocos males: el egoísmo de una parte de la sociedad que atenta contra su vida antes de nacer, con la práctica del aborto; la insuficiente alimentación, que puede afectar todo su futuro desarrollo; la falta de afecto, los malos tratos con diversas formas de violencia; cuando no el delito de abuso de menores y el crimen de introducirlos en la espiral de la droga. A quienes se comportan así va dirigida la advertencia de Cristo: "El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe. Pero al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino, y lo hundan en lo profundo del mar" (Mt 18, 5-6).

Cuando la Iglesia os recuerda a vosotros, padres y madres de familia, así como a los responsables de la sociedad, los deberes morales respecto al niño, está aplicando el precepto del Maestro: "Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis porque de los que son como éstos es el Reino de los cielos" (Mt 19, 14-15).

La misma Iglesia os recuerda en tantas ocasiones el deber que tenéis de educar a vuestros hijos, no sólo en lo cultural y social, sino también en la fe y en la vida cristiana, de las virtudes humanas y cívicas (cfr. *Lumen gentium*, 35 y 41).

Es cierto que en la educación de los hijos contáis con la colaboración de otras personas: los maestros en las escuelas, los sacerdotes de vuestras parroquias, los catequistas. Pero no olvidéis nunca que vuestros hijos dependen primordialmente de vosotros. No olvidéis que su felicidad temporal, y, no pocas veces, hasta su felicidad eterna, dependerán de vuestro ejemplo y de vuestras enseñanzas. Rezando con vuestros hijos, meditando con ellos la Palabra de Dios, acompañándolos en la Eucaristía y en los demás sacramentos, llegaréis a ser plenamente padres: habréis conseguido engendrarles no sólo a la vida corporal, sino también a la vida eterna.

en Cristo.

La familia ha de ser también el ámbito donde los jóvenes sean educados en la virtud de la castidad. Ella ha de ser la primera escuela de vida para los hijos, preparándolos para la responsabilidad personal en todos sus aspectos, incluidos los que se refieren a los problemas de la sexualidad. La educación para el amor, como don de sí mismo, es premisa indispensable para una educación sexual clara y delicada que los padres están llamados a realizar.

Dios ha querido que el don de la vida surja en esa comunidad de amor que es el matrimonio, y quiere que los hijos conozcan la naturaleza de ese don en el clima del amor familiar. Los padres cristianos tienen el derecho y el deber de formar a sus hijos también en este aspecto. Es lógico que, incluso en este campo, reciban la ayuda de otras personas. Pero la Iglesia recuerda la ley de la subsidiaridad, que la escuela o cualquier otra entidad debe observar también cuando coopera con los padres en la educación sexual de modo que sea impartida de acuerdo con el espíritu querido por los padres (cfr. *Familiaris consortio*, 37).

Como señala la Exhortación Apostólica *Familiaris consortio*: “En este contexto es del todo irrenunciable la educación para la castidad, como virtud que desarrolla la auténtica madurez de la persona y la hace capaz de respetar y promover el ‘significado esponsal’ del cuerpo” (n. 37). Una información sexual que prescindiera de los valores morales constituiría un empobrecimiento de la persona y contribuiría a oscurecer su dignidad.

La familia ha recibido de Dios la misión de ser “la cédula primaria y vital de la sociedad” (*Apostolicam actuositatem*, 11). Como en un tejido vivo, la salud y la fuerza de la sociedad depende de la salud y fuerza de las familias que la integran. Por ello, la defensa y promoción de la familia es también defensa y promoción de la sociedad misma. Consiguientemente, ha de ser ésta la primera interesada en el desarrollo de una cultura que tenga como base la familia.

Son muchos los campos en que la sociedad civil puede favorecer la institución familiar, reforzando su estabilidad y tutelando sus derechos. En particular, desearía referirme al derecho de los padres a educar libremente a sus hijos, de acuerdo con sus propias convicciones y a poder contar con escuelas en que se imparta esa educación.

En contraste con este derecho humano natural -reconocido en la Declaración

Universal de los Derechos Humanos- en la legislación de algunos países todavía existen serios límites a su ejercicio y aplicación. Frente a situaciones de este tipo, los padres de familia pueden pedir individualmente, e incluso asociadamente exigir a las autoridades, el respeto y la actuación de los propios derechos, como primeros y fundamentales responsables de la educación de sus hijos. No se trata de obtener privilegios; es algo debido en estricta justicia y que se debe reflejar en la legislación del país. Por tanto, es legítima la acción de las asociaciones de padres de familia que operan, a nivel nacional o internacional, cuando reclaman, dentro del orden establecido y en un diálogo respetuoso con las autoridades de la nación, el derecho a educar libremente a los hijos, según su propio credo religioso; a crear escuelas que correspondan a este derecho y a que las leyes del país reconozcan explícitamente tal derecho. Las familias cristianas serán así un potente foco de cultura cívica para los hijos y la comunidad nacional.

“Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan” (Lc 11,28) dice Jesús en el Evangelio que se ha proclamado. Una bendición semejante pedimos para todas las familias mexicanas. Para los padres, madres, hijos e hijas. Encomendemos todas las generaciones mexicanas a la Sagrada Familia de Nazaret.

Que cada familia llegue a ser “la Iglesia doméstica” en la cual, mediante el amor, maduren los nuevos hombres y mujeres en su dignidad de hijos por la adopción divina. Que en cada familia se verifique lo que el Apóstol Pablo dice en su Carta a los Gálatas: “La prueba de que sois hijos que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! (Gál 4,6).

Que cada familia de esta hermosa tierra esté abierta para acoger este Espíritu: el Espíritu de Cristo que es autor de la santificación del hombre, de los matrimonios y de las familias, de los padres y de las madres.

(Homilía. Encuentro con las Familias; Chihuahua. Nos. 297, 300-332).

No quiero dejar de dirigir acá en Monterrey, un particular saludo a un particular grupo de trabajo ¡a todas las madres mexicanas!.

Cuando se habla del trabajo humano, cuando se aprecia cada trabajo ¡cómo no apreciar este trabajo fundamental, trabajo maternal de la mujer, especialmente en este día de las madres!.

(Homilía. Cristo en el Mundo del Trabajo, Monterrey. Nos. 332-333).

1950
JOURNAL

San Juan de los Lagos

Homilía. Santa Misa con los Jóvenes.

A todos ustedes, mis queridos hijos aquí presentes, especialmente a ustedes, jóvenes venidos de todo México, quiero expresarles el profundo gozo de poder estar hoy en su compañía, al pie de esta tan venerada imagen de la Virgen María, cerca de su Basílica, a donde, con los pies cansados por el fervoroso camino, llegan peregrinos de todos los puntos cardinales del país.

Aquí, como en las bodas de Caná, la misión maternal de María, sigue siendo la de orientarnos hacia un Hijo: "Hagan lo que él les diga".

Queridos Jóvenes:

Ha llegado para mi uno de los momentos más esperados de mi viaje a México: el encuentro con vosotros los jóvenes.

He sabido la ilusión que habéis volcado en la preparación de esta Eucaristía, y de cómo os habéis ido preparando en vuestros grupos, parroquias y diócesis mediante la reflexión y la puesta en práctica de lo que habéis llamado "acciones proféticas". Me ha llenado de gozo ver, en las respuestas que habéis dado a algunas encuestas preparatorias, vuestros deseos, sobre todo, de que el Papa venga como amigo. Sí, queridos jóvenes, muchachos y muchachas de México, me siento vuestro amigo, porque Cristo es vuestro amigo. Me siento vuestro amigo... me siento vuestro amigo, un poco más viejo.

En nombre de Cristo quiero, pues, sembrar entusiasmo y esperanza en vuestros corazones. Deseo ofreceros aliento y apoyo para la llamada exigente y comprometida que Cristo dirige a cada uno de vosotros. Pido a Dios que fortalezca vuestra fe y os haga experimentar más y más la ternura y protección de nuestra Madre la Santísima Virgen.

El Papa se siente cercano a vosotros y os tiene muy dentro del corazón porque percibe vuestro afecto y cariño, pero sobre todo porque con vuestras ganas de vivir y luchar abris horizontes luminosos para la Iglesia de Cristo y para la sociedad actual. Lleváis en vuestras manos, como frágil tesoro, la esperanza del futuro. El Señor tiene su confianza en la savia nueva que late en cada joven, como promesa floreciente de vida. Por eso también deposita en vosotros una exigente responsabilidad en cuanto artífice de una nueva civilización, la civilización de la solidaridad y del amor entre los hombres.

El Salmo que hemos cantado, en esta celebración eucarística, cantado muy bien con voces sonoras y juveniles, nos ayuda a descubrir el verdadero valor de lo que somos a los ojos de Dios. Su autor, meditando en la quietud de la noche, y como interpretando nuestro propio sentir, se queda anonadado por la profundidad del silencio y la belleza del cielo estrellado. En su interior nace esta reflexión: ¡Semejante espectáculo no es más que la

huella de la hermosura y bondad del Creador! Admira la Gloria, la Belleza y la Omnipotencia de Dios, pero en vez de sentirse avergonzado por la insignificancia y pequeñez de ser creatura, exclama: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?” (Sal 8,5). El salmista comienza a saborear la ternura gratuita de Dios porque ha comprendido que el objeto de su predilección no es el firmamento sino el hombre en su pequeñez. Cada uno de vosotros, jóvenes amigos, sois los predilectos de la creación de Dios. Por ello habéis sido capacitados por Dios para inundar la tierra de su gloria, de su amor, justicia, vida y verdad. “¿Qué es el ser humano para que le dieses poder?” (Sal 8,5). Dios se ha complacido en revestirnos y coronarnos de su misma dignidad y gloria. Pero su gloria, que es también la gloria del Hijo, “Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti” (Jn 7,1), está en que déis la vida hasta el extremo, en que sepáis compartir los dones que ha sembrado en vosotros, para hacer presente su Reino en medio del mundo.

Jóvenes de México, no destruyáis vuestras cualidades y valores poniéndoos al servicio de los poderes del mal que existen en el mundo. ¿Os dejaréis engañar por estos poderes que pretenden convertirnos en títeres e instrumentos fácilmente manipulables al servicio de una cultura insolidaria y sin horizontes? ¿Caeréis en la tentación de alienar el precioso don de vuestra vida con el poder de la droga destructora y asesina, la fuerza cegadora del hedonismo o la prepotencia irracional de la violencia?

El Papa sabe que la fuerza de Cristo Resucitado, el empuje y lozanía de su Espíritu vivificador no van a desvanecerse en los corazones de los jóvenes mexicanos, protagonistas del tercer milenio ya pronto para amanecer. Con Cristo sois fuertes. Por eso podéis decir siempre con san Pablo: “Todo lo puedo en Aquél que me conforta” (Flp 4,13). Si ponéis los cimientos de vuestra fe en la Roca que es Cristo, ninguna tentación de este mundo podrá apartaros del camino que os muestra el Señor. El es nuestra piedra angular (cfr. 1 Pe 2, 4-9). En El se fundamenta para todos ese nuevo estilo de vida que nos lleva a la plenitud y nos hace crecer en la entrega y amor a los hombres para la construcción de un cielo nuevo y de una tierra nueva (cfr. 2 Pe 3,13).

Pero vosotros, jóvenes de México, sabéis muy bien que muchos coetáneos vuestros viven en este mundo como heridos por la desesperanza. El agujón de la desilusión se ha clavado en ellos. Creen que ya nada ni nadie podrá cambiar el rostro dolorido y sufriente del mundo en que vivimos. Piensan que la marcha de los acontecimientos de la historia es como un barco cuyo único timón está en manos del poder del dinero y en los intereses políticos de unos pocos. Sus vidas se sumergen y se dejan arrastrar por lo que hoy se denomina la crisis de las utopías. La sombra del tedio, del vacío y del desencanto han dejado sus huellas en jóvenes vidas que deberían ser ilusión y promesa del futuro. Y os preguntáis: ¿Cómo es posible que muchos jóvenes compañeros y amigos nuestros estén cansados y aburridos de la vida antes de empezar a vivirla? ¿Cómo entender que estén ya de vuelta sin haber llegado todavía a ninguna parte?

El mundo de hoy necesita no sólo de la juventud como realidad sociológica, sino de la juventud del Espíritu de Cristo que habita en vosotros. Se necesita escuchar la voz límpida de los jóvenes que han experimentado cómo el fuego del amor de Cristo ardía en sus corazones. ¡Jóvenes, ayudad a vuestros amigos a salir de la cárcel de la indiferencia y la desesperanza! ¡Cristo os llama a resucitar en otros jóvenes la ilusión por la vida!

En este tiempo pascual, en que resplandece el fulgor de Cristo resucitado, la Iglesia presenta a nuestra meditación el episodio de Emaús. La noche y la tiniebla de la muerte habían ocultado la figura del Maestro a los ojos de los discípulos, que comenzaron a dispersarse con angustiada sensación de miedo y fracaso. El Resucitado no se había manifestado aún a los suyos, cuando seguimos la pista de dos de ellos, por qué no jóvenes, que caminan hacia Emaús. El camino hacia Emaús es el camino del desencanto, de la desilusión, del vacío.

Hoy son incontables los que van por el camino de Emaús. Emaús es hoy la evasión, el olvido, el hedonismo, la discoteca, la droga, la indiferencia, el pesimismo, los paraísos artificiales en que tantos se refugian.

“Nosotros esperábamos...” (Lc 24,21) que se lograría un mundo más justo; que la democracia de hecho se convertiría en bastión de derechos humanos; que el desarrollo económico no se haría a costa de los más pequeños y débiles; que el progreso técnico y científico nos haría más felices. Esperábamos tantas cosas, pero todo sigue igual. Por esto es preferible encerrarse en el propio mundo, desentenderse de los demás y que cada uno se las arregle como pueda.

Pero Jesucristo Resucitado se hace el encontradizo con los jóvenes para pronunciar en el interior de ellos palabras que vuelvan a despertar la ilusión y el entusiasmo que paraliza el miedo. Según hablaba el Maestro la mente de los discípulos de Emaús se iba encendiendo de esperanza y un fuego irresistible revolucionaba sus corazones.

Jóvenes, no perdáis la esperanza, sois peregrinos de esperanza, como reza el lema de este encuentro. Pues esta esperanza se fundamenta en la victoria de Jesucristo sobre el pecado y la muerte. Dejad que vuestro corazón se embriague de la Vida que os ofrece Jesús; en El está vuestra auténtica juventud. El nos enseña a renacer a una vida nueva: “El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios” (Jn 3,5), le dice a Nicodemo. Cristo es el Señor de la Vida y ha venido “para que tengamos vida en abundancia” (cfr. Jn 10,10).

Modelo de confianza y docilidad a la promesa de vida del Resucitado es para nosotros la comunidad de los Apóstoles reunida en el cenáculo con María, la Madre de Jesús. “Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos” (Act 1,14), hemos escuchado en la primera lectura de nuestra celebración eucarística.

María estaba presente en aquellos momentos cruciales de la historia de la salvación y se preparaba para un nuevo y definitivo nacimiento: la venida del Espíritu Santo. El día de Pentecostés nace la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y en ella nosotros, sus miembros, tenemos como Madre a María.

El significado profundo de esta maternidad espiritual de la Virgen hace que Ella esté también presente en nuestra vida cuando queremos llevar la luz de Cristo a las realidades que nos rodean, a los hermanos y hermanas que esperan nuestra ayuda. Si abris bien los ojos y miráis a vuestro alrededor veréis mucha tiniebla, mucho dolor y sufrimiento entre vuestros hermanos mexicanos. Sé que el resultado de vuestros análisis, como preparación a este encuentro, os ha hecho descubrir que en vuestro pueblo existen innumerables problemas: el hambre y la desnutrición, el analfabetismo, el desempleo, la desintegración familiar, la injusticia social, la corrupción política y económica, salarios insuficientes, concentración de la riqueza en manos de pocos, inflación y crisis económica, el poder del narcotráfico que atenta gravemente a la salud y la vida de las personas, el desamparo de los emigrantes ilegales e indocumentados a los que tristemente se les llama “espaldas mojadas”, ataques continuos a los valores sagrados de la vida, la familia y la libertad. Ante este panorama de dolor y sufrimiento ¿podéis vosotros permanecer indiferentes, jóvenes mexicanos?

El Papa esta muy contento, porque ve, porque siente que esta homilía no la habla él, esta homilía la hablan los jóvenes amigos.

En esta hora decisiva de la historia, vosotros, queridos amigos y amigas, estáis llamados a ser protagonistas de la nueva evangelización, para construir en Cristo una sociedad justa, libre y reconciliada.

Los hombres de hoy están cansados de palabras y discursos vacíos de contenido, que no se cumple. El mundo se resiste a creer las palabras que no van acompañadas de un testimonio de vida. Seréis verdaderos testigos cuando vuestra vida se transforme en interrogante para los que os contemplan: ¿por qué actúa así este joven? ¿por qué se le ve tan feliz? ¿por qué procede con tanta seguridad y libertad? Si vivís así obligaréis a los demás a confesar que Cristo está vivo y presente. Seréis testimonio y prueba de que aceptar a Cristo como camino, verdad y vida (cfr. Jn 14,6) llena las más altas aspiraciones del corazón.

Queridos jóvenes: Sentíos enviados a la urgente tarea de anunciar el evangelio a cuantos os rodean. Cristo conoce vuestra fragilidad y limitaciones, pero al mismo tiempo os dice: ¡Animo, no temáis! “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

Y más aún, queridos jóvenes, Cristo en el momento más sagrado y solemne de su vida nos hizo el más precioso regalo. Era su última voluntad, su tesoro más querido: María, su Madre. Estas fueron sus palabras, que acabamos de escuchar hace unos momentos. Es el

“testamento de la cruz”: “Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,26-27).

Con este encargo Jesús entrega a María por Madre a toda la humanidad en la persona de Juan, el joven discípulo amado. Jesucristo convierte así a todos los redimidos en hijos de María. A partir de este momento nadie en el mundo estará realmente solo y abandonado en la travesía de la vida. ¡Jóvenes, María camina con vosotros!. Ella también nos repite junto a su Hijo: “No temáis, yo estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos”. Cristo nos ha hecho el mejor de los regalos: seguir presente entre nosotros por medio de la solicitud y la protección materna de María de Nazaret.

Jóvenes que me escucháis: en los momentos en que os asalte la duda, la dificultad, el desconsuelo, sabed que la Virgen María es para vosotros consolación y paz. María os pide vuestro sí. OS pide la entrega radical a Cristo. Os pide que os atreváis a seguirle poniendo vuestras vidas en las manos de Dios, para que os convierta en instrumentos de un mundo mejor que éste en que vivimos. María espera de vosotros que respondáis generosamente a la llamada de su Hijo si El os lo pide todo. No tengáis miedo si el Señor os llama para una vocación de consagración especial. Ciertamente, Cristo pide la vida entera, una entrega radical y sin límites.

Implora a María, nuestra Madre de San Juan de los Lagos, nuestra Madre del Tepeyac, que acompañe y bendiga en vosotros a todos los jóvenes de México. ¡Querido México!.

San Juan de los Lagos, un lugar maravilloso, un lugar que parece pobre, hoy un lugar de tantas riquezas. Tantas riquezas son los jóvenes que se reúnen cada año en la Jornada Mundial de la Juventud que se celebra el Domingo de Ramos, pero hay momentos excepcionales como había una vez la grande convocación de los jóvenes en Buenos Aires hace tres años; como había una grande convocación de los jóvenes en Santiago de Compostela hace un año y como se preve una grande convocación de los jóvenes en Czestochova, Josna Góra el año siguiente.

Los jóvenes tienen en la Iglesia sus lugares de convocación, sus lugares y sus espacios, espacios para estar junto a la Virgen, con la Virgen junto a Cristo muerto y resucitado.

A todos muchas gracias por esta celebración de hoy en este lugar que se llama maravillosamente San Juan de los Lagos.

¡Adiós!

(Homilía. Santa Misa con los Jóvenes; San Juan de los Lagos. Nos. 53-59).



PASTORAL CAMPEBINOS

Los obispos de América Latina, reunidos en Puebla hace once años para celebrar la III Conferencia General sobre el presente y el futuro de la Evangelización, reiteraron -significando la Conferencia de Medellín- la opción preferencial por los pobres del continente, como signo de la caridad evangélica. Hoy, al prepararnos para celebrar en Santo Domingo la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, quiero reafirmar que sigue estando en el corazón de la Iglesia la opción por los pobres, la cual, sin ser exclusiva, -pues el universalismo de la redención ofrecida por Cristo abarca a todos los hombres sin distinción- sí es signo inequívoco de su fidelidad a El.

(Homilias. Servicio a los pobres desde el Evangelio; Estado de México, Xico-Chaico No. 93).

Sí, es cierto, Jesucristo, el Hijo Unigénito del Padre eterno que ha revelado la sabiduría divina a través de sus propias palabras, que ha revelado la potencia de Dios por medio de sus obras, era el carpintero, nacido de María. De esta manera, el Hijo de Dios quiso hacerse semejante a todos los trabajadores, a vosotros, queridos hermanos y hermanas, que transcurris vuestros días dedicados a un trabajo duro y fatigoso.

Vosotros, campesinos, cumplís cabalmente el mandato del Señor de cultivar la tierra para que produzca los alimentos necesarios al sustento de todos. ¡Cuántos de vosotros pasáis toda la vida someros al duro trabajo del campo, recibiendo quizás salarios insuficientes, sin la esperanza de conseguir un día un pedazo de tierra en propiedad, con problemas de vivienda, de inseguridad social, preocupados por el porvenir de vuestros hijos! Y los que sois pequeños propietarios, cuántas dificultades debéis de afrontar para obtener créditos suficiente con intereses moderados, cuántos riesgos hasta llevar la cosecha a buen término, cuántas dificultades para conseguir una mejor capacitación agrícola!

Ante este panorama, a muchos asalta la tentación seductora de marcharse a la ciudad donde, por desgracia, se verán obligados a aceptar condiciones de vida todavía más deshumanizantes.

La solución a los nuevos problemas del campo requieren la colaboración solidaria de todos los sectores de la sociedad. Hoy el trabajo agrícola está vinculado a la comercialización de los productos, a su adecuada distribución, a los mecanismos económicos y jurídicos que deciden la política comercial a nivel nacional e internacional. Mas, no es justo que intereses de grupos, no tengan en cuenta las exigencias del bien común ni las necesidades cada día más insoslayables de los campesinos, y pongan la ganancia a toda costa como única meta a conseguir.

Los valores y actitudes del hombre del campo, de la mina, como son la sabiduría característica de quien está en contacto con la naturaleza, la capacidad de ser agradecidos y de compartir con los demás, la sencillez de vuestras costumbres, la piedad popular, especialmente, vuestra acendrada devoción a la Santísima Virgen, el amor a la familia, y el sentido trascendente de la vida son un tesoro que habéis de conservar y hacer fructificar en bien de toda la comunidad nacional.

Especialmente a lo largo de este último siglo, cuando más acuciantes se han hecho los pro-

blemas laborales, la Iglesia ha dejado oír su voz con insistencia, bien para denunciar la injusta degradación a la que en tantas ocasiones se ven sometidos los trabajadores, bien para proclamar la dignidad y el valor de todo trabajo humano. La Iglesia, también cuando habla sobre el trabajo humano, no cesa de proclamar la palabra de Dios.

El evangelio del trabajo nos enseña que cualquier labor humana, por difíciles que sean las circunstancias en que se realice, puede y debe ser fuente de progreso social y de maduración personal. Sí, vuestro trabajo, en el campo o en la mina, cualquier ocupación humana honesta, puede y debe ser ocasión para alabar a Dios y encontrar a Cristo. Sí, el trabajo debe ser instrumento de vuestro desarrollo humano y sobrenatural. Es el medio habitual que el hombre tiene para forjar también su destino eterno. Esta es la gran dignidad del trabajo humano.

El cristiano ha de contemplar con los ojos de la fe su propio trabajo. En él puede descubrir un horizonte de grandeza para la propia vida; a medida que pongáis en práctica el evangelio, comprenderéis que vuestra tarea habitual, en el campo, en la mina, allí donde desarrolléis vuestra actividad laboral, os conduce a la plenitud de vuestro existir cuando sabéis convertirla en ofrenda grata a Dios.

¡Hacedos imitadores de Cristo! Él es la luz para las naciones (cfr. Act 13,47). Jesús de Nazaret, el carpintero, ilumina con su vida de trabajo vuestra vida de trabajadores cristianos. Vosotros, hombres y mujeres del mundo laboral, iluminad también vuestro ambiente de trabajo con la luz de Cristo y divulgad con vuestras vidas la palabra de Dios.

¡Acoged el evangelio del trabajo! Sólo así sabréis afrontar las dificultades con espíritu cristiano, con decisión y valentía, esforzándoos por encontrar las soluciones mejores a los diversos problemas laborales. Con la valentía propia del cristiano que, sin admitir odios ni venganzas, sabe ser fuerte para cumplir cabalmente sus deberes y exigir el cabal cumplimiento de sus derechos. Con valentía cristiana, que no acepta el pesimismo ni la desesperanza; que impide refugiarse en el consuelo fácil de los placeres efímeros, como el alcohol, o la droga; que no recurre a falsas soluciones, cuyo único efecto es destruir la dignidad humana como la prostitución, la delincuencia o la complicidad con la corrupción; que rechaza cualquier ofrecimiento que implique colaborar en la difusión del mal para asegurarse una mejor posición económica.

Sabréis también de este modo, afrontar las dificultades laborales con sentido de responsabilidad, conscientes de que el presente y el futuro de vuestra Patria está también en vuestras manos y depende de vuestro trabajo. Vuestra tierra os pide un esfuerzo generoso, decidido, lleno de sana ambición para el momento actual y para el futuro.

“Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos, él será para nosotros pan de vida” (Liturgia eucarística, presentación de las ofrendas).

Con estas palabras alaba la Iglesia a Dios cada día en la liturgia eucarística, ofreciéndole el

pan y el vino, fruto de la tierra, fruto de la vid, y del trabajo del hombre. Así la Iglesia presenta cada día a Dios el trabajo humano, el trabajo físico o intelectual, para que el Señor lo acoja junto con el sacrificio redentor -el trabajo divino- de su Hijo Jesucristo. El trabajo humano, al prolongar la obra creadora de Dios, unido al sacrificio de Cristo, es convertido por El en fuente de vida eterna.

“Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas” (Sal 97,1). Son palabras de la liturgia de hoy. Ciertamente Dios ha hecho maravillas, destinándolas a todos los hombres. Por eso todos nosotros hemos de cantar al Señor. Y hemos de cantar un cántico nuevo, el canto de nuestro trabajo que presenta a Dios los dones recibidos de sus manos, transformados por nuestro esfuerzo.

“Cantad al Señor un cántico nuevo” (Sal 97,1).

Con vuestro trabajo diario, ¡cantad al Señor!

Desde el campo, desde la mina, con vuestro esfuerzo, con vuestro sudor, con vuestra vida de trabajo sacrificada y alegre, ¡cantad al Señor!

Con vuestra vida entera de campesinos cristianos, de mineros cristianos, de emigrantes cristianos, ¡cantad al Señor!

¡Alabad al Señor con vuestras vidas todos los trabajadores mexicanos!

Sois mexicanos verdaderos, pero se debe una pequeña interpretación a vuestras aclamaciones muy, muy cordiales, muy de corazón.

Una pequeña interpretación: no es importante que esté presente el Papa, es importante que esté presente Cristo.

Está presente Cristo, como está presente también cuando la eucaristía se celebra en una pequeña capilla por un sacerdote y hermano; es muy importante que esté presente Cristo. Entonces debemos volver a El, a Cristo en esta nuestra Homilía.

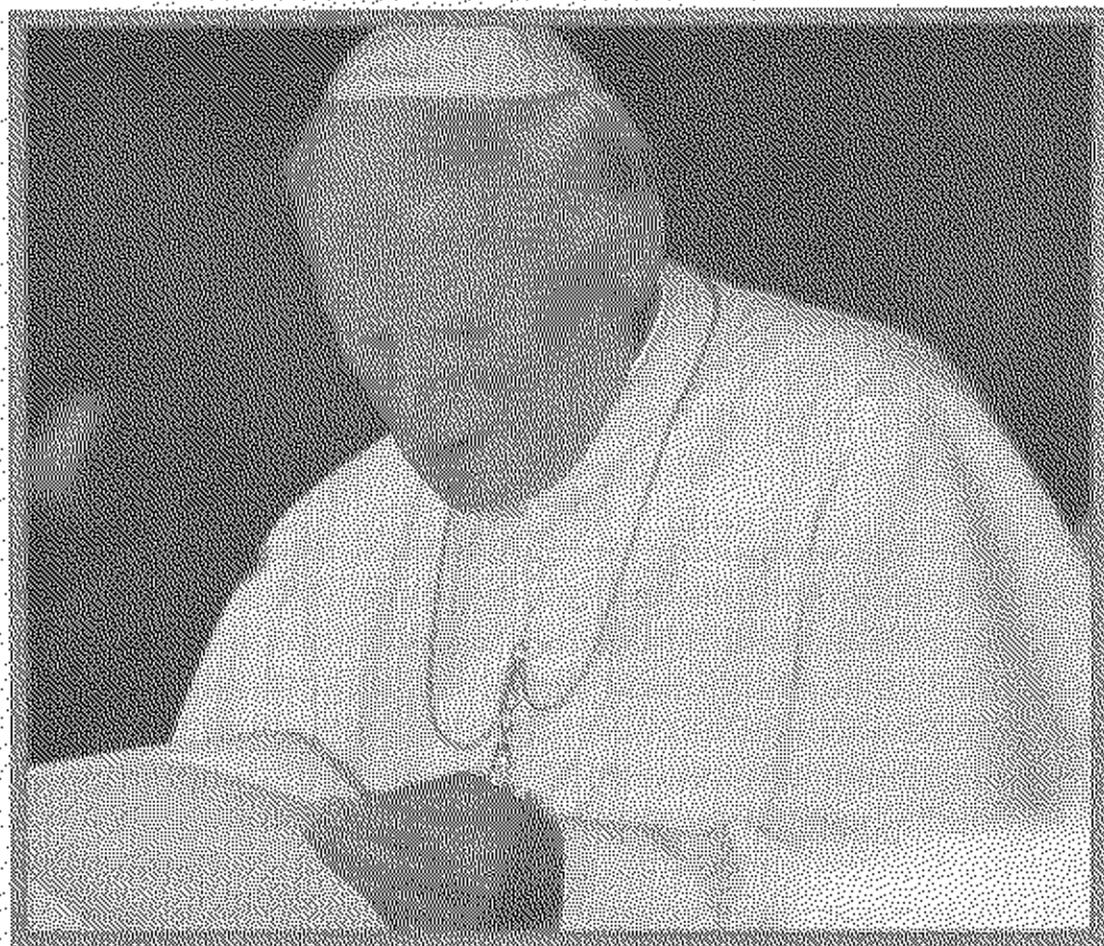
“¿No es éste el carpintero, el hijo de María?” (Mc 6,3).

Sí, Jesús, aquel carpintero de Nazaret, es el hijo de María. Para vosotros, trabajadores de México, María es también vuestra Madre.

Que desde sus santuarios, y particularmente desde su sede de Guadalupe, María vele sobre el trabajo de todos sus hijos e hijas mexicanos. Que Ella os acerque, a vosotros y vuestro trabajo, a su Hijo, el Carpintero. Este Carpintero de Nazaret es el Redentor del hombre. El es el Salvador del mundo.

(Homilía. Santa Misa con los Campesinos, Mineros, Emigrantes; Zacatecas. Nos. 447, 457-459, 463-475).

PASTORAL EDUCATIVA



Guardar la palabra de Cristo es una exigencia que implica a la vez la transmisión de la fe. Todo cristiano debe ser transmisor de la fe (cfr. *Catechesi tradendae*, 62 ss), pero lo deben ser de manera primordial los padres en relación con sus hijos (cfr. *Familiaris consortio*, 52) y todos los que realizan tareas educativas en relación con sus alumnos (cfr. *Catechesi tradendae*, 69). Por eso, mi alegría de estar con vosotros se acrecienta al saber que me está escuchando un número importante de maestros. A ellos me quiero dirigir ahora de manera especial.

Una nueva perspectiva de contactos entre la Iglesia y la comunidad política de este país se está configurando en nuestros días. Y en esta nueva fase de mejor entendimiento y de diálogo, la Iglesia quiere ofrecer su propia aportación, sin salir del marco de sus fines y competencias específicas.

Es un hecho que la cultura y la educación en México se está abriendo en estos tiempos a más amplios horizontes. El contexto de la comunidad internacional inicia una nueva fase de su historia, y ello tendrá sus repercusiones también aquí en un futuro no lejano. ¿Cómo podréis vosotros contribuir a los nuevos desafíos que deberá afrontar la sociedad mexicana?

La cuestión educativa, que es responsabilidad de todos, se impone de manera creciente a la consideración de la opinión pública, y despierta un renovado interés en los diversos ámbitos de la responsabilidad política.

Se hace pues necesario que las diversas instancias de la nación favorezcan todas las iniciativas que conduzcan a elevar cada vez más el nivel de la enseñanza. Es comprensible que hasta el momento la tendencia predominante haya sido, justamente, la de asegurar a todos un grado de instrucción básica. Sin embargo, el panorama que se configura está ya exigiendo un salto de cualidad en orden a la adecuada formación de la niñez y la juventud. Y esto, en una sociedad libre, no puede obtenerse si no es mediante la responsabilidad profesional, el estímulo de la iniciativa y la congrua retribución de quienes se interesan y se esfuerzan lealmente. Se impone pues la necesidad de desarrollar la capacidad de análisis y discernimien-

to, la educación en las virtudes, la dedicación generosa, la disciplina, la participación de los padres en la educación de sus hijos.

Queridos maestros: como profesionales de la educación y como hijos de la Iglesia católica sois conscientes de que conseguir unos objetivos elevados no depende sólo de los sistemas pedagógicos . El mejor método de educación es el amor a vuestros alumnos, vuestra autoridad moral, los valores que encarnáis. Este es el gran compromiso que asumís, antes que nada, ante vuestra conciencia. Sabéis que no podéis transmitir a vuestros alumnos una imagen decepcionante del propio país, debéis enseñarles a amarlo fomentando también aquellas virtudes cívicas que eduquen a la solidaridad y al legítimo orgullo de la propia historia y cultura.

Antes de terminar, quisiera expresar ante vosotros una convicción y una esperanza.

La convicción es que la Iglesia mira con segura confianza a la cultura mexicana, lo mismo que a las demás culturas de América Latina. Los valores humanos y cristianos presentes en este Continente están llamados a liberar todo ese potencial civilizador que aún no se ha manifestado plenamente. Por eso, la Iglesia -movida por su vocación de servicio al hombre- se siente comprometida a promover y fortalecer esa identidad.

La esperanza es que llegue definitivamente a su ocaso el prejuicio de que la Iglesia es un factor de freno cultural y científico. Los hechos vienen a desmentir tales acusaciones. Basta recordar la secular labor educativa de los instituciones religiosas y eclesiásticas, desde la primera evangelización hasta nuestros días. Pero mi exhortación de hoy a vosotros, maestros católicos, es: ¡abrid a Cristo el mundo de la enseñanza! De modo firme y paciente hay que ir mostrando cómo en Cristo encontramos plenamente todos los verdaderos valores humanos, y cómo ésta en El el sentido de la historia, encaminada a la unión personal y comunitaria de todos con el Dios Uno y Trino.

(Saludo a la Población y a los Maestros de México; Aguascalientes. Nos. 141-149).

La misma Iglesia os recuerda en tantas ocasiones el deber que tenéis de educar a vuestros hijos, no sólo en lo cultural y social, sino también en la fe y en la vida cristiana, de las virtudes humanas y cívicas (cfr. *Lumen gentium*, 35 y 41).

Es cierto que en la educación de los hijos contáis con la colaboración de otras personas: los maestros en las escuelas, los sacerdotes de vuestras parroquias, los catequistas. Pero no olvidéis nunca que vuestros hijos dependen primordialmente de vosotros. No olvidéis que su felicidad temporal, y, no pocas veces, hasta su felicidad eterna, dependerán de vuestro ejemplo y de vuestras enseñanzas. Rezando con vuestros hijos, meditando con ellos la Palabra de Dios, acompañándolos en la Eucaristía y en los demás sacramentos, llegaréis a ser plenamente padres: habréis conseguido engendrarles no sólo a la vida corporal, sino también a la vida eterna en Cristo.

La familia ha de ser también el ámbito donde los jóvenes sean educados en la virtud de la castidad. Ella ha de ser la primera escuela de vida para los hijos, preparándolos para la responsabilidad personal en todos sus aspectos, incluso los que se refieren a los problemas de la sexualidad. La educación para el amor, como don de sí mismo, es premisa indispensable para una educación sexual clara y delicada que los padres están llamados a realizar.

Dios ha querido que el don de la vida surja en esa comunidad de amor que es el matrimonio, y quiere que los hijos conozcan la naturaleza de ese don en el clima del amor familiar. Los padres cristianos tienen el derecho y el deber de formar a sus hijos también en este aspecto. Es lógico que, incluso en este campo, reciban la ayuda de otras personas. Pero la Iglesia recuerda la ley de la subsidiaridad, que la escuela o cualquier otra entidad debe observar también cuando coopera con los padres en la educación sexual de modo que sea impartida de acuerdo con el espíritu querido por los padres (cfr. *Familiaris consortio*, 37).

(Homilía. Encuentro con las Familias; Chihuahua. Nos. 312-315).



PASTORAL DE SANTUARIOS

San Juan de los Lagos angelus.

Mis queridos hijos de San Juan de los Lagos y de las demás regiones del país que han acudido a este santuario mariano: Los saludo con inmensa alegría y les agradezco con todo mi corazón su cariñoso recibimiento en este lugar donde ustedes veneran a la Virgen María, en su advocación de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, que ha enjugado tantas lágrimas de todos sus hijos, desde que Fray Miguel de Bolonia la trajo para consuelo de los nativos de estos lugares, hasta nuestros días.

A ella, Reina del cielo y Reina nuestra, saludémosla hoy con las palabras de la invocación "Regina Coeli".

"¡Reina del cielo, alégrate, aleluya!"

Con esta expresión de gozo la Iglesia se dirige a la Virgen María durante todo el período pascual en el que celebramos la presencia del Señor Resucitado y la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés.

¡Alégrate! lo repetimos a la Virgen Madre, con el eco mismo de las palabras del Arcángel Gabriel en la Anunciación, cuando la Virgen de Nazaret recibió el mensaje de haber sido elegida para ser la Madre del Redentor.

"¡Reina del cielo, alégrate, aleluya!"

Toda la Iglesia participa de la alegría de la Virgen María por la resurrección de su Hijo, después de haberla contemplado traspasada de dolor al pie de la Cruz y llena de esperanza en la autora de la Resurrección.

La tradición de la Iglesia asocia el misterio del parto virginal de María al misterio de la resurrección gloriosa de Jesús. Intacta quedó la Virgen Madre en el nacimiento del Hijo de Dios. Intacto quedó el sepulcro al salir de él, resucitado y triunfante, Cristo el Señor.

La resurrección del Hijo es el gozo de la Madre y la alegría de toda la Iglesia.

Si, Alégrate, Virgen María, porque el Señor al que has merecido llevar en tu seno, ha

resucitado según su palabra. Esa palabra que tú conservaste con fe y amor hasta “el tercer día”.

He querido peregrinar hasta el Santuario de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, en esta mi segunda visita pastoral a México, para venerar a la Virgen María que aquí, como en Guadalupe, ha acompañado las primicias de la evangelización en la tierra mexicana. El fervor multitudinario de los peregrinos que acuden a Ella, especialmente desde el Estado de Jalisco, da prueba del afecto filial que todos tiene a la Virgen, venerada aquí en su imagen desde el siglo XVI, y que ha hecho del santuario de San Juan de los Lagos uno de los centros de piedad mariana más importantes de toda la nación.

La imagen de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos tiene el encanto de las cosas sencillas, como sencilla fue la vida de la Virgen de Nazaret. Una imagen hecha de material humilde por los artesanos de estas tierras; pero labrada con inmenso amor y fruto de luminosa fe; y que, a la vez, posee el misterio de la grandeza misma de la Virgen, en la que Dios hizo maravillas, desde su inmaculada Concepción hasta su gloriosa Asunción a los cielos.

Estamos ante una imagen que podríamos llamar “resucitada”, porque fue rescatada de un período de olvido y restaurada para gozo y consuelo de los hijos de estos lugares. Al mismo tiempo, es como una imagen “resucitadora”, pues a su poder milagroso le atribuye la tradición el portento de haber vuelto a la Vida una niña humilde.

María, la Madre del Resucitado, es la Madre de la Vida. En su seno floreció Jesús que es la “vida del mundo”, y al calor de su intercesión maternal nacen y crecen los hijos de Dios, desde las aguas bautismales hasta en ingreso en la vida sin ocaso, que es la gloria del cielo.

¡Con cuanto amor cuida la Virgen de la vida de todos sus hijos!

La vida natural y la vida sobrenatural están bajo su protección y amparo maternal. Por eso, Ella se preocupa también de acercarnos a las fuentes mismas de la vida, a la gracia de los sacramentos; en definitiva, nos acerca a Jesús Resucitado, que ha venido para darnos vida en abundancia y hacernos partícipes de su resurrección gloriosa.

“¡Reina del cielo, alégrate, aleluya!”

Con todos los hijos de esta diócesis de San Juan de los Lagos, presididos por su pastor, en este santuario mariano que es también la casa y hogar de esta Iglesia local, te decimos, ¡Alégrate, Virgen María, porque Cristo tu Hijo ha resucitado!

¡Oh Virgen limpia de toda mancha, Madre de la vida! te pedimos que protejas a todos tus hijos de esta Iglesia de San Juan de los Lagos y de todo México, que en filial devoción imploran tu intercesión ante el Señor Resucitado, primicia de nuestra resurrección y esperanza de nuestra gloria futura.

(Regina Coeli; San Juan de los Lagos, Jal. Páginas 47-49).

Y María recibe en la anunciación esta Buena Noticia para luego comunicarla a los demás; en efecto, apenas recibido el mensaje del Señor se dirige a una ciudad de Judá, para llevarlo a Isabel su pariente y proclamar las maravillas del Dios en quien ella ha puesto su fe: “Engrandece mi alma al Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador” (Lc 1,46-47).

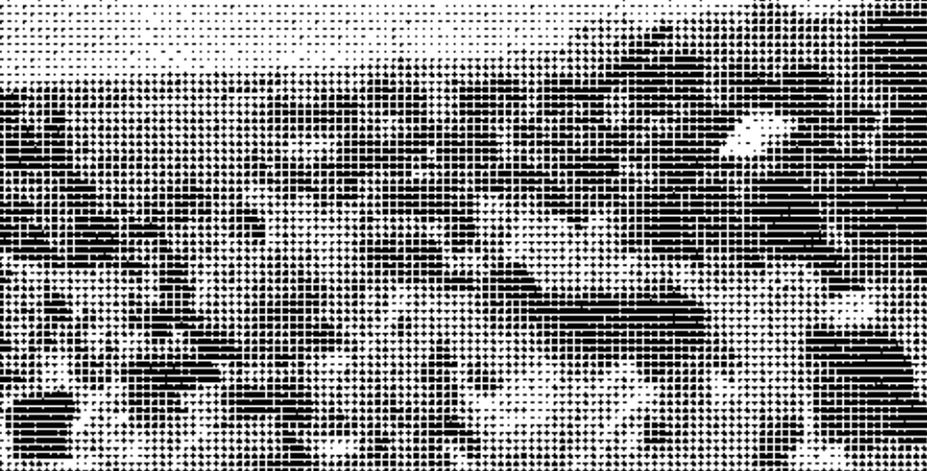
Este mismo Dios que en el Nuevo Testamento se nos revela Uno y Trino, se nos ha manifestado en la humanidad de su Hijo Jesucristo, concebido en las entrañas de María. Evangelizar es, en primer lugar, anunciar a Jesucristo: su vida y doctrina, sus valores y opciones, su muerte y resurrección por nosotros. En su predicación y en sus acciones descubrimos lo que significa que Dios es el único Señor, porque todo el misterio de Jesús, sus enseñanzas, sus milagros, su vida, están al servicio del Reino y Señorío de Dios.

Él predicó el Evangelio a los pobres, a los faltos de esperanza, a los pequeños que no tenían voz, a los marginados, a los pecadores, a los considerados impuros en su tiempo como los leprosos, a los paralíticos y ciegos, y en general a todas las personas que necesitaban ser liberadas de algún mal. “el tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades” (Mt 8,17) y nos enseñó que la condición para ser su discípulo es seguirlo.

Queridos hermanos y hermanas, pido a la Madre de Nuestro Señor Jesucristo y Madre nuestra, a la que invocáis con la advocación de Guadalupe, y que fue la primera mujer que recibió el mensaje del Evangelio para anunciarlo a los demás, que sea la “estrella de la evangelización” que os guíe en el fiel cumplimiento de esta misión que el Señor os encomienda.

(Homilía. V Centenario de la Evangelización. Veracruz Nos. 128-130 y 138).

LABORAL
DE LOS ASES



Un medio privilegiado, como bien sabéis, para la difusión del 501 mensaje cristiano son los medios de comunicación social. Así lo quiso poner de relieve el Concilio Vaticano II cuando exhortaba a los Obispos a “aprovechar la variedad de medios de que se dispone en la época actual para anunciar la doctrina cristiana” (Christus Dominus, 13); y, entre ellos, señalaba “la prensa y los varios medios de comunicación social de que es menester usar a todo trance para anunciar el Evangelio de Cristo” (ibid.).

Estas palabras del documento conciliar, promulgado hace veintiséis años, tienen hoy una mayor actualidad se cabe. En efecto, sois muy concientes de la necesidad en nuestros días de usar de los “mass media” para que el mensaje de Cristo llegue a todos los ambientes y la Iglesia esté más presente entre los hombres. Por otra parte, vuestra responsabilidad pastoral ha de llevarnos a estar vigilantes y a formar a los fieles para que sepan usar dichos medios con inteligencia, pues no es infrecuente que en ellos se difundan también ideologías y modelos de vida contrarios a la fe y a la moral católica.

Por todo ello, os invito a hacer un esfuerzo para que el mensaje del Evangelio y los valores que éste encarna se hagan cada vez más presentes en los medios existentes en el país en la medida de lo posible. la Iglesia pueda contar también con sus propios medios de comunicación social, en los que colaboren competentes e íntegros profesionales cristianos.

Discurso a los Obispos de México. (Cuautitlán. Nos. 501-503).



AGENTES SACERDOTES

Amadísimos en el Señor, la vocación sacerdotal es un don incomparable para toda la Iglesia, y vosotros habéis sido elegidos para ser, en la comunidad eclesial, signo personal y sacramental de la presencia, de la acción salvífica y del amor del Buen Pastor, “para edificación del Cuerpo de Cristo” (Ef 4,12).

Con palabras de san Pablo, también yo “os exhorto a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados” (Ef 4,1). esta elección es para siempre. Es una opción de amor, fuente de vuestra alegría y de vuestra identidad. Me uno, pues, a vuestro gozo, que es también el gozo de todo el Pueblo de Dios, porque sois amados y elegidos para siempre.

El don del sacerdocio es una opción por el amor: “Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros” (Jn 15,9), dice el Señor. El amor que os tiene Cristo arranca eterno entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por eso se manifiesta con una máxima expresión: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

Jesucristo es el Hijo amado del Padre enviado al mundo, “en la plenitud de los tiempos, nacido de mujer” (Gál 4,4), para amar y salvar al mundo. El sacerdocio mesiánico de Cristo nace de este amor y voluntad salvífica de Dios. Cristo es el Sacerdote eterno y de su sacerdocio participamos todos. El ofreció el único sacerdocio, el de la cruz, que se perpetúa entre nosotros por medio de la eucaristía. De este sacerdocio y sacrificio, como donación total, habla Jesús a los Apóstoles en el Cenáculo: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

Nosotros nos hemos reunido aquí para contemplar con los ojos de la fe este amor tan grande. No obstante nuestra debilidad humana nos unimos al sacrificio de Cristo Sacerdote eterno. Y nos unimos a él con humildad y confianza, puesto que hemos sido llamado a participar de modo especial en este sacerdocio y a ofrecer este sacrificio de la Nueva Alianza -bajo las especies de pan y de vino, a semejanza del sacrificio de Melquisedec (cfr. Sal 110,4; Heb 5, 5-6)- que Cristo dejó como testamento de amor a su Iglesia.

Para cada uno de vosotros, queridos hijos y hermanos, ha llegado ya el momento en el que os vais a convertir en “sacerdotes del Señor”, puesto que, como presbíteros, “seréis llamados ministros de nuestro Dios” (Is 61,6).

Las palabras que Jesús pronunció en la Última Cena se cumplen también ahora mismo entre nosotros. Porque es el mismo Jesús quien os dice con amor: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15,14).

“Vosotros sois mis amigos... A vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15, 14-15). Acoged, pues, queridos hijos y hermanos, esta llamada, que es una declaración de amistad profunda y eterna. Sois sus amigos, confidentes suyos, hechos partícipes de su misterio, con el fin de prolongar en su nombre, “in persona Christi”, su misma misión. Por esto se os puede llamar a cada uno, en cierto modo “alter Christus”. No olvidéis nunca el origen de este amor, de donde procede la llamada y la misma existencia sacerdotal, que es vocación para servir a ejemplo de Cristo.

El don del sacerdocio es iniciativa del Señor. “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros” (Jn 15,16). Efectivamente, Jesús “llamó a los que él quiso” (Mc 3,13); y El sabe muy bien a quienes y por qué los ha elegido (cfr. Jn 13,18). Si la vocación, la consagración y la misión sacerdotal, en todos sus grados, son un don suyo, ello significa que hay que pedir y recibir el don tal como es. ¿Y cómo es el don que el Señor os ofrece a vosotros?

Por el Evangelio sabemos que Cristo llamó a sus Apóstoles “para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar” (Mc 3,14). El don del sacerdocio nos hace partícipes del mismo ser o consagración, de la misma misión y de la misma vida de Cristo Sacerdote y Buen Pastor.

Cuando Jesús se presentó en la sinagoga de Nazaret leyó y se aplicó a sí mismo el texto de Isaias, que también nosotros hemos escuchado hoy: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva” (Lc 4,18; cfr. Is 61,1). Jesús es, pues, el consagrado y el enviado. De esta consagración y misión hace partícipes a sus Apóstoles ya cuantos en el decurso de la historia de la Iglesia habrán de recibir, como vosotros, la imposición de las manos (cfr. 2 Tim 1,6).

Asímismo el don que recibis es exigente, como lo es el amor con que Cristo os lo concede. En la entrega sacerdotal no puede haber regateos ni ahorro de esfuerzos. Estáis llamados a la santidad y al apostolado con el ardor y dedicación de los mismos Apóstoles.

La gracia y el carácter que se reciben con el sacramento del Orden no solamente exigen santidad y entrega, sino que la hacen posible. Si se participa en el ser y en la misión de Cristo, es para participar también en su estilo de vida. El don del sacerdocio se recibe para vivir en sintonía con Cristo, cumpliendo como él el encargo o mandato salvífico del Padre (cfr. Jn 15,10; Jn 10,18).

El don del sacerdocio se reaviva continuamente en la caridad del Buen Pastor: “Permaneced en mi amor” (Jn 15,9). Y ¿cómo es este amor de Cristo? “Hasta dar la vida por sus amigos” (Jn 15,13). Así lo había dicho el Señor cuando se presentó como Buen Pastor: “Yo doy mi vida por mis ovejas” (Jn 10,15).

Por eso el sacerdote debe ser siempre “el hombre de la caridad”. “Como Pastor de la grey de Cristo, él no puede olvidar que su Maestro ha llegado a dar la propia vida por amor. A la luz de este ejemplo, el sacerdote sabe que ya no es dueño de sí mismo, sino que se debe dar todo a todos, aceptando cualquier sacrificio vinculado con el Amor” (Meditación dominical a la hora del Angelus, 18 febrero 1990).

Este aspecto esencial del sacerdote tiene valor permanente. Por el hecho de ser signo del Buen Pastor, para prolongar su palabra, su sacrificio, su acción salvífica, es una llamada a vivir en sintonía con el sentir y el actuar de Cristo. Por esto, la espiritualidad específica del sacerdote es “la ascesis propia del pastor de almas” (Presbyterorum Ordinis, 13). Sólo así será un “instrumento vivo de Cristo Sacerdote” (Ibid., 12).

Toda la vida del sacerdote ha de ser un testimonio de cómo amaba el Buen Pastor, el cual vivió pobre para manifestar que se daba a sí mismo; fue obediente a los planes salvíficos del Padre porque no se pertenecía a sí mismo; fue casto porque quiso compartir esponsalmente nuestra existencia para hacer de toda la humanidad una familia de hermanos y una ofrenda a Dios.

El don del sacerdocio se vive en al perseverancia: “Os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca” (Jn 15,16).

Sí, queridos hermanos, el don del sacerdocio será garantía de vuestra perseverancia si sabéis “avivarlo” continuamente (cfr. 2 Tim 1,6), siguiendo las indicaciones y medios concretos que han recordado el Concilio Vaticano II, así como los documentos postconciliares. Porque vais a ser predicadores de la palabra de Dios, necesitáis profundizar continuamente esta palabra en momentos fuertes de oración personal y de estudio. Porque vais a celebrar los misterios del Señor, necesitáis

vivirlos vosotros mismos, especialmente en la celebración eucarística, en la liturgia de las horas y en el sacramento de la reconciliación. Porque tenéis que guiar a la comunidad cristiana y a cada creyente por el camino de la santidad, necesitáis vosotros mismos aspirar ardientemente a ella.

El don del sacerdocio se vive en una intensa comunión eclesial: “Lo que os mando es que os améis los unos a los otros” (Jn 15,17). La unidad que Jesús quiere para toda su Iglesia, y de modo particular para los sacerdotes, está basada en el mandato del amor, como reflejo de la unidad entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por esto el Señor pide intensamente al Padre un claro testimonio de unidad en sus discípulos: “Que sean uno como nosotros somos: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado” (Jn 17, 22-23).

El Sacerdote, juntamente con su Obispo y con los demás sacerdotes del Presbiterio, será agente de unidad en la comunidad eclesial en la medida en que él mismo viva esta comunión. Como enfatiza el Concilio Vaticano II: “La fidelidad a Cristo no puede separarse de la fidelidad a la Iglesia” (Presbyterorum Ordinis, 14). En efecto, en la medida en que el sacerdote viva la realidad de la Iglesia como comunión, hará efectiva la misión de la Iglesia y descubrirá también la realidad de la misma Iglesia como misterio.

¡Cómo me gustaría seguir reflexionando con vosotros sobre estas facetas maravillosas del don del sacerdocio que hoy recibís! En mis cartas con ocasión del Jueves Santo, desde el inicio de mi Pontificado, he ido exponiendo la doctrina sacerdotal que se encuentra en los documentos conciliares y especialmente en la Escritura y en la Tradición de la Iglesia. El misterio de Cristo Sacerdote, que se prolonga en nosotros, es inabarcable; por ello nuestras reflexiones y meditaciones son sólo un destello de lo que el Señor mismo os irá comunicando si sois fieles. En efecto, a Cristo le encontraréis en la medida en que le améis. Así nos lo ha dicho él mismo; “Si alguno me ama, yo me manifestaré a él” (Jn 14,21).

Hermanos e hijos queridos: ¡Vosotros sois los sacerdotes de la última década del segundo milenio! ¡Vosotros sois los sacerdotes de una nueva etapa de esperanza para México! Sed siempre testigos de la verdad, de la justicia, del amor, especialmente hacia los más necesitados. Vuestra vida sacerdotal es una exigente vocación de servicio, de entrega, de dedicación plena a la obra de la nueva evangelización de México.

Una sociedad, como la nuestra, que tiende al materialismo de la vida, mientras por otra parte siente ansia de Dios, necesita testigos del misterio. Una sociedad que está dividida, sintiendo al mismo tiempo las ansias de unidad y solidaridad, necesita servidores de la unidad. Una sociedad que olvida frecuentemente los auténticos valores, mientras pide autenticidad y coherencia, necesita signos vivos del evangelio.

¡México necesita sacerdotes santos! ¡México necesita hombres de Dios que sepan servir a sus hermanos en las cosas de Dios! ¿Seréis vosotros de esos hombre? El Papa, que os ama entrañablemente, así lo espera. ¡Sed los santos sacerdotes que necesitan los mexicanos y que anhela la Iglesia! ¡Qué Nuestra Señora de Guadalupe os acompañe siempre por los caminos de la nueva evangelización del América! Así sea.

(Homilía. Santa Misa con Ordenaciones Sacerdotales; Durango. Nos. 264-287, 291).

Sean pues mis palabras, en primer lugar, un testimonio de honda gratitud por la preciosa y abnegada labor con que anunciáis la Palabra de Dios, administráis los Sacramentos, dáis testimonio de castidad, pobreza y obediencia por amor a Cristo y lleváis ayuda y consuelo a los más necesitados. Gracias además por vuestros trabajos pastorales en el campo de la educación, de la salud, de las vocaciones, de la promoción humana; de esta manera hacéis vivo y operante el mandato

del Señor de evangelizar a toda la gente (cfr. Mt 28,19).

Nuestro encuentro de hoy es una ocasión excepcional para recordar a aquellos esforzados misioneros que, bajo la mirada materna de Santa María de Guadalupe, evangelizaron estas tierras mexicanas mediante su abnegada labor como testigos del Evangelio. Al igual que ellos ayer, los sacerdotes del México de hoy habéis asumido la enorme responsabilidad de hacer presente el Reino de Dios, con vuestra vida y con vuestro servicio al Señor y a los hombres, “para ofrecer dones y sacrificios por los pecados” (Heb 5,1). Así como ellos tuvieron que afrontar creativamente el reto de lo que hoy denominamos “evangelización constituyente” (Puebla, 6), así también vosotros hoy tenéis delante un nuevo gran desafío: la nueva evangelización.

Mirando la realidad de vuestros pueblos, la conciencia cristiana se siente espoleada por la urgencia de entregarse a un nuevo proceso evangelizador. No faltan, ciertamente motivos de preocupación ante la presencia de determinados factores que obstaculizan la acción de la Iglesia y dificultan la transmisión de la fe a las nuevas generaciones.

En efecto, una secularización cada vez más penetrante pretende alejar de la conciencia de los hombres la referencia a su destino trascendente. El agnosticismo, presente en muchos, lleva a buscar infructuosamente toda clase de sucedáneos. Contemporáneamente, la disminución de la asistencia a las celebraciones de los misterios cristianos y la no suficiente atención a las manifestaciones de la auténtica piedad popular debilitan la necesaria y activa participación del creyente en la vida comunitaria. En este sentido, estamos asistiendo a la difusión de un modo intimista de concebir la fe, que olvida o posterga la proyección social del cristianismo, a la falta de una mayor solidaridad con los que sufren y de un más decidido compromiso -no idiológico sino evangélico- con los más pobres, sin excluir a nadie; a un consumismo que extiende cada vez más su presencia en muchos hogares y familias, poniendo el afán de poseer por encima de todo; a un proselitismo creciente de nuevos grupos religiosos que incluso ponen en peligro la identidad católica de México.

No constituyen tampoco una ayuda para superar tales situaciones, ciertos signos de deterioro en la disciplina de la vida eclesial y respecto a la legislación canónica sobre la vida sacerdotal y religiosa ciertas actitudes en el campo de la moral, así como conflictuales concepciones de la libertad y de determinadas formas erradas de entender la opción por el pobre (cfr. *Libertatis nuntius*, *passim*).

Ante tal panorama urge, pues, que vosotros -que habéis hecho la opción radical de seguir a Jesús, el Buen Pastor (cfr. Jn 10,11)- en fidelidad al magisterio de la Iglesia, colaboréis incondicionalmente con vuestros Obispos de manera intensa en las tareas de la nueva evangelización.

Para llevar a cabo dicha tarea, se hace necesario por parte de todos profundizar y corroborar más y más la conciencia eclesial. Como sacerdotes, debéis estar dispuestos a dar con vuestra vida y con vuestros actos públicos un constante testimonio de amor a la Iglesia, de íntima comunión con vuestros obispos -de quienes sois insustituibles colaboradores- y de compromiso con la misión a la que habéis sido llamados “in persona Christi” (cfr. *Presbyterorum, Ordinis*, 2,7).

Vuestra primera y gran responsabilidad ante el pueblo fiel es la de ser y mostraros sacerdotes irreprochables en el seguimiento de Cristo pobre, casto y obediente. México es un país de genuina tradición religiosa, cuyo pueblo es muy consciente de la dignidad del sacerdote. En vosotros espera ver siempre el modelo que les guíe y que se entregue con la generosidad de quien se ha consagrado al Señor en una vida de celibato, que le debe de capacitar para dedicarse indivisamente a la misión que se le ha confiado (cfr. *Presbyterorum Ordinis*, 16).

Sois también servidores de la Palabra (cfr. *Presbyterorum Ordinis*, 4). A tan alta responsabilidad corresponde la coherencia interna del ministro que debe buscar siempre el bien de aquellos a quienes sirve, transmitiendo fielmente la verdad íntegra del Evangelio. El servidor de la Palabra "no vende ni disimula jamás la verdad por el deseo de agradar a los hombres, de causar asombro..." (cfr. *Evangelii nuntiandi*, 78). El sacerdote no debe servirse de la Palabra de Dios para la realización de sus propios proyectos, ni siquiera -con supuesta buena intención- para ayudar al cambio de una situación, desde su propia visión personal. El sacerdote debe acercarse humildemente a la Palabra que da vida y debe escucharla atentamente; acogerla en su corazón para meditarla, como María, la Madre del Señor (cfr. *Lc.* 2,19); hacerla parte de su propia vida y así anunciarla con fidelidad plena.

Como la Iglesia es signo de unión entre los hombres y Dios (cfr. *Lumen Gentium*, 1), y de los hombres entre sí, el sacerdote que recibe su misión de la misma Iglesia - es un hombre llamado a ser artífice de comunión (cfr. *Presbyterorum Ordinis*, 3, 8-9, 15).

¿Qué tarea tan importante es trabajar por la comunión? La Iglesia fue instituida por el Salvador para salvar y servir a la humanidad entera. Por eso, de vuestra actividad ministerial nadie debe quedar excluido. Cuando la Iglesia habla de opción preferencial por los pobres, lo hace desde la perspectiva del amor universal del Señor, que precisamente manifestó su preferencia por aquellos que más lo necesitaban. No es una opción ideológica; ni tampoco es dejarse atrapar por la falaz teoría de la lucha de clases como motor de cambio en la historia. El amor por los pobres es algo que nace del Evangelio mismo y que no debe ser formulado ni presentado en términos conflictivos.

En efecto, para salir al paso de reduccionismos inaceptables es imprescindible poner de relieve que este amor por los pobres, los marginados, los enfermos y los necesitados de todo tipo, no es exclusivo ni tampoco excluyente (cfr. Puebla 1165). Jesús ha nacido, padecido, muerto y resucitado por todos los hombres. El ha venido a proclamar la filiación divina con el Padre, así como la fraternidad entre todos los hombres, llamados a ser hijos en el Hijo (cfr. *Gaudium et spes*, 22). Nada, pues, más ajeno a quien está llamado a actuar "en la persona de Cristo", que reducir el alcance universal de su misión y de su amor (cfr. *Presbyterorum Ordinis*, 6).

El mundo de hoy es testigo de la crisis ideológica de aquellos que ofrecían una sociedad nueva y proclamaban un hombre nuevo, sin reparar que era a costa de la libertad de la persona. Las legítimas aspiraciones del hombre han puesto en tela de juicio ideologías y sistemas que, negando toda trascendencia, pretendían satisfacer con sucedáneos los anhelos del corazón humano por los valores más elevados. La misma evolución de los acontecimientos ha demostrado que los valores auténticamente humanos de justicia, paz, felicidad, libertad, amor, no hacen sino potenciar el deseo de infinito, el ansia de Dios. "Fecisti nos, Domine, ad te et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te", nos recuerda san Agustín. Por eso, cuando el mundo empieza a constatar los inequívocos fracasos de ciertas ideologías y sistemas, resulta aún más incomprensible que algunos hijos de la Iglesia en estas tierras -movidos a veces por el deseo de encontrar soluciones rápidas- persistan en presentar como viables unos modelos cuyo fracaso es patente en otros lugares del mundo.

Vosotros, como sacerdotes, no podéis involucraros en actividades que son propias de los fieles laicos. Si bien, por vuestro servicio a la comunidad eclesial, estáis llamados a cooperar con ellos ayudándolos a profundizar en las enseñanzas de la Iglesia.

(Encuentro con los Sacerdotes, Religiosos, Religiosas, Seminaristas y Laicos comprometidos; Tlanepantla. Nos. 509, 511-523).

AGENTES

RECORDADOS



Quiero dirigirme ahora en particular a los religiosos y religiosas, parte selecta del Pueblo de Dios en la obra evangelizadora de ayer, de hoy y del mañana. Vosotros habéis sido llamados a dar testimonio de la presencia de Cristo entre los hombres, asumiendo sin reservas el espíritu racial de la bienaventuranza. Como miembros de la Iglesia con vocación de consagración peculiar, sois conscientes de que vuestro testimonio de vida comunitaria constituye ya de por sí un "medio eficaz de santificación" (Evangelii nuntiandi, 69). Por consiguiente, sentíos gozosos de ser para los demás la imagen transparente de Cristo, irradiando por doquier el amor y la alegría de haber sido llamados a hacer vida los valores del Reino en su densidad escatológica.

La oración, la vocación a la santidad, los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia han de ser, queridos religiosos y religiosas, el eje en torno al cual gire toda vuestra vida. Por ello debéis, ante todo, renovar vuestra conciencia de consagrados día a día, pues cuanto mayor es el ritmo de la actividad y mayor es la inserción en el mundo, tanto más necesaria es la serena reflexión sobre la naturaleza y las características propias de la misión a la que estáis llamados. No estéis inmunes de las presiones de una concepción secularista o consumista de la existencia. La fidelidad a vosotros mismos y a la llamada del Señor deben movernos a ser incansables en el discernimiento espiritual, así como en el examen cotidiano de vuestros actos, para que vuestra acción de servicio esté siempre encaminada hacia el bien.

Muchos de vosotros participáis de una manera intensa en la tarea de evangelizar la cultura. Hoy se ve cada día más claramente la importancia de tales labores al servicio del Reino de Dios.

En vuestras actividades como educadores debéis poner sumo cuidado en mostrar siempre una indefectible fidelidad a la Iglesia. Las enseñanzas del Magisterio no sólo deben merecer una adhesión formal, sino también iluminar vitalmente el mensaje concreto del que sois portadores. No faltan hoy, por desgracia, exageraciones y errores ampliamente difundidos; por esto mismo habéis de estar muy atentos a desplegar vuestra labor educativa en plena sintonía con las orientaciones de vuestros Obispos, que son Maestros de la verdad (cir. Discurso inaugural en Puebla, 1). A este respecto, deseo recordamos el mensaje que dirigí al Episcopado Mexicano y a los Superiores y Superiores mayores de los Religiosos de México, con ocasión de la Asamblea General de octubre pasado: "La naturaleza

misma de la Iglesia que es misterio de comunión, exige que entre los Pastores de las Iglesias Particulares y los religiosos exista una estrecha colaboración que evite posibles magisterios paralelos y también programas pastorales que no reflejen suficientemente esta comunión y unidad” (27 octubre 1989). Como personas consagradas, estáis llamados a ser, junto con vuestros Pastores, servidores de la unidad del Pueblo de Dios. Todo esfuerzo realizado, en nombre del amor y la fraternidad, por construir comunidades cristianas solidarias y reconciliadas es una preciosa aportación a las tareas de una renovada evangelización a la que el Papa viene convocando a toda la iglesia en América Latina.

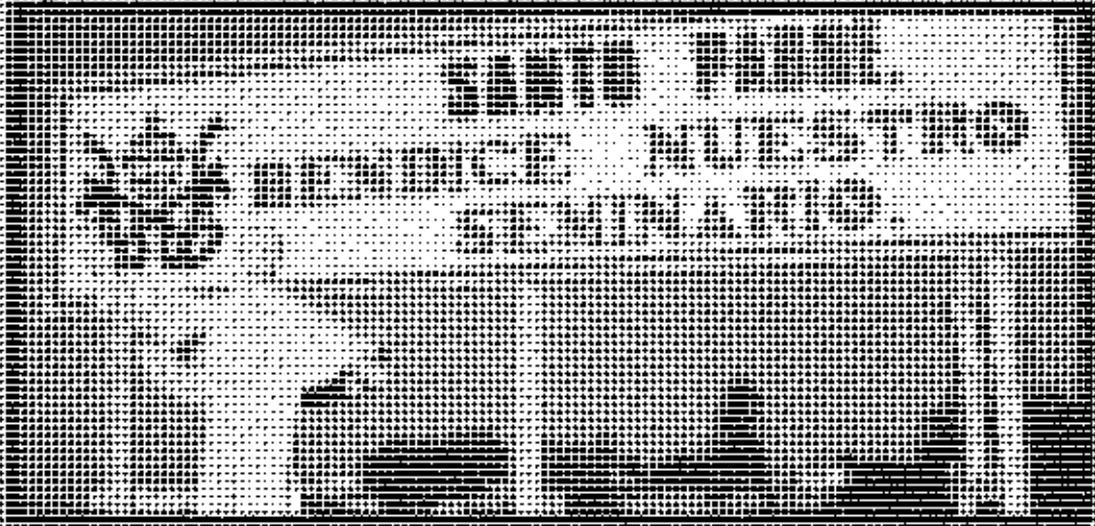
Estad pues atentos a no aceptar ni tampoco a dejarnos imbuir por visiones conflictiva de la existencia humana ni por las ideologías que propugnan el odio de clases o la violencia, incluso cuando pretenden encubrirse bajo epígrafes teológicos (cfr. *Libertis nuntius*, XI). Por el contrario, buscad en el tesoro del Evangelio todo aquello que une a los hombres, y trabajad incansablemente para que cuanto constituye motivo de rencilla o enemistad sea superado por el mensaje de amor que nos muestran las palabras y los hechos de Jesús.

¡El Papa confía en vosotros, queridos religiosos y religiosas de México! ¡El Papa espera que con vuestro incomparable entusiasmo os entreguéis generosamente a la nueva evangelización! ¡Que bendición para México si todos sus consagrados renovasen cotidianamente su compromiso de llevar el Evangelio a todos los rincones de esta acogedora tierra, a todos sus habitantes!

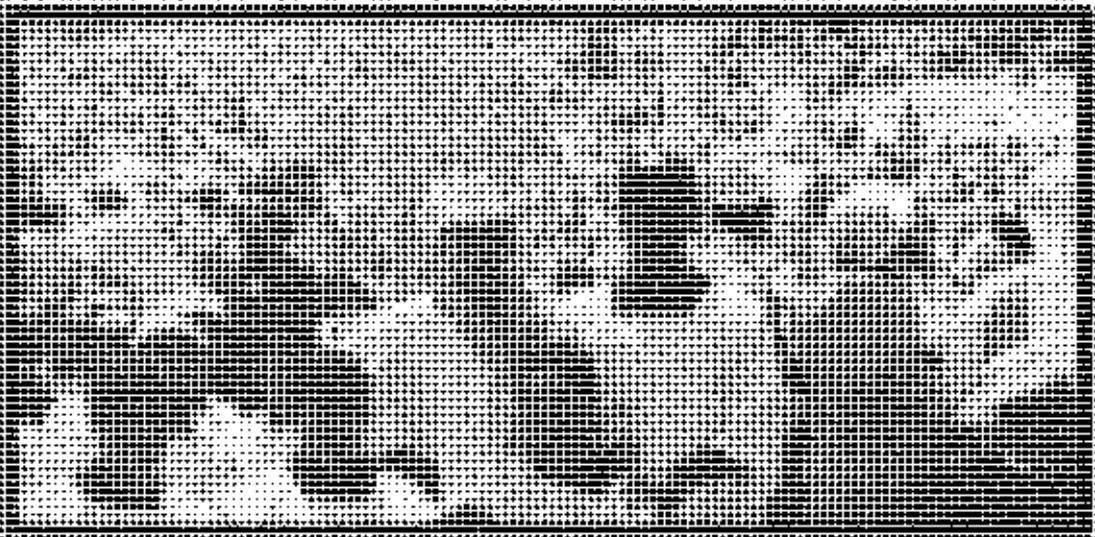
Intimamente participes de esta misión y compromiso, desde la vida silenciosa y austera del claustro, se sienten las religiosas contemplativas, a quienes deseo ahora dirigir mi saludo de particular afecto y aprecio. “En este Cuerpo Místico que es la Iglesia, vosotras también habéis elegido ser “el Corazón”, os decía en mi mensaje del 12 de diciembre pasado, fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe.

¡La Iglesia valora inmensamente la vida contemplativa! El Papa quisiera ver que en todo el mundo, y por supuesto en México, aumenten los conventos y las vocaciones contemplativas. ¡Y es que el mundo está tan necesitado de oración! El mundo está necesitado del testimonio de personas que, dejándolo todo, sigan radicalmente a Jesucristo.

(Encuentro con los Sacerdotes, Religiosos, Religiosas, Seminaristas y Laicos comprometidos; Tlanepantla. Nos. 526-533).



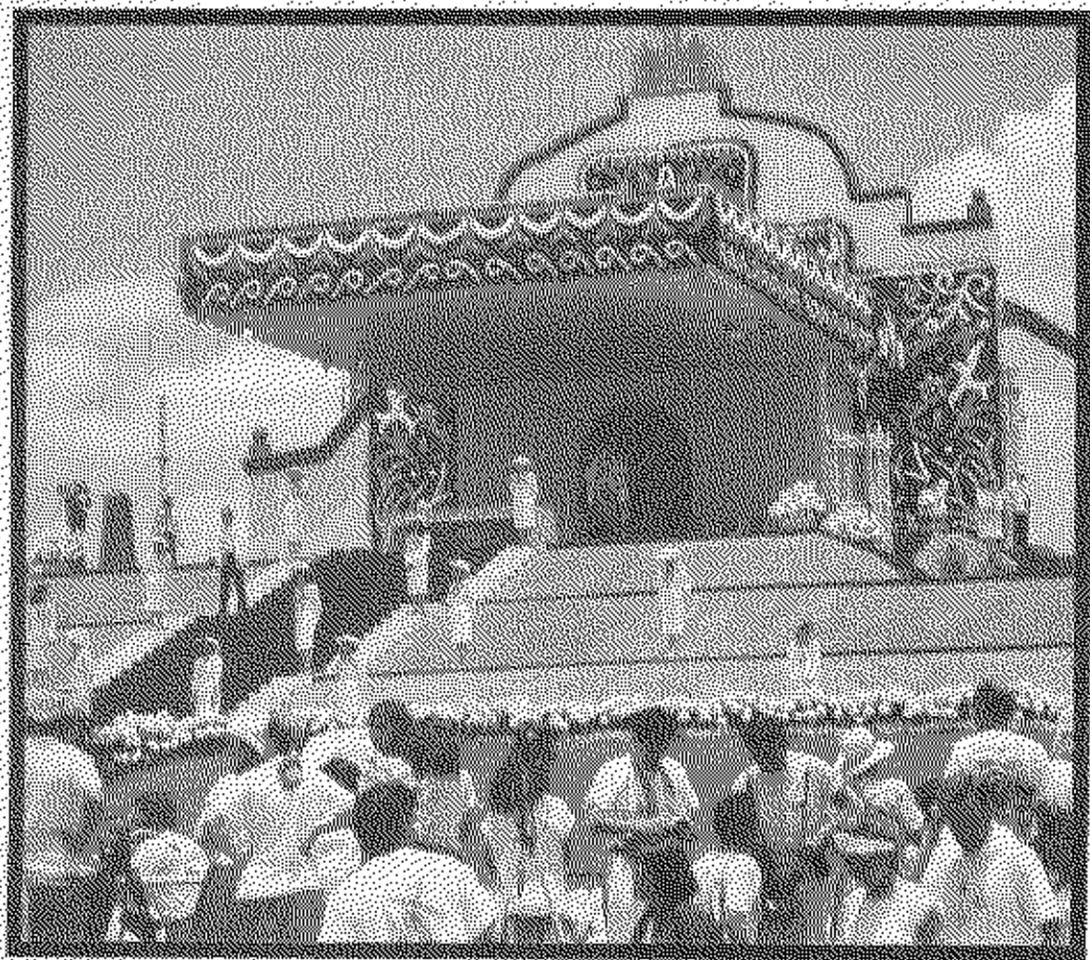
AGENTS
FRANZISKA



La presencia de tantos jóvenes seminaristas, esperanza de la Iglesia. Como aspirantes a la vida sacerdotal y religiosa, os aliento vivamente a dedicaros con generosidad y entusiasmo a vuestra formación. El ministerio sacerdotal al cual os sentís llamados exige de vosotros una sólida preparación espiritual, doctrinal y en virtudes humanas.

(Encuentro con los Sacerdotes, Religiosos, Religiosas, Seminaristas y Laicos comprometidos; Tlanepantla. No. 534).

AGENTES LAICOS



El nombre de México evoca una gloriosa civilización que forma parte irrenunciable de vuestra identidad histórica. En nuestros días estamos viviendo momentos cruciales para el futuro de este querido país y también de este continente. Por ello es necesario que el cristiano, el católico, tome mayor conciencia de sus propias responsabilidades y de cara a Dios y a sus deberes ciudadanos, se empeñe con renovado entusiasmo en construir una sociedad más justa, fraterna y acogedora. Tratando de superar viejos enfrentamientos, hay que fomentar una creciente solidaridad entre todos los mexicanos, que les lleve a acometer con amplitud de miras un decidido compromiso por el bien común.

(Discurso de llegada al Aeropuerto de la Ciudad de México. No. 20).

El reconocimiento del culto, que desde hace siglos, se ha dado al laico Juan Diego, reviste una importancia particular. En una fuerte llamada a todos los fieles laicos de esta nación para que asuman todas sus responsabilidades en la transmisión del mensaje evangélico y en el testimonio de una fe viva y operante en el ámbito de la sociedad mexicana. Desde este lugar privilegiado de Guadalupe, corazón de México siempre fiel, deseo convocar a todo el laicado mexicano a comprometerse más activamente en la reevangelización de la sociedad.

Los fieles laicos participan en la función profética, sacerdotal y real de Cristo (cfr. *Lumen gentium*, 31) pero realizan esta vocación en las condiciones ordinarias de la vida cotidiana. Su campo natural e inmediato de acción se extiende a todos los ambientes de la convivencia humana y a todo lo que forma parte de la cultura en su sentido más amplio y pleno. Como escribí en la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*: “para animar cristianamente el orden temporal en el sentido señalado de servir a la persona y a la sociedad de los laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la política, es decir, de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común” (n.42).

Hombres y mujeres católicos de México, vuestra vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado (cfr. *Apostolicam actuositatem*, 3). No podéis, por tanto, permanecer indiferentes ante el sufrimiento de vuestros hermanos: ante la pobreza, la corrupción, los ultrajes a la verdad y a los derechos humanos. Debéis ser sal de la tierra y luz del mundo (cfr. Mt 5,13-14). Por eso el Señor os repite hoy: “Brille así vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5, 16).

(Homilía. Misa de Beatificación en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe; México. Nos. 55-57).

Si, cada uno de vosotros, fieles que me escucháis en Durango y en todo México, ha sido llamado personalmente por Dios; ha sido elegido por El para ser santo. Esta afirmación es plenamente actual y debe encontrar hoy una nueva resonancia entre los fieles laicos (cfr. *Christi-*

fideles laici, 17). La santidad, hermanos míos queridísimos, la alcanza el cristiano abriéndose a la gracia de Dios, viviendo en unión íntima y profunda con la acción salvífica del Señor.

En el Evangelio halla el programa de vida que corresponde a un hijo de Dios, miembro de la Iglesia católica. En la Eucaristía encuentra la fuerza para dar testimonio del amor que todo cristiano ha de difundir a su alrededor: en la familia, en el trabajo y en el descanso, en la vida privada y en la vida pública.

Desde esta hermosa Iglesia catedral de Durango deseo dirigirme a los fieles laicos de esta arquidiócesis y de toda la República. Vosotros, amadísimos hermanos y hermanas, formáis parte de un pueblo que se ha destacado por su fe profunda, hondamente mariana, por su fidelidad a la iglesia y por una especial vinculación espiritual a la persona del Sucesor de San Pedro. Esta singular fidelidad ha sido puesta a prueba muchas veces; pero, con la gracia de Dios y el auxilio de María, habéis convertido esas ocasiones en momentos de ulterior fecundidad para la vida eclesial. La historia del Pueblo de Dios en México es rica en testimonio ejemplares de laicos que hicieron de sus vidas una manifestación elocuentes del amor de Dios y que, por ese mismo amor, no dudaron en dar lo mejor de sí cuando las circunstancias lo exigieron. El pueblo mexicano nunca debe olvidar su pasado, pues desde él ha de proyectarse al futuro.

En la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, dirigida a toda la iglesia tras el Sínodo de los Obispos de 1987, quise poner de relieve el hecho de que “nuevas situaciones, tanto eclesiales como sociales, económicas, políticas y culturales, reclaman hoy, con fuerza muy particular, la acción de los fieles laicos. Si el no comprometerse ha sido siempre algo inaceptable, el tiempo presente lo hace aún más culpable. A nadie le es lícito permanecer ocioso” (n. 3).

En este documento señalado tres factores que pueden servirnos para fijar mejor los desafíos de esta “magnífica y dramática hora de la historia” (Ibid.). En primer lugar el secularismo y la indiferencia religiosa que afecta ya no sólo a los individuos, sino a comunidades enteras. Este fenómeno está incidiendo seriamente en los pueblos cristianos y reclama con urgencia una nueva evangelización. He aquí el primer gran desafío para los laicos: comprometerse activamente en hacer presente el mensaje del Evangelio en la sociedad de nuestro tiempo.

En segundo lugar mencionaba los atropellos de que es objeto la persona humana, lo cual es puesto de manifiesto por las frecuentes violaciones a que se halla sometida hoy en día, desde el no-nacido hasta los que viven oprimidos y marginados.

De aquí la enorme responsabilidad de los fieles laicos de afirmar cada vez con mayor fuerza la centralidad de la persona humana redimida por Cristo.

Por último, los antagonismos y conflictos que caracterizan buena parte de las relaciones en el mundo exigen que los laicos se conviertan en artífices de reconciliación y de paz.

Sembrad, pues, y difundid la paz de Cristo a vuestro alrededor. Así se os dará, como dice el evangelio, el nombre de nobilísimo de “hijos de Dios” (Mt 5,9). Esforzáos en arrancar las raíces las raíces de los resentimientos, de los conflictos, de las enemistades. Promoved en cambio la justicia, en lo grande y en lo pequeño, en las instituciones, en el mundo profesional y laboral, en las familias, en la defensa de la dignidad de cada persona. La justicia es una virtud fundamental, que da a cada uno lo suyo: honor, buena fama, bienes temporales. Todos y cada uno hemos de sentirnos responsables de este deber, buscando siempre el ser ecuanímes, ponderados conscientes ante Dios de la trascendencia de esta responsabilidad.

(Saludo a los Fieles. Visita a la Catedral; Durango. Nos. 248-255).

Toda actividad, el trabajo y el descanso, la vida familiar y social, el ejercicio de vuestras responsabilidades políticas, culturales, económicas, han de tener como nervio esa actitud de amor y de servicio (cfr. Lumen gentium, 10). Viviendo así, vuestro corazón quedará transformado en un altar (cfr. San Agustín, De civitate Dei, X, 3), para ofrecer sacrificios gratos a Dios por mediación de Jesucristo. A la vez, seréis portadores de paz y de reconciliación. Allí donde un cristiano se esfuerza en amar como Cristo, se crea un clima de cordialidad, de afecto, de comprensión, de búsqueda serena y eficaz de la solidaridad y de la justicia.

(Homilía. Fidelidad a Cristo en la Iglesia; Villahermosa. No. 257).

El deseo de una mayor participación en la vida pública por parte de los ciudadanos de vuestro país lo habéis puesto de relieve en el Plan Global de la Conferencia del Episcopado Mexicano al decir: “Observamos avances en la conciencia cívico-política del pueblo y un despertar notable con fuertes anhelos de cambio hacia la democracia” (n. 3). Tales signos de los tiempos han de impulsar también a los fieles laicos a un decidido compromiso para animar cristianamente el orden temporal, con el dinamismo de la esperanza y la fuerza del amor, sin arredrarse ante las exigencias de la vida pública.

(Discurso a los Obispos de México; Cuautitlán. No. 429).

Aunque ya he tenido ocasión de dirigirme directamente a los fieles laicos durante mi visita pastoral, no quiero dejar de expresar mi gozo ante la presencia de tan nutrida representación de los laicos particularmente comprometidos en la construcción de la iglesia y de una sociedad más pacífica, justa y fraterna. En vosotros saludo a todos los fieles laicos de este noble país, tan rico en manifestaciones de auténtico compromiso laical con la Iglesia de Jesucristo. ¡Llevad mi saludo a todos los laicos de estas tierras, junto con mi aliento, mi confianza y mi bendición.

(Encuentro con los Sacerdotes, Religiosos, Religiosas, Seminaristas y Laicos comprometidos; Tlanepantla. Nos. 550-536).

SALUDO DE NUESTRO OBISPO

A S.S. JUAN PABLO II

EN EL ENCUENTRO

DE LOS JOVENES

Al veros entre nosotros, nos parece soñar, y nuestro júbilo estalla con las palabras del Salmista: ¡Hoy el Señor se ha acordado de nuestra tierra! ¡Hoy el Señor ha estado grande con nosotros, por eso estamos colmados de alegría!

Santo Padre: ¡Sed bienvenido! ¡Os recibimos como el mejor regalo de Cristo y de María!

Hermanos: esta tierra y este Santuario Mariano han visto desfilar a través de las centurias, a millones de peregrinos, pero hoy ha llegado un PEREGRINO que viene de lejos, a través del tiempo y del espacio: es PEDRO enviado por el Señor hace veinte siglos, a recorrer y evangelizar el mundo, y que hoy, en este día bendito, en la persona de su sucesor JUAN PABLO II, llega y pisa nuestra tierra para cumplir, entre nosotros, la misión divina que debe abarcar todos los pueblos y todos los siglos.

Santísimo Padre: Os esperábamos con ansia. Esta región, incluyendo las Diócesis vecinas, aquí representadas, se ha distinguido por la reciedumbre de su fe, por sus valores humanos y cristianos, y por su fidelidad a la Iglesia Católica.

Pero vivimos tiempos difíciles y Os necesitamos: Os necesitamos para consolidar nuestra fe sobre la ROCA que no puede

ser derribada por las fuerzas del mal. Necesitamos VUESTRO MAGISTERIO VIVO E INFALIBLE para no perder el camino. Necesitamos VUESTRO SACERDOCIO SUPREMO que nos reconcilie y nos mantenga en comunión con Dios, y Os necesitamos como el Supremo Pastor que agrupe nuestras comunidades en el único Rebaño de Cristo.

Santo Padre: están aquí, como peregrinos, los jóvenes de México. En esta multitud alegre y generosa, están las fuentes de la vida que garantizan la perpetuidad de la Patria, y en esta juventud, podéis contemplar la Iglesia del futuro.

Aquí están, con todas sus ansias de vivir, buscando la plena realización de su destino. Están en la encrucijada de los caminos. Entre cumbres y abismos, pero ardiendo en ideales que no logran apagar las acechanzas de una sociedad envejecida y corrupta que quiere envilecerlos y paralizarlos.

Santísimo Padre: los jóvenes de México siguen viendo en VOS al amigo que los comprende y al padre que los ama. Esperan de VOS palabras de orientación y aliento, y una solemne convocatoria que los agrupe y canalice todas sus ansias y energías, a la construcción de una Patria Nueva y un mundo mejor, según el plan de Cristo.

Y, ya que habéis venido a San Juan como PEREGRINO, id delante de nosotros. Os seguiremos para que todos, un día, lleguemos a la casa del Padre y al Santuario de María, en el cielo.

San Juan de los Lagos, Jal. Mayo 8 de 1990
José Trinidad Sepúlveda Ruiz-Velasco
Obispo de San Juan de los Lagos.

TELEGRAMA DEL PAPA JUAN PABLO II A LA DIOCESIS DE SAN JUAN DE LOS LAGOS.

Mons. José Trinidad Sepúlveda Ruiz Velasco
Obispo de San Juan de los Lagos
Diana cinco
San Juan de los Lagos Jal.

Concluidas las memorables jornadas vividas en esa amada nación donde he recibido tantas muestras de adhesión y afecto, deseo expresar mi mas viva gratitud a usted y a los demás hermanos en el episcopado, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de esa querida diócesis San Juan de los Lagos y de toda la región, mientras ruego al Señor que la entrañable celebración de fe y esperanza tenida en el venerado santuario, sea fermento y estímulo para una mas intensa vida cristiana que se traduzca en testimonio de los valores evangélicos. En prenda de copiosos dones divinos les imparto cordialmente mi bendición apostólica.

IOANNES PAULUS PP II.

EL PAPA NOS HA VISITADO

A todos los fieles de la Diócesis.

Hace algunos meses les escribí dándoles la gran noticia: “El Santo Padre nos visitará”.

Ahora, todos llevamos y llevaremos hasta el fin de nuestra vida, la grande alegría: ¡El Santo Padre ha estado en nuestra tierra!. ¡Ha visitado, como peregrino, la bendita imagen de Nuestra Reina y Patrona!. Nos ha bendecido a cada uno de nosotros aun a los que no pudimos estar presentes físicamente. Bendijo nuestras familias, nuestras comunidades y a toda nuestra Diócesis.

La visita del Papa a San Juan fue seguida con grande atención en todo el País, porque se esperaba con especial interés su mensaje mariano y porque se sabía de antemano que su mensaje a la juventud sería uno de los más importantes de su visita a México, ya que en los jóvenes está el porvenir de la patria y de la Iglesia.

La forma como se realizó, a pesar de las limitaciones creadas por la falta de vías de comunicación y por las medidas de seguridad indispensables en estos casos, ha sido ampliamente comentada en manera positiva por los visitantes y por quienes la siguieron por la radio y por la televisión. La prensa nacional y extranjera, en coincidencia unánime, ha hecho comentarios elogiosos. Esto, aunque debemos estimarlo en su justo valor, no debe dejarnos satisfechos, ya que nunca hemos considerado la visita del Santo Padre como una oportunidad de propaganda o lucimiento. Tan importante y único acontecimiento en la historia de nuestra Iglesia Diocesana, nosotros lo consideramos, desde el primer momento, como una gracia extraordinaria que nos concedía el Señor, por mediación de la Santísima Virgen, para impulsarnos a dar, en todos los niveles, frutos permanentes de salvación.

Con este objetivo, emprendimos todos los planes y todas las actividades de preparación.

El Santo Padre, en su visita, no nos defraudó: si en algunas partes celebró solamente una ceremonia, con nosotros celebró, en Catedral, el Acto Mariano y, en EL ROSARIO, la Misa Papal, manifestándonos con ello especial afecto y solicitud.

En una palabra, nos concedió todo lo que esperábamos de El:

I.- Llegó como peregrino a visitar a Nuestra Reina y Patrona, para acompañar el camino de nuestra Diócesis “en Cristo y con María”.

II.- Nos dejó un hermoso mensaje mariano, y sus orientaciones pastorales.

III.- En la Celebración Eucarística, hizo un hermoso despliegue de su amor a la juventud, y lo vimos infatigable y feliz, cumpliendo su misión de Pastor y de Sembrador de la divina Palabra.

IV.- Dejó el muy grato recuerdo de su amor a la Virgen, regalándole un rosario y coronando su Imagen.

El Papa no defraudó a nuestra Diócesis, porque nos dio más de lo que esperábamos. Ahora, debemos poner todo nuestro empeño a fin de que no defraudemos nosotros al Papa, y este es el principal objetivo de mi carta: que reflexionemos todos juntos y nos preguntemos: ¿cuál debe ser nuestra respuesta a la visita del Papa?. ¿Qué esperan de nosotros Dios, la Virgen y el Santo Padre?.

Yo me atrevo a dar la siguiente respuesta:

En primer lugar se nos pide que, de aquí en adelante, recibamos con humildad la Palabra de Dios que, como buena semilla, el Santo Padre ha venido a sembrar en nuestra patria. Debemos completar nuestra evangelización, estudiando y meditando todos los mensajes que el Santo Padre nos envió desde los distintos lugares que visitó.

En segundo lugar, ayudados por la gracia de Dios, debemos hacer que la semilla que hemos recibido, crezca y dé fruto en nuestros corazones hasta lograr un verdadero cambio de vida. Que, dejando toda maldad, vivamos para la verdad, la justicia y el amor.

En tercer lugar que, siendo hombres nuevos, construyamos una sociedad nueva: más humana y más justa, donde sea posible la convivencia fraternal en el respeto y en la paz.

En fin, que como cristianos auténticos y comprometidos, con más generosidad que nunca, edifiquemos el Reino de Dios que principia en esta vida y tendrá su culminación y plenitud en el Reino de los cielos.

Y, para asegurar en alguna forma que los frutos de la visita Papal sean algo estable, me ha parecido conveniente dar las siguientes disposiciones:

1a.- Que, lo más pronto posible, en cada una de las comunidades se celebre una Misa de Acción de Gracias por la visita del Papa y que las Asambleas Decanales próximas a celebrarse, incluyan esta misma intención.

2a.- Que se intensifique, de acuerdo con las reiteradas exhortaciones del Santo Padre y como está establecido en el objetivo de nuestro Plan Pastoral, la nueva evangelización, sobre todo entre los jóvenes.

3a.- Que, como fruto de esta evangelización, se haga más consciente e ilustrada la fe de nuestro pueblo, y se evite así la penetración de las sectas protestantes.

4a.- Que se insista en el compromiso que debe existir entre fe y vida para que la conducta de los católicos vaya de acuerdo con lo que ellos profesan.

5a.- Que se despierte y se avive el deseo de servir a los demás, y a compartir con ellos lo que somos y hemos recibido de Dios, por la entrega al apostolado, todo en las organizaciones diocesanas.

6a.- Que quede grabada en cada uno de nosotros, la inquietud por el bien temporal y espiritual de nuestros hermanos emigrados.

7a.- Y por último que, a ejemplo del Santo Padre, conservemos y acrisolemos el amor y la verdadera devoción a la Santísima Virgen para que, meditando como Ella la Palabra de Dios, encontremos en Cristo el Camino, la Verdad y la Vida, y nunca dejemos de pedirle a Ella que, ya que nos alcanzó con su intercesión la visita del Papa, nos obtenga también que los frutos de salvación en toda la Diócesis sean decisivos y permanezcan para siempre.

Pidiendo las oraciones de todos para que sea yo el primero en cumplir lo que recomiendo, imparto a todos mi bendición episcopal.

San Juan de los Lagos, Jal. mayo 16 de 1990.

J. Trinidad Sepúlveda Ruiz-Velasco.

Obispo de San Juan de los Lagos.

ACERCA DE LA EVALUACION DE LA VISITA DEL SANTO PADRE A SAN JUAN DE LOS LAGOS

Acerca de los avances al objetivo general se constataron, entre otros hechos, los siguientes:

- Participación en todos los niveles.
- Se fortaleció la solidaridad como expresión de la evangelización nueva.
- Se vivieron momentos como un verdadero pueblo de Dios.

Respecto al objetivo del evento:

- Sensibilización de las personas para participar activamente.
- Mayor identificación como Iglesia Diocesana.
- Cercanía física al Santo Padre.

- Presencia abundante de jóvenes.
- Animación de la Pastoral Juvenil.
- Signos externos de fe y pertenencia a la Iglesia.
- Propició un cambio en lo individual y comunitario.

LOS EQUIPOS DE TRABAJO ANOTARON LOS SIGUIENTES ASPECTOS:

POSITIVOS:

- Abnegación al aceptar el cansancio.
- Solidaridad para ayudar en otras comisiones.
- Preocupación por dar una buena imagen al Santo Padre y a los visitantes.
- Entusiasmo y unidad.
- Se propició la amistad.
- Labor de equipo.
- Creatividad para organizar el evento.
- Convicción y esfuerzo.

- Experiencia fuerte de fe y de Iglesia.

- Oración y convivencia.

NEGATIVOS:

- Con los jóvenes se intentó un proceso de planeación, que no se logró del todo.

- Improvisación de un Movimiento Nacional.

- Pocos espacios de participación para los jóvenes en la liturgia.

- Hubo algunos alardes de excesiva seguridad.

- Información no muy adecuada.

- Una misma persona se comprometía en varias comisiones y quedaba mal.

Estos datos fueron tomados de la evaluación realizada el sábado 19 de mayo en el Seminario Mayor. Asistieron los miembros del comité coordinador y el trabajo se realizó por áreas primero y luego por equipos.

Hubo misa de acción de gracias, comida y convivencia.

AGENDA DE JUNIO DE 1990

S. 2.- Reunión del Equipo Diocesano de Pastoral Juvenil (Arandas).

L. 4.- Reunión de los Decanatos de: Yahualica (Mexicacán); Atotonilco (S. Feo. de Asís) y Jalostotitlán con Luicos (San Miguel).

L. 4.- y M. 5. Decanato de Ayotlán: Asamblea de preparación (La Rivera de Guadalupe).

M. 5.- Reunión del Equipo Diocesano de Liturgia.

M. 6.- Convivencia Sacerdotal en Degollado.

V. 8.- Evaluación del Programa de Pastoral Social (Atotonilco).

V. 8.- a S. 9: REUNION DEL CONSEJO DIOCESANO DE PASTORAL, para "AFINAR LA PRIMERA ASAMBLEA DECANAL". (Jaipa).

D. 10.- Solemnidad de la Sma. Trinidad. Onomástico del Sr. Obispo.

L. 11.- Reunión de los Decanatos de: San Juan (Sangre de Cristo); Tepatitlán (Mezcala) y Arandas (Santuario de Arandas).

J. 14.- Misa y Prosección del Cuerpo y Sangre de Cristo en Catedral.

V. 15.- Corpus y festejo de las bodas de plata del Sr. Obispo en el seminario.

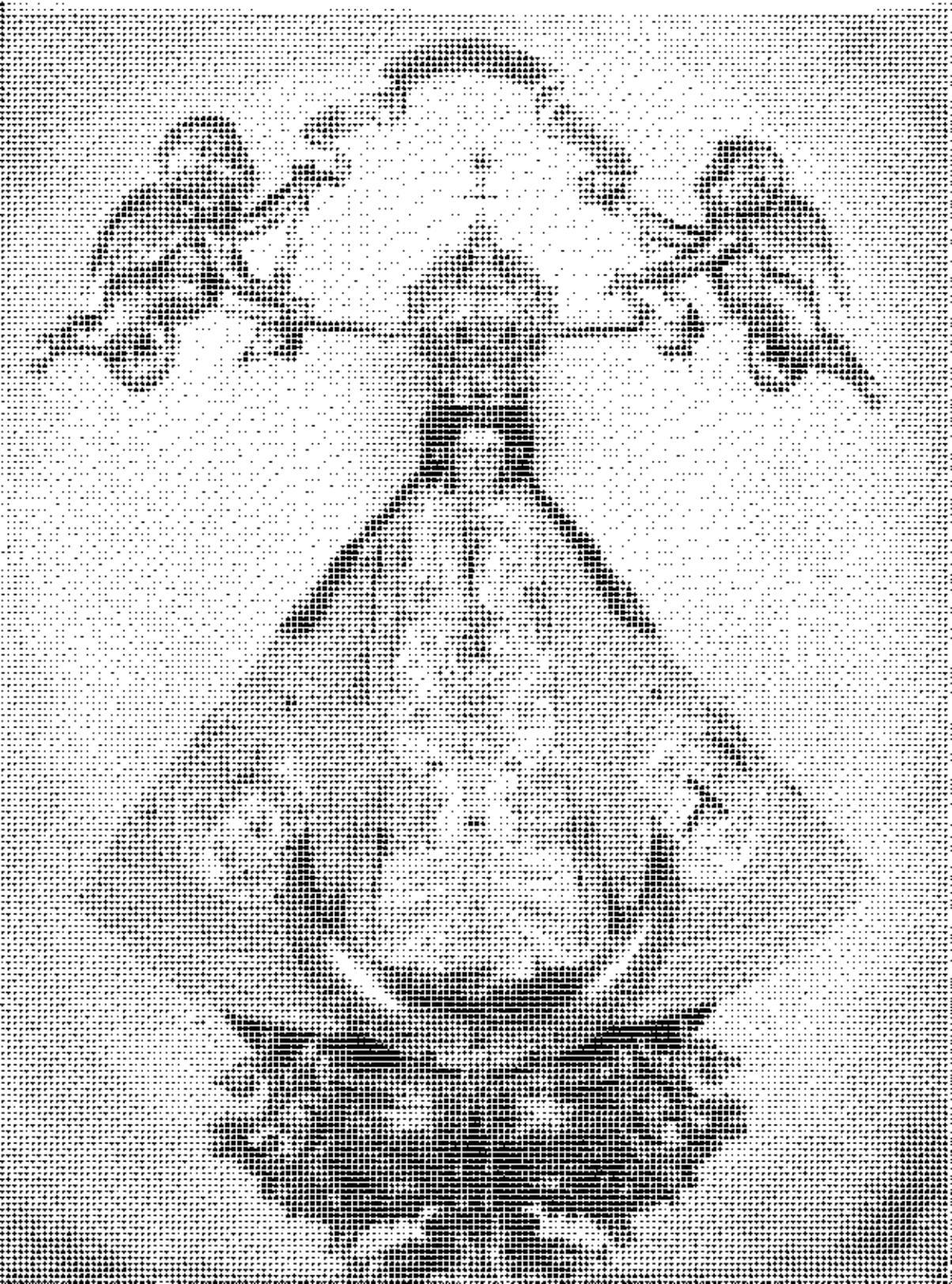
S. 16.- a D. 17: Encuentros Conyugales (San Juan).

M. 19.- Peregrinación Diocesana al Tepeyac.

L. 25.- Reunión del Decanato de Tepatitlán (Paredones).

J. 28.- al 30 de junio: Jornada Pre-vida Religiosa.

S. 30.- Bodas de Plata Sacerdotales del Pbro. Luis Guzmán Llamas (1965).



SUMARIO:

Presentación

Crónica de la visita de Su Santidad

Frutos que el Papa espera

Salió el Sembrador a sembrar

Formar comunidad

Pastoral profética

Pastoral social

Pastoral familiar

Pastoral juvenil

Pastoral campesinos

Pastoral educativa

Pastoral santuarios

Pastoral de los M.C.S.

Agentes sacerdotes

Agentes religiosos

Agentes seminaristas

Agentes laicos

Saludo de nuestro Obispo

Telegrama del Papa

El Papa nos ha visitado

Acerca de la evaluación

PRESENTACION

Hemos recibido la visita del Papa Juan Pablo II como una bendición de Dios, concedida por mediación de María. Hemos hecho todo el esfuerzo posible para que su paso entre nosotros fue organizado y grato. Hemos rogado mucho para que gracia tan noble redundara en la intensificación de nuestro proceso de evangelización.

Ahora, después del acontecimiento, nos corresponde asimilar su mensaje en orden a un cambio de vida personal y comunitario.

Dicha asimilación supone conocimiento, estudio y reflexión serios de los mensajes que el Vicario de Cristo pronunció aquí en San Juan y en todos los lugares visitados por él en nuestra patria.

Con este motivo hemos pensado que sería de utilidad tener a la mano un INDICE ANALICO DE LOS MENSAJES DEL PAPA EN MEXICO. Es el contenido principal del presente boletín. Este índice tiene relación con nuestro objetivo diocesano, nuestro esquema de prioridades, tareas específicas y agentes.

La finalidad del presente trabajo es que los agentes de pastoral de la Diócesis conozcan el pensamiento del Papa sobre la realidad de México; que cada equipo diocesano o parroquial asuma este pensamiento para realizar sus propios programas; que se reflexione en las parroquias con agentes y pueblos, etc. etc.

Como se notará entonces, no pretendemos llenar los requisitos de un boletín, sino que seguiremos la línea ordinaria de nuestros contenidos, en el plano estrictamente pastoral.

Esperamos poder contribuir a la difusión y puesta en practica de la semilla evangélica sembrada con tanto fervor y cariño por el Santo Padre Juan Pablo II.

Por unos momentos se retiro a orar en la capilla del Santísimo, lo acompaño el Sr. Obispo J. Trinidad Sepulveda.

Todos los participantes en catedral, rezamos junto con él el Regina Coeli. Después dirigió un breve mensaje Mariano.

Mientras tanto los sacerdotes y demás personas que estaban en Catedral y que participarían en la Eucaristía, acompañarán la peregrinación con la imagen de Nuestra Señora de San Juan.

A las 12:00 horas se trasladó al antiguo Obispado. Ahí comió él y su comitiva. Después tomó un breve descanso.

A las 2:00 p.m. el Papa salió al Fraccionamiento " El Rosario", donde cientos de miles de personas, lo esperábamos, especialmente jóvenes.

Así lucía el altar de la Celebración con el Papa unos momentos antes de que él llegara al Fraccionamiento.

A las 2:25 p.m. el Santo Padre llegó al Fraccionamiento en medio de las desbordantes manifestaciones de fe y júbilo de todos los asistentes.

En punto de las 2:45 p.m. inició la Solemne Celebración en la cual el Papa Juan Pablo II dirigió un mensaje a todos los jóvenes de México.

Al termino de la Santa Misa el Papa colocó una

corona a la Santísima Virgen de San Juan como obsequio y recuerdo memorable de su visita.

A las 5.15 salió del Fraccionamiento " El Rosario" despidiéndose de la multitud y de esta tierra que " MARAVILLOSAMENTE SE LLAMA SAN JUAN DE LOS LAGOS" A las 5:30 p.m. el helicóptero que lo trasladaría al aeropuerto de Aguascalientes salió de la Unidad deportiva.

FRUTOS QUE EL PAPA ESPERABA EN LA VENIDA A MEXICO

Conozco bien la dedicación y el entusiasmo con que, bajo la guía de vuestros pastores, os estáis prodigando en la preparación de las ya próxima jornadas para que la visita del Papa produzca frutos abundantes que ayuden a renovar nuestra vida cristiana, impulse la nueva Evangelización e infunda aliento y esperanza en todos, particularmente en los más pobres y necesitados. Os expreso por ello mi aprecio y gratitud a la vez que os animo a intensificar vuestras oraciones para que las jornadas de comunión en la Fe y en el Amor que juntos vamos a compartir, se reflejan en su decisión esfuerzo por difundir y vivir más profundamente el mensaje de Cristo, Salvador del hombre, Redentor del mundo.

(Mensaje radio televisado en vísperas de la llegada a México. 7)

Salió el Sembrador a Sembrar

En la siguiente sección presentamos extractos de los mensajes del Papa en apartados de interés para nosotros. Los números a que hacemos referencia pertenece a la edición:

" Segunda visita Pastoral a México de Su Santidad Juan Pablo II" CEM.- México 1990

FORMAR COMUNIDAD

En este proceso de crecimiento hacia la unidad querida por Cristo se va mostrando la naturaleza de la Iglesia como una comunión donde reina la fraternidad y al mismo tiempo se da en ella una diversidad de ministerios (cfr. 1Cor 12,5).

La Iglesia, porque participa de la vida divina de la Trinidad, es un misterio de comunión que debe manifestarse en el ámbito de cada comunidad eclesial. Esta comunión se fundamenta en la unidad de la fe, la esperanza y el amor cristiano, recibidos en el bautismo. Se refuerza constantemente por la participación en la Eucaristía, como expresión máxima de la unidad de la

Iglesia. Se renueva por el sacramento de la conversión o penitencia, que nos reconcilia con Dios y con los hermanos. Se concreta al compartir los propios bienes y mediante la disponibilidad personal. Al mismo tiempo, esta comunión eclesial está llamada a ser fermento de reconciliación y de paz entre los hermanos, en medio de los cuales actúan movida por el Espíritu Santo.

Esta misma comunión, en cada Iglesia local, está presidida por el Obispo, unido al Papa como Obispo de Roma y Sucesor de Pedro. El Papa, a su vez, es el centro de la colegialidad o comunión episcopal, ya que está a la cabeza de la Iglesia que "preside en la caridad" (S. Ignacio de Antioquía, Carta a los romanos).

(Homilía. Fidelidad a Cristo en la Iglesia, Villahermosa: Nos. 430- 433).

Al mismo tiempo, esta comunión se verifica en la Iglesia a través de sus variadas comunidades presididas por los presbíteros, los cuales, como cooperadores inmediatos de los Obispos, participan de su solicitud pastoral al servicio del pueblo (cfr. Lumen gentium, 28). El sacerdote, revestido de entrañas de misericordia ante toda miseria humana, ha de estar disponible sobre todo para los que sufren. De este modo, la Iglesia se podrá presentar ante el mundo como "un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos se encuentren en ella un motivo para seguir esperando" (Plegaria eucarística v/b).

Las nuevas circunstancias, queridos Hermanos, exigen una decidida acción evangelizadora que lleva a actitudes de mayor autenticidad personal y social, y en la que participen todos los miembros de las comunidades eclesiales: sacerdotes, religiosos, y laicos. Es particularmente necesario en nuestro tiempo alentar a los laicos a que hagan más presentes como cristianos en las realidades temporales de la sociedad mexicana, a la vez, la urgencia de participar y hacerse corresponsable en las tareas eclesiales.

(Encuentro con los Sacerdotes, Religiosos, Religiosas, Seminaristas y Laicos comprometidos; Tlanepantla. No. 499).

PASTORAL PROFETICA

El Señor, dueño de la historia y de nuestros destinos, ha querido que mi pontificado sea el de un Papa peregrino de evangelización, para recorrer los caminos del mundo llevando a todas partes el mensaje de la salvación. Y quiso el Señor que mi peregrinación, realizado a lo largo de estos años, comenzase

precisamente con mi viaje apostólico a México, tras breve estancia en la ciudad de Santo Domingo, para seguir así la ruta de los primeros evangelizadores que llegaron a tierras de América, hace ya casi 500 años.

A distancia de más de once años, puedo repetir aquí lo que dije en Roma, cuando iniciaba mi primer viaje apostólico rumbo a México: " El Papa viene a postrarse ante la prodigiosa imagen de la Virgen de Guadalupe para invocar su ayuda maternal y su protección sobre el propio misterio pontificio; para repetirle con fuerza acrecida por las nuevas inmensas obligaciones: " Totus Latina" (25 de enero de 1979). Precisamente en la perspectiva de los 500 años de la primera evangelización, que América entera se dispone a celebrar, he dirigido a todas las Iglesia que están en este "continente de la esperanza" un llamado a emprender una Nueva Evangelización.

(Discursos de llegada al Aeropuerto de la Ciudad de México No. 13)

Al tema de la Nueva Evangelización estará dedicada la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que espero inaugurar en Santo Domingo, como inauguré en 1979 la III, en Puebla de los Angeles.

Con inmenso gozo he proclamado también Beatos a los tres niños mártires de Tlaxcala: Cristóbal, Antonio y Juan. En su tierna edad fueron atraídos por la palabra y el testimonio de los misioneros y se hicieron sus colaboradores, como catequistas de otros indígenas. Son un ejemplo sublime y eleccionador de como la evangelización es una tarea de todo el pueblo de Dios, sin que nadie quede excluido ni siquiera los niños.

(Homilía. Misa de Beatificación de Nuestra Señora de Guadalupe; México. No. 25)

También a los habitantes del Valle de Chalco y Netzathualcóyotl quiero hacer una invitación paterna, para que sean ellos los primeros y principales artífices de su promoción mediante el trabajo personal, la economía domestica y la educación de sus hijos. La participación activa en las parroquias y en las comunidades eclesíásticas dará abundantes frutos de caridad, solidaridad y compromiso por la justicia, como exigencia de una extensa vida cristiana que se nutre en la eucaristía y en la escucha de la palabra de Dios. Vuestra asidua relación con Dios se traducirá también en una más sólida formación en las verdades de vuestra Fe católica, para así hacer frente a la sollicitaciones de las sectas y grupos que intentan apartaros del verdadero redil del Buen pastor.

(Homilía. Servicio a los pobres de Evangelio;

Estado de México, Xico-Chalco. No. 59)

La evangelización entonces iniciada en esta aún en camino, i este V centenario debe ser para todos ocasión propicia para darle nueva vitalidad y empuje. Por eso los Obispos de toda América latina se reunirán en Santo Domingo, en 1992, para reflexionar acerca de la situación actual de la Iglesia en esos países y estudiar, bajo la guía del Espíritu Santo, la tarea que entre todo tenemos que llevar acabo, ya próximos al tercer milenio de la era cristiana. En efecto, la labor de anunciar el evangelio a todas la naciones, -que como acabamos de escuchar en la lectura del Evangelio de San Marcos, Cristo encomendó a su Iglesia- es una responsabilidad que incumbe a todos y cada una de quienes, por la gracia del Señor, somos y nos llamamos Cristianos. Después de cinco siglos de iniciada esta misión eclesial en el nuevo continente, Cristo, resucita y elevado a la derecha del Padre, nos envía de nueva a evangelizar a toda la gente (cfr. Mt 28,19).

Evangelizar significa anunciar la vena noticia. Y la buena noticia que el cristiano comunica al mundo que es Dios, el único Señor, es misericordioso con todas su criaturas, ama al hombre con un amor sin limite y a querido intervenir personalmente es su historia por medio de su hijo Jesucristo, muerto y resucitado por vosotros, para librarnos del pecado y de todas sus consecuencias y para hacernos partícipes de su vida divina.

¿ Quién es este Dios, el único Señor ?

Este mismo Dios que el Nuevo Testamento se nos revela Uno y Trino, se nos ha manifestado en la humanidad de su Hijo Jesucristo, concebido en las entrañas de María. Evangelizar es, en primer lugar, anunciar a Jesucristo: su vida y doctrina, sus valores y opciones su muerte y resurrección por nosotros. En su predicación y en sus acciones descubrimos lo que significa que Dios es el único Señor, porque todo el misterio de Jesús, sus enseñanzas, sus milagros, su vida, están al servicio del reino y señorío de Dios.

Y el primer medio para proclamar el mensaje cristiano, queridos hermanos y hermanas, es el testimonio de vida de hombres y mujeres creyentes que expresan abiertamente su Fe siguiendo a Cristo. Por eso decía mi predecesor el Papa Juan Pablo VI en su exhortación apostólica sobre la evangelización : " el hombre contemporáneo escucha mejor a los testigos que a los maestros: o así escucha a los maestros, lo hace porque son testigos " (Evangelii nuntiandi, 42).

Anunciamos pues con fuerza al mundo que Cristo ha muerto y resucitado por nosotros, y que - como escribe San Pablo - nosotros participamos de su muerte y resurrección por el bautismo (cfr. Rom 6,3-4). Nuestro bautismo y nuestra condición de hijos del mismo Padre nos ha de llevar a mirar a cada hombre como hermano. Por eso, Jesucristo, pone como condición para hacernos partícipes de su salvación de dar de comer al que tiene hambre, dar de beber al que tiene sed, vestir al desnudo, consolar al triste, porque " cuando hiciste uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt. 25,40)

Los principios cristianos que habéis recibido de nuestros mayores ha de informar, pues, todas las relaciones humanas. Los valores del evangelio deben ser normas del servicio que han de imperar en la convivencia social: en la Política, en la lectura, en la educación , en la vida de la familia, terrenos, que son solo una parte, un instrumento. Como a proclamado los Obispos en Puebla:

" El reino de Dios pasa por realizaciones históricas, pero no se agota i se identifica con ellas"(n. 193).

Por ultimo, a la proclamación de la buena nueva ha de seguir una sólida catequesis a todos los niveles, particularmente en la familia y en los ambientes juveniles. La invitación a creer a de ir acompañada por la oportuna instrucción acerca de todo aquello que el Señor, por medio de su Iglesia, ha querido enseñarnos. Seria un error catequizar sin haber evangelizado previamente, como lo sería igualmente evangelizar no entendiendo luego en modo suficiente el instruir el al fe recibida.

La formación cristiana mediante la catequesis llevará a una participación más activa en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia. De ésta manera, el pueblo sencillo hallará en esto y en la práctica de la piedad popular motivaciones para dar razón de su fe. Y así, los ambientes descristianizados se harán más permeables a un reencuentro con el Señor, y la actividad proselitista de las sectas podrán encontrar un freno a la ambigüedad y confisionismo que siembran

(Homilía. V Centenario de la Evangelización; Veracruz. Nos. 105, 119, 125, 129, 133, 137).

Pero como en toda realidad humana, marcad por la huella del pecado, no todo el proceso evangelizador logro sus objetivos. A ciertas contradicciones externas-aún persistentes- viene a unirse un conjunto de factores que muestran la premiante necesidad de una renovada evangelización que , retomando las sabia vital del

pueblo mexicano, de un nuevo impulso, a partir de nuestras raíces cristianas, y se irradie con intensidad y en profundidad a todas las areas de nuestra cultura.

Es urgente, pues, asumir valientemente el desafio de una nueva evangelización de México. Evangelizar al hombre. A todos los hombres y mujeres; Evangelizar la cultura y todas las culturas (cfr. Evangelii nuntiandi, 19) de estas tierras Mexicanas. Precisamente uno de los problemas más graves que se plantea la Iglesia es constatar como la llamada evangelización fundante no ha desplegado toda su fuerza y posibilidades. Por ello, debéis entregaros a está evangelización mediante el anuncio incansable de la verdad, del amor de la reconciliación y de la justicia.

Os preocupa particularmente, en vuestra solicitud pastores, el creciente secularismo que, queriendo prescindir de Dios, crea sus propios ídolos a los que venera.

A nadie se le oculta que el agnosticismo e incluso el ateísmo esta presente en el mundo moderno como una realidad inquietante. Vosotros mismos somos testigos de como a nivel concreto se define como ideologías que quieren construir una sociedad sin Dios. Una vez más, ante el ineludible desafio que estas ideología representan para la nueva evangelización, es urgente y necesario repetir incansablemente que la búsqueda de Dios no es algo superficial sino superfluo para el ser humano, algo que este puede descartar sencillamente del horizonte de su existencia. Para la persona la búsqueda de Dios se encuentra en la mismo línea de su realización existencia (cfr. Redemptor hominis, 30).

Hoy esto se ha verificado de una manera inesperada: los acontecimientos recientes están demostrando que los intensos esfuerzos de un ateísmo convertido en sistema político no a logrado apagar en el corazón humano el ansía de encontrar a Dios.

El fenómeno del consumismo no esta desligado del proceso secularizador. El deseo de poseer se ve instigado continuamente por la oferta de productos suntuosos, y con frecuencia innecesarios, que atreves de la publicidad se muestran atrayentes y como capaces de calmar las aparentes necesidad y solucionar los males del hombre. Junto con la alineación que ellos significa para la persona humana el consumismo e además una ofensa continua y humillante particularmente para los pobres, a quienes a veces está vedado no ya lo superfluo sino hasta lo más necesario para una vida digna.

La presencia de las llamadas "sectas" es un motivo más que suficiente para ser un profundo examen de la

vida pastoral de la Iglesia local, buscando al mismo tiempo unas respuestas y orientaciones sólidas que permitan conservar y fortalecer la unidad del pueblo de Dios. Ante este desafío vosotros habéis establecido oportunamente una opciones pastorales (cfr. La Iglesia ante los nuevos grupos religiosos, 16. 4. 1988, III). Estas opciones van más allá de una mera respuesta al reto presente y quieren también vías para la nueva evangelización , tanto más urgentes, cuanto que son caminos concretos para ahondar en la fe y en la vida cristiana de vuestras comunidades.

(Discurso a los Obispos de México; Cuautitlán. Nos. 480, 484, 487).

PASTORAL SOCIAL

Hoy como ayer, la Iglesia, excluyendo opciones partidistas de una naturaleza conflictiva, quiere ser la voz de los que no tienen voz; quiere dar testimonio de la dignidad del hombre y ser su alivio y defensa. Mirando la historia de México no podemos dejar de recordar a aquellos misioneros y evangelizadores de la primera hora, que fueron campeones de la promoción y defensa del indígena del pobre: Fray Toribio de Venevente, conocido como "Motolinea" el pobre; Fray Juan de Sumarraga, Fray Berdardino de Sahagun, Don Vasco de Quiroga llamado por el pueblo "Tata Vasco" Fray Pedro de Gante, Fray Bartolomé de la Casas y tantos otros que dedicaron su vida a sembrar la buena semilla del evangelio en esta gran nación. Ellos, como los muchos que continuaron su obra durante estos 5 siglos, estaban convencidos de que " el mejor servicio al hermano es la evangelización que lo dispone a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticia y lo promueve integralmente" (Puebla) 11:45 en esta ayuda al hermano necesitado, sobre todo al más débil, procura la Iglesia ejercitar el mandamiento supremo de la Ley que es amar a Dios de todo corazón y al prójimo como así mismo (cfr. Mt. 22, 37-40).

La Iglesia practica la caridad a través de múltiples obras de misericordia corporal y espiritual, que son otros tantos modos de servir al hombre que padece necesidad. Más aún traduce el cumplimiento del mandamiento de amor en una praxis cristiana, que es la moral social cristiana, fundada en el evangelio en la tradición viva de la Iglesia, y presentada por su magisterio. Los grandes retos de nuestra época, como la situación en que se encuentran los habitantes del valle de Chalco y de otras muchas zonas parecidas de México y de América Latina, constituye una llamada urgente a poner en practica la doctrina social de la Iglesia.

Cercana ya la conmemoración del primer centenario de la encíclica *Rerum novarum*, del Papa León XIII, no podemos dejar de evocar su enorme caudal de doctrina. La dimensión social perteneció desde el principio a la enseñanza de la Iglesia misma, a su concepción del hombre y de la vida social, y especialmente a la moral social elaborada segun las necesidades de las distintas épocas *Laborem exercens* "3". Ese patrimonio tradicional, y el esfuerzo de tantos hijos de la Iglesia por practicar la caridad social son recogidos por el magisterio pontificio (cfr. *Ibid*) Y van construyendo un corpus doctrinal que sirve de orientación segura para cuantos tienen la responsabilidad sobre las realidades terrenas.

Aliento pues a todos a profundizar en el pensamiento social católico, que tiene su fuente más profunda en la Revelación. Escuchad la enseñanza social de la Iglesia, adheríos vitalmente a ella, dejando que ilumine vuestra conducta y convirtiéndoos en propagadores incansables de los principios de juicio y acción que os ofrece el Magisterio haciendo llegar sus contenidos a todos los hombres y mujeres de México. El Valle de Chalco podrá convertirse así en un ejemplo elocuente de lo que es capaz de producir la virtud cristiana de la solidaridad cuando ha calado en la conciencia, en el corazón y en la práctica de un pueblo cristiano, la Doctrina Social de la Iglesia.

Invito pues ha los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad de México ha despertar la conciencia social y solidaria: no podemos vivir y dormir tranquilos mientras miles de hermanos nuestros, muy cerca de nosotros, carece de lo más indispensable para llevar una vida humana digna.

(Homilía. Servicio a los pobres desde el Evangelio; estado de México, Xico Chalco. Nos. 100 - 104)

Diversas figuras llenas de profundo espíritu de fe y de gran valor humano, pueden servirnos de guía para la renovada evangelización a la que ha sido llamada la Iglesia en América Latina. Recordamos, por ejemplo, a Fray Juan de Sumarraga, 1er. Obispo de la Ciudad de México, que mereció el título de " Defensor de los Indios" y que tanto se preocupó por la catequesis no solo de los indígenas sino también de los colonizadores, que juntos dieron origen a vuestra característica raza mestiza. Un primer fruto escogido de está catequesis fue el indio Juan Diego, ha quien he tenido el gozo de beatificar ayer y a quien el señor eligió, por medio de su madre, para iniciar la acción evangelizadora de México. Don Vasco de Quiroga, 1er. Obispo de

Michoacán desarrollo su misión episcopal como auténtico padre de los Tarascos, por lo que aún se le llama con cariño " Tata Vasco " con afecto de padre se entrego enteramente a la educación y promoción de los fieles que el Señor le había encomendado; sus "hospitales" eran mucho más de lo que hoy indica ese nombre, porque incluían escuelas, talleres, almacenes y de todos los elementos de un centro artesano y agrícola, con herramientas, instrumentos de labranza, etc. Aún hoy día podemos apreciar la herencia cultural y cristiana de su erice labor misionera civilizadora en favor de las poblaciones michoacanas. Fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapas, tuvo una actitud poco común en su tiempo al proclamar la divinidad de la persona humana del indígena, y adaptar sus puntos de vista, asumiendo como propios sus sufrimientos, sus tristezas, su estado de postración; siempre estuvo dispuesto a elevar su voz en defensa de los demás débiles y necesitados, en quienes veían el rostro de Cristo.

(Homilía V centenario de la Evangelización; Veracruz No. 121).

" La peor de las prisiones - les decía a los reclusos durante mi viaje pastoral a Bélgica- sería un corazón cerrado y endurecido. Y el peor de los males, la desesperación. Os deseo la esperanza la pido y al seguiré pidiendo al Señor para todos vosotros: la esperanza de volver a ocupar un lugar normal en la sociedad, de encontrar de nuevo al vida, ya desde ahora de vivir dignamente... Por el Señor nunca pierde la esperanza en sus criaturas" (Alocución 16 de mayo 1985). También para vosotros, hermanos y hermanas de México, pido y seguiré pidiendo al Señor que os conceda un juicio justo, humano y expedito; que sean siempre respetados vuestros legítimos derechos a la educación , a la salud a profesar vuestra fe religiosa, aun salario justo para quienes desempeñáis un trabajo remunerable.

Me consta que el derecho penal mexicano contempla muchos de estos derechos. Naturalmente, esto supone que tales derechos han de armonizarse convenientemente con los respectivos deberes de cada uno a de cumplir de modo consciente en justa correspondencia.

En mi preocupación por vosotros, como hijos de la Iglesia, os deseo un espíritu fuerte y noble que os incline y ayude, con la gracia divina, a perdonar de corazón a los que os hayan causado algún mal, así como también vosotros delante de Dios padre podéis esperar el perdón de aquellos a quiénes habéis causado algún

daño. Es genuinamente cristiano saber pedir perdón y estar dispuesto a resarcir, en la medida de lo posible, el mal causado.

No puede faltar en este encuentro una palabra de aliento y gratitud para todos aquellos, sacerdote y laicos, que en renovada generosidad y abnegación colaboran en la pastoral penitenciaria. Se que son más de 4000 laicos y más de 100 sacerdotes; son muchos los religiosos y religiosas y también una pléyade de seminaristas. Todos ellos, junto con otros agentes pastorales, hacen presente en los penitenciarios la preocupación material de la Iglesia por los hijos que se encuentran privados de libertad.

Amandísimos en el Señor: Vosotros darais aquellas palabras de Jesús que leemos en el Evangelio: "estaba en la cárcel, y venisteis a visitarme" (Mt. 26,36). A todos os animo a continuar con renovado empeño en nuestra incomparable misión de llevar la palabra de Dios, los sacramentos, la ayuda y el consuelo de vuestros hermanos encarcelados, conscientes de que el Señor no cesa de repartir a cuantos cumplan este servicio: " lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños" a mi me lo hicisteis" (Mt. 25,40).

En esta ocasión deseo saludar también al personal de los centros de readaptación social; A vuestros "custodios", como vosotros los llamáis. Pido a Dios que aquello sepan hacer de su profesión un servicio al hermano que sufre.

Así mismo a las autoridades civiles penitenciarias de la federación, de los estados y de las Islas Marías les agradezco las facilidades que ofrecen a los agentes de la pastoral penitenciarias para que cumplan llevar a cabo sus actividades. Que el Señor les ilumine a la hora de aplicar las leyes con justicia y equidad, en orden a conseguir una mejor reinserción social de todas las personas puestas bajo sus cuidados.

(Alocución a los privados de libertad. Durango, nos. 204 - 210).

En mis viajes apostólicos he tenido siempre gran interés en encontrarme con los hombre y mujeres del mundo de la empresa. Estos encuentros son para mi ocasión de una comunicación más directa y abierta del Espíritu que anima el magisterio pontificio en material social y, para vosotros, una oportunidad para mostrar la comprensión y acogida que reserváis a la doctrina social de la Iglesia.

En verdad, ocupáis un lugar de capital importancia en la configuración de la sociedad,. Vuestras decisiones tienen un efecto multiplicador y especiales repercusiones en el tejido social y económico. Por eso

es grande la esperanza que depósito en vosotros.

Los acontecimientos de la historia reciente a que antes aludí han sido interpretados, a veces de modo superficial, como el triunfo o el fracaso de un sistema sobre otro; en definitiva, como el triunfo del sistema capitalista liberal. Determinados intereses hicieron llevar el análisis al extremo de presentar el sistema que consideran vencedor como el único camino para nuestro mundo, basándose en la experiencia de los reveses que ha sufrido el socialismo real, rehuyendo el juicio crítico necesario sobre los efectos que el capitalismo liberal ha producido, por lo menos hasta el presente, en los países llamados del tercer mundo.

No es justo afirmar - como pretenden algunos - que la doctrina social de la Iglesia condene una teoría económica sin más. La verdad es que ella, respetando la justa autonomía de la ciencia, da un juicio sobre los efectos de su aplicación histórica, cuando de alguna forma es violada o puesta en peligro la dignidad de la persona. En el ejercicio de su misión profética la Iglesia quiere alentar la reflexión crítica sobre los procesos sociales, teniendo siempre como punto de mira la superación de situaciones no plenamente conformes con las metas trazadas por el Señor de la creación. Mal sería la Iglesia quedándose en el mero nivel de siempre crítica social. Corresponde pues a sus miembros expertos en los diversos campos del saber, continuar la búsqueda de soluciones válidas y duraderas que orienten los procesos humanos hacia los ideales propuestos por la palabra revelada.

En el caso concreto de México, hay que reconocer que, a pesar de los recursos con que el creador da a todo su país. Se está todavía muy lejos del ideal. Al lado de grandes riquezas y de estilos de vida semejantes - y a veces superiores a los de los países más prósperos, se encuentran grandes mayorías desprovistas de los recursos más elementales. Los últimos han visto el creciente desarrollo del poder adquisitivo del alnero; y fenómenos típicos de la organización de la economía, como la inflación, han producido dolorosos efectos a todos los niveles. Es preciso repetirlo una vez más: son siempre los más débiles quienes sufren las peores consecuencias, viéndose encerrados en un círculo de pobreza creciente; y ¿ cómo no decir, con la Biblia, que la miseria de los más débiles clama al Altísimo ? (cfr. Ex 22, 22s).

Es innegable que el endeudamiento externo ha agravado aún más la situación, pero sería injusto buscar en él su única causa, atribuyendo toda la culpabilidad a factores que gravitan fuera del país. La presente

situación es el resultado de sistemas y decisiones que vienen de muy atrás; que están caracterizados por su extrema complejidad y que requieren, por tanto, un cuidadoso análisis para tratar de detectar las causas, comprender los complicados mecanismos y, con creatividad, proponer nuevas estrategias capaces no sólo de garantizar el pan en todas las mesas, sino también, y sobre todo, de establecer sólidamente las condiciones necesarias para el desarrollo de todos y cada uno de los ciudadanos.

La búsqueda de soluciones reales supone sacrificios por parte de todos, pero no debemos olvidar que con frecuencia son los pobres quienes deben sacrificarse forzosamente, mientras que los poseedores de grandes fortunas no se muestran dispuestos a renunciar a sus privilegios en beneficio de los demás. La ciencia económica constata que los bienes materiales son limitados y, por tanto, deben ser administrados racionalmente. El Creador, por su parte, ha destinado el conjunto de los bienes de la creación para beneficio de todos los hombres, como bellamente nos enseña la Revelación y la tradición Cristiana. De ahí resulta que el acaparamiento excesivo de los bienes por parte de algunos priva de ellos a la mayoría y así se amasa una riqueza generadora de pobreza. Es éste un principio que se aplica igualmente a la comunidad internacional.

La Iglesia en su magisterio social, ha ofrecido a la humanidad principios suficientes que tendrían que ser llevados a la práctica por una economía justa. El magisterio ha cumplido su misión y corresponde ahora, a vosotros, los expertos, también miembros de la Iglesia, un esfuerzo serio para encontrar soluciones reales, valientes, prácticas. Nuevas y complejas situaciones dentro y fuera de la Iglesia, a nivel social, económico, político y cultural, exigen hoy con renovada fuerza, la acción de los fieles laicos (cfr. *Christifideles laici*, 3). El país, señoras y señores, necesitan la colaboración de todos y cada uno de vosotros. Cada cual, según su especialidad, está llamado a aceptar con humildad y generosidad el reto de plantear la actual situación de injusticia, para dedicar lo mejor de su experiencia y de su capacitación profesional al servicio de una patria grande, justa y fraterna, por encima de cualquier egoísmo de partido o de clase.

El trabajo y la actividad económica constituyen una de las cuestiones más importantes y candentes en América latina. Y a vosotros toca plantearos a fondo y en serio esa cuestión; pero no fijando sólo en el plano puramente técnico, sino teniendo en cuenta un horizonte mucho más amplio, cual es el de las personas.

Latioamérica debe salir adelante con el trabajo de sus hombres y mujeres, gracias a una corriente de solidaridad real y eficiente.

Muchos han sido los esfuerzos realizados en este Continente para hacerlo libre y digno del hombre. No permitáis que se malogre esa generosidad del pasado; la miseria genera esclavitud; ella misma es falta de libertad. El empobrecimiento progresivo compromete la dignidad y estabilidad del hombre. Por eso, el futuro de libertad y dignidad de Latinoamérica requiere librar desde ahora una singular batalla: no por las armas, sino a través del ingenio y el trabajo de sus gentes y en este cometido ocupáis un puesto destacado.

Considerando esta exigencia se delinea como un nuevo perfil característico del hombre y la mujer de empresa. Me refiero, sobre todo, a la actitud de servicio al bien común que debe caracterizar vuestro quehacer. Se trata de algo que va más allá del mero humanitarismo; es decir, de la disponibilidad para ayudar ante urgencias ocasiones. Consiste, más bien, en una disponibilidad constante, en una manera de concebir la propia función de empresario, en un estilo que marca su modo de hacer.

Se trata, en definitiva, de aceptar con todas las consecuencias la responsabilidad en vuestras actuaciones. Una responsabilidad en vuestras actuaciones. Una responsabilidad que gira en torno a tres coordenadas fundamentales: las personas que forman parte de las empresas, la sociedad y el ambiente.

En efecto, tenéis una grave responsabilidad respecto a las personas que trabajan en vuestras empresas.

Afortunadamente, se ha acrecentado la conciencia de que el trabajo humano no puede ser completado desde al mera perspectiva comercial, como una "mercancía" que se compra o se vende (cfr. *Laborem exercens*, 7). Hay algo inseparable del trabajo y que es de máxima importancia: la dignidad de la persona (cfr. *Ibid.*, 9). Por otra parte, no olvidéis que el único título legítimo para la propiedad de los medios de producción es que sirva al trabajo (cfr. *Ibid.*, 14). Por ello, una de vuestras mayores responsabilidades ha de ser la creación de puestos de trabajo.

En estrecha relación con la anterior está la cuestión del salario justo. Como he escrito en la Encíclica *Laborem exercens*: "no existe en el contexto actual otro modo mejor para cumplir la justicia en las relaciones trabajador-empresario que el constituido precisamente por la remuneración del trabajo" (n. 19).

Un segundo aspecto de la actitud de servicio del

empresario se manifiesta en su responsabilidad ante la sociedad.

Conviene recordar que el progreso en la sociedad debe estar orientado al bien común de todos los ciudadanos, es decir, evitando la atención de convertir la comunidad nacional en una realidad al servicio de los intereses particulares de la empresa. En efecto, no es infrecuente constatar que determinadas campañas contra la natalidad o que fomenta la cultura del consumo tiene su sentido, por desgracia, podría multiplicarse. Por el contrario, lo que ha de caracterizar al hombre de empresa es la apertura leal a las justas exigencias del bien común. Ello responde a la voluntad de hacer de la empresa un factor de auténtico en la sociedad.

En este mismo marco de consideraciones, hay que destacar también la solidaridad económica tan necesaria en América Latina. Existen innegables problemas comunes a todo el Continente que pueden ser afrontados de modo conjunto (cfr. *Sollicitudo rei socialis*, 45). El aislamiento de las respectivas economías no favorece a ninguno de los países interesados. Habría que superar, por tanto, la perspectiva nacional en la proyección económica y dar vida a un proyecto económico continental, capaz de presentarse como interlocutor válido en la escena internacional y mundial. Vuestra amplitud de miras detecta esta exigencia, y no han faltado ni faltan intentos en este sentido. Ojalá que el empeño firme y el sentido de responsabilidad consigan coronar estos esfuerzos.

Aunque mencionada en último lugar, no por eso la responsabilidad respecto del ambiente en menos importante. Se trata de una cuestión que afecta a la humanidad en su conjunto, y que se ha impuesto últimamente a la atención de todos. En efecto, el deterioro ecológico del ambiente, ha aumentado aceleradamente. Por otra parte, el modo de explorar los recursos debe cambiar cuanto antes; aquí es donde se observan inercias que hoy son peligrosas y que producen una comprensible alarma.

La preservación de las condiciones ambientales que favorezcan un mejor desarrollo y convivencia humana, es un deber moral, un nuevo desafío a la creatividad y responsabilidad de todo empresario.

Antes de concluir desearía hacer una breve reflexión sobre vuestra responsabilidad hacia vosotros mismos y hacia vuestras familias.

Es cierto que a muchos de los presentes os mueve, en vuestro trabajo, un sincero deseo de servir. Pero no es menos cierto que pueda acecharos un grave peligro: la sumisión a los bienes terrenos, el afán de ganancia

exclusiva - unidad normalmente a la sed de poder - " a cualquier precio " (cfr. Ibid., 37). Cuando se sucumbe ante esta tentación, aparece un materialismo craso y, a la vez, la radical insatisfacción que el hombre siente cuando intenta apagar su sed de Bien Infinito con las criaturas materiales (cfr. Ibid., 27).

Por otra parte, no es raro que esta ambición desordenada se traduzca también en cierto descuido de la vida familiar y de la educación de los hijos. Si esto no se advierte o no se resuelve, se puede llegar a auténticas crisis en el matrimonio y en la vida de los hijos. He aquí, pues, una nueva llamada de Cristo; la familia reclama algo que el tenor de vida elevado que podéis darle; exige vuestra presencia, vuestro afecto, vuestro sincero interés de esposo y de padre, o de esposa y de madre.

Deseo finalizar nuestro encuentro con las palabras de Señor: " Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6,33). La conciencia de ser artífices de una sociedad más justa, pacífica y fraternal pagará con creces vuestro trabajo y abnegación por los más necesitados.

(Discurso a los Empresarios; Durango. Nos. 221-242).

¡ Con cuanto amor miran los ojos del Maestro y Redentor la belleza del mundo creador ! El mundo visible ha sido creado para el hombre. Cristo dice entonces a los que escuchan: ¿ No valéis vosotros mucho más que las aves del cielo y los lirios del campo ? (cfr. Mt 6, 26-28).

Ciertamente, nosotros somos más importantes a los ojos de Dios. Lo que da la medida y el valor del hombre es haber sido creado a imagen y semejanza de Dios, lo cual se refleja en su naturaleza como persona, en su capacidad de conocer el bien y amarlo.

Pero precisamente por eso, el hombre no puede aceptar que su ser espiritual se vea sometido a lo que es inferior en la jerarquía de las criaturas. No puede tomar como meta última de su existencia lo que le ofrecen la tierra y la temporalidad de lo creado. No puede bajarse a servir a las cosas, como si estas fueran el único fin y el destino último de su vida.

Al contrario, el hombre está llamado a buscar a Dios con todas sus fuerzas, incluso por medio de su trabajo en el mundo. Sólo en Dios el hombre encuentra afirmada su propia libertad, su señorío y superioridad sobre todas las demás criaturas. Y, si alguna vez se debilitase esta sencilla y profunda convicción, la contemplación de la misma naturaleza nos debe recordar que, si así cuida Dios a todas sus criaturas, ¿

Cuánto no habrá para que no nos haga falta nada de lo necesario ?

A los hombres nos corresponde una tarea primordial: Buscar el Reino de Dios y su justicia (cfr. Mt 6,33). En esto debemos emplear todas nuestras fuerzas, porque ese Reino es " como un tesoro escondido en un campo, la perla más valiosa ", de que nos habla el evangelio; y para obtenerlo, debemos hacer todo lo posible, hasta "verlo todo" (cfr. Mt 13, 44-45), es decir, no tener otro afán en el corazón. Por eso, también el trabajo ha de formar parte del esfuerzo que ponemos en buscar el Reino de Dios.

Pero hemos de estar precavidos contra una tentación: la de querer poner los bienes terrenos por encima de Dios. Por esto Cristo dice: " No podéis servir a Dios y al dinero", porque " nadie puede servir a dos señores". Si lo que representa el símbolo bíblico del " dinero" llega a convertirse en objeto de un amor superior y exclusivo por parte de las personas de la sociedad, entonces nos hallamos ante la tentación de despreciar a Dios (cfr. Ibid.). Pero ¿no contamos que esta tentación, al menos parcialmente, se halla presente en nuestro mundo? ¿No es ya una realidad este despreciar a Dios bajo diversos modos: primeramente en el campo del pensar humano, y después en el de su actuación? ¿no se ha convertido en programa para muchas personas de nuestro tiempo al vivir como si Dios no existiese?.

Jesús de Nazaret habla a sus contemporáneos, pero sus palabras llegan con una fuerza maravillosa hasta nuestros días y nuestros problemas. Estos son los temas eternos sobre el hombre. Pero vemos con frecuencia, que se ha invertido la jerarquía de valores: lo que realmente debe estar en primer plano es siempre y solo Dios. Y no puede ser de otra manera. Por esto dice Cristo: "Buscad primero su Reino y su Justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura".

Por tanto, ¿qué hay que hacer para que la búsqueda del Reino sea una realidad en la vida de los individuos, de las familias de la sociedad?

Como vemos en la lectura que hemos escuchado, tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, los verdaderos discípulos y seguidores de Cristo han tratado de responder a esta pregunta ya desde los albores de cristianismo. Nos dice el texto sagrado que los primeros discípulos "tenían todo en común" Act 2,44). Esta realidad es muy rica de significado. En efecto, la búsqueda de Reino existe ante todo la caridad, el amor de Dios y el amor al prójimo(cfr. Mc 12,34). En este sentido, los primeros discípulos pusieron los bienes de

la tierra al servicio del amor, es decir, trataron de orientar la nueva vida que había abrazado en función del bien común, o sea, del servicio del prójimo. Por eso vendían sus posesiones y distribuían entre todos lo obtenido, según las necesidades de cada uno. Al mismo tiempo y como elemento importante de la comunidad, "Partían el pan por las casas y romaban el alimento con alegría y sencillez de corazón" (cfr. Act. 2,45-46).

Pocas palabras, pero ¡tan llenas de significado! La luz que ellas irradian ha de iluminar también el mundo de la producción de la economía, para que se abra con clarividencia y generosidad a esta perspectiva del bien común. El esfuerzo solidario por los demás es una exigencia que interpela en todos y en cada uno en el mundo del trabajo. Interpela a los empresarios e industriales en su difícil tarea de dirigir y administrar con justicia los frutos de la actividad humana, así como crear riqueza y puestos de trabajo, contribuyendo de este modo a aumentar el nivel de bienestar social que permita el desarrollo integral de las personas. La solidaridad interpela igualmente a cuantos se dedican al mundo de la técnica, que es "indudablemente una aliada del hombre. Facilita el trabajo, lo perfecciona, lo acelera y lo multiplica". Interpela, en definitiva, a todo trabajador, a toda persona, que debe orientar su trabajo hacia el bien de todos.

Entre vosotros, amadísimos hermanos y hermanas que me escucháis, habrá mucho que cuenta con un trabajo seguro, que le ofrece grandes satisfacciones, que les permite sustentar dignamente a su familia. Por todo ello hay que dar gracias a Dios. Pero ¿cuántos hay que sufren al no poder dar a sus hijos el alimento, el vestido, la educación necesaria? ¿Cuántos los que viven en la estrechez de un humilde cuarto, carentes de los servicios más elementales, lejos de sus lugares de trabajo; un trabajo, a veces mal remunerados e incierto, que les hace mirar el futuro con angustia y desaliento? ¿cuántos niños obligados a trabajar en temprana edad, obreros que ejercen su profesión en condiciones poco saludables, además de la insuficiencia de instrumentos legales y asociativos que tutelen convenientemente de los derechos del trabajo contra los abusos y tantas formas de manipulación!

Me conmueve profundamente estas situaciones difíciles, a veces dramáticas, que afectan a tantas personas del mundo laboral y que van ligadas a toda una serie de factores, no sólo coyunturales sino también estructurales, esto es, dependientes de la organización socioeconómica y política de la sociedad. Por eso,

movido por mi solisitud hacia los más necesitados, quiero hacer un nuevo llamado a la justicia social.

Sin negar los buenos resultados conseguidos por el esfuerzo de conjunto en la iniciativa pública y privada en los países donde rige un régimen de libertad, no podemos, sin embargo silenciar los defectos de un sistema económico que no pocas veces hace del lucro y del consumo su principal motor, que subordina el hombre al capital, de forma que, sin tener en cuenta su dignidad personal, es considerado como una mera pieza de la inmensa máquina productiva, donde su trabajo es tratado como simple mercancía merced a los vaivenes de la ley de la oferta y la demanda.

Es cierto que en la raíz de los males que aquejan a los individuos y a las colectividades se encuentra siempre el pecado del hombre. Por eso la Iglesia predica incansablemente la conversión del corazón para que todos, con espíritu solidario, colaboren en la creación de un orden social que sea más conforme con las exigencias de la justicia. La Iglesia no puede en modo alguno dejarse arrebatar, ninguna ideología o corriente política, la bandera de la justicia, la cual es una de las primeras exigencias del Evangelio y el núcleo de su doctrina social. También en este terreno la Iglesia ha de hacerse presente en el mundo con una palabra sobre los valores y los principios que inspiran la vida comunitaria, la paz la convivencia y el auténtico progreso. Precisamente por esto ha de oponerse a todas aquellas fuerzas que pretenden implantar ciertas formas de violencia y odio como solución de los conflictos. El cristiano no puede olvidar que la noble lucha por la justicia no debe confundirse de ningún modo con el programa "que ve en la lucha de clases la única vía para la eliminación de las injusticias de clase, existentes en la sociedad y en las clases mismas" (Laborem exercens, 11)

Al veros aquí en tan gran número, en esta ciudad de Monterrey, convocados por vuestra común fe cristiana y para encontraros con el Sucesor de Pedro, me brota del corazón haceros un llamado a la solidaridad, a la hermandad sin fronteras. El saberos hijos del mismo Dios y hermanos en Jesucristo ha de moveros, bajo el impulso de la fe, a dedicar todo vuestro esfuerzo solidario en lograr que este gran país sea más justo, fraterno y acogedor. Me mueve a ello el ardiente deseo de que vuestra amada Patria, con el respeto debido a sus mejores tradiciones, pueda progresar material y espiritualmente sobre la base de los principios cristianos que han marcado su caminar en la historia.

La solidaridad a la que os invito debe echar sus raíces más profundas y buscar su aliento en la Santa Misa, el sacrificio de Cristo que nos salva. Debe inspirarse siempre en la Palabra de Dios, que ilumina el camino de nuestras vidas.

La Iglesia escucha continuamente el mismo sermón de la montaña pronunciado por Cristo. De generación en generación anuncia el evangelio, que es también el evangelio del trabajo.

En nuestra época este Evangelio se ha hecho actual, de un modo nuevo, ante los numerosos problemas del desarrollo socioeconómico; ante los problemas relacionados con el capital, con la producción y distribución de los bienes, tan desproporcionada e injusta especialmente en algunas regiones del mundo.

Con la liturgia de nuestra celebración eucarística alabamos a Dios diciendo: " Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra" (Sal 8,2). Ante esto, el cristiano no puede perder la conciencia de que el nombre de Dios es grande sobre toda la tierra y de que él, es cuanto cristiano, así como todo hombre ha sido llamado a alabar este nombre. No puede olvidar que todos los programas de las economías humanas deben ordenarse, en definitiva, según esta Economía divina, que se realiza en su reino. " Ya sabe vuestro padre celestial que tenéis necesidad de todo eso" (Mt. 6,32), nos dice el Señor, pero añade: "Buscad primero el Reino y su justicia, y todas esas cosas os darán por añadidura"(Mt 6,33).

(Homilia. Cristo en el mundo del trabajo; Monterrey. Nos. 342-361).

Quiero recordar también a quienes, por diversas circunstancias, han debido emigrar de esta tierra, viéndose obligados a buscar en otra su sustento. También Jesús, como muchos de vosotros o de vuestros compatriotas, hubo de emigrar de su tierra, siendo todavía niño, para huir de la injusta persecución de Herodes. Si, el señor sufrió la injusticia de tener que abandonar su tierra.

(Homilia. Santa Misa con los Campesinos, Mineros, Emigrantes; Zacatecas. Nos. 450).

PASTORAL FAMILIAR

Esta familia es la veneramos y llamamos Sagrada Familia, permanecera para siempre como modelo eximio para ser imitado por todas las familias cristianas, aquí y en todas partes, pues el núcleo familiar es aquel espacio en el que se despliega la abundante gracia de Dios, que nos hace renacer en el bautismo.

Queremos contemplar ahora en el profundo significado que asume la familia cristiana en los planes de Dios. A ello nos impulsa una vez más la preocupación que sentimos todos en nuestra mente y en nuestro corazón por el mundo de hoy en el que, con frecuencia, la familia está siendo atacada de mil formas diversas. Sabemos de sobra que a medida que se va debilitando el verdadero amor oscurece también la misma identidad del ser humano. Por ello, siento personalmente la necesidad de repetir lo que ya dije con sincero convencimiento al comienzo de mi pontificado: "el hombre no puede vivir sin amor. El que permanece para sí mismo, un ser inconprencible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente" (Redemptor hominis,10).

La grandeza y la responsabilidad de la familia está en ser la primera comunidad de vida y amor; el primer ambiente donde el hombre puede aprender a amar y a sentirse amado, no sólo por otras personas, sino también y ante todo por Dios. Por ello, a los padres cristianos os toca formar y mantener un hogar en el que germine y madure la profunda identidad cristiana de vuestros hijos: el ser hijos de Dios. Pero vuestro amor de padres podrá hablar de Dios a vuestros hijos solo si antes de la unión matrimonial.

El amor existente entre los esposos cristianos es una realidad santa y noble. La acción del Espíritu Santo en vuestras personas cuando estáis en gracia os ayudará a entregaros mutuamente, con aquella generosidad sin medida en que " Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella".

Al hablar hoy a las familias católicas de Chihuahua y de México, en este día de las Madres deseo rendir homenaje a la madre, a las mujeres mexicanas y a las de toda América Latina. Con razón se ha dicho que la mujer ha desempeñado un papel providencial en la conservación de la fe de este querido continente.

La experiencia diaria nos muestra que a una esposa cristiana corresponde de ordinario una familia en la que permanece vivo el amor a Dios, la práctica de la vida sacramental y del amor al prójimo. Asimismo la armonía, serenidad y alegría de la vida de la familia depende en gran medida de la mujer, esposa y madre quien, con su institución, su tacto, su efecto, su paciencia, su generosidad, suaviza esperanzas y tensiones. Ella levanta los ánimos decaídos y ofrece un puerto acogedor en el cual refugiarse cuando aflojan los problemas en cualquier edad de la vida.

No ignoro el papel a veces heroico que las esposas mexicanas han representado en la familia. Por ello quiero recordar también a los esposos el grave deber que les incube de colaborar en las cargas del hogar con su trabajo, dilapidando el salario, que es un bien para toda la familia, siendo al mismo tiempo fieles a su esposa con un amor único e indiviso, mostrando verdadero afecto y dedicación en la educación de los hijos. ¡ La familia se conserva y fortalece gracias al amor!.

En una sociedad tantas veces marcada por signos de muerte y desamor como la violencia, el aborto, la autanacia, la marginación de minusválidos y personas pobres y no útiles, la mujer está llamada a mantener viva la llama de la vida, el respeto al misterio de toda nueva vida. Por esto he querido poner de relieve, en la Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, que a la mujer "Dios le confía de un modo especial al hombre, es decir, el ser humano"; en virtud de su vocación al amor, "la mujer no puede encontrarse a sí misma si no es dando amor a los demás" (n.30).

Esta perspectiva adquiere más amplias dimensiones a la luz de la primera lectura bíblica que hemos escuchado y que alude a aquella mujer, María, de la cual nació Jesús (cfr. Gal 4,4). En efecto, "la figura de María de Nazaret proyecta luz sobre la mujer en cuanto tal por el hecho mismo de que Dios, en el sublime acontecimiento de la encarnación del Hijo, se ha entregado al ministerio libre y activo de la mujer. Por tanto, se puede afirmar que la mujer, al mirar a María, encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su femineidad y para llevar a cabo su verdadera promoción" (*Redemptoris Mater*, 46).

Aunque rico en bienes y promesas, el matrimonio cristiano es una realidad exigente. Requiere, sobre todo, fidelidad en el amor, generosidad y abnegación. Al mismo tiempo, debe haber siempre una apertura al don de la vida. En este sentido, queridos esposos y esposas que me escucháis, habéis de pensar que si en la unión conyugal se elimina artificialmente la posibilidad de concebir el hijo, los esposos se cierran a Dios y se oponen a su voluntad. Además, el esposo y la esposa se cierran el uno al otro, ya que rechazan la entrega en la paternidad y en la maternidad.

Reduciendo la unión conyugal en ocasiones de satisfacer el egoísmo de cada uno.

Los hijos, en efecto, mantienen vivo el sentido de vuestra unión matrimonial; rejuvenecen a la vez el matrimonio y el amor mutuo de los padres. El hijo, en la familia, es una bendición de Dios. Así lo entiende la

sana tradición de vuestras familias, que se abre generosamente al don de la Vida. A este respecto, deseo recordar también a los padres, el deber moral que tienen de cuidar y velar por sus hijos, sobre todo cuando son pequeños y débiles.

La sociedad es cada día más sensible sobre los derechos del niño. Incluso se ha elaborado una carta de los derechos del niño. Sin embargo, el niño está expuesto todavía a no pocos males: el egoísmo de una parte de la sociedad que atenta contra su vida antes de nacer con la práctica del aborto; la insuficiente alimentación, que puede afectar todo su futuro desarrollo; la falta de afecto, los malos tratos con diversas formas de violencia; cuando no el delito de abuso de menores y el crimen de introducirlos en la espiral de la droga. A quienes se comportan así va dirigida la advertencia de Cristo: " El que reciba a un niño como este en mi nombre, a mí me recibe. Pero al que scandalice a uno de estos pequeños que cree en mí, más le valen que le cuelguen del cuello una de esas piedras de molino, y lo hundan en lo profundo del mar" (Mt 18,5-6).

Cuando la Iglesia os recuerda a vosotros, padres y madres de familia, así como a los responsables de la sociedad, los deberes morales respecto al niño, está aplicando el precepto del Maestro: " Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis porque de los que son como éstos es el Reino de los cielos " (Mt 19,15-15).

La misma Iglesia os recuerda en tantas ocasiones el deber que tenéis de educar a vuestros hijos, no sólo en lo cultural y social, sino también en la fe y en la vida cristiana, de las virtudes humanas y cívicas (cfr. *Lumen gentium*, 35 y 41).

Es cierto que en la educación de los hijos contáis con la colaboración de otras personas: los maestros en las escuelas, los sacerdotes de vuestras parroquias, los catequistas. Pero no olvidéis nunca que vuestros hijos dependen primordialmente de vosotros. No olvidéis que su felicidad temporal, y, no pocas veces, hasta su felicidad eterna, dependerá de vuestro ejemplo y de vuestras enseñanzas. Rezando con vuestros hijos, meditando con ellos la Palabra de Dios, acompañándolos en la Eucaristía y en los demás sacramentos, llegaréis a ser plenamente padres: habréis conseguido engendrarles no sólo a la vida corporal, sino también a la vida eterna en Cristo.

La familia ha de ser también donde los jóvenes sean educados en la virtud de la castidad. Ella ha de ser la primera escuela de vida para los hijos, preparándolos para la responsabilidad personal en todos sus aspectos,

incluidos los que se refieren a los problemas de la sexualidad. La educación para el amor, como don de sí mismo, es promesa indispensable para una educación sexual clara y delicada que los padres están llamados a realizar.

Dios ha querido que el don de la Vida surja en esa comunidad de amor que es el matrimonio, y quiere que los hijos conozcan la naturaleza de ese don en el clima del amor familiar. Los padres cristianos tienen el derecho y el deber de formar a sus hijos también en este aspecto. Es lógico que, incluso en este campo, reciban la ayuda de otras personas. Pero la Iglesia recuerda la ley de la sabiduría, que la escuela o cualquier otra entidad debe observar también cuando cooperan los padres en la educación sexual de modo que sea impartida de acuerdo con el espíritu querido de los padres (cfr. Familiaris consortio, 37).

Como señala la Exhortación Apostólica Familiaris consortio: " En este contexto es del todo irrenunciable la educación para la castidad, como virtud que desarrolla la auténtica madurez de la persona y le hace capaz de respetar y promover el " significado esponsal del cuerpo " (n. 37). Una información sexual que prescindiera de los valores morales constituiría un empobrecimiento de la persona y construiría a oscurecer su dignidad.

La familia ha recibido de Dios el don de ser " la cédula primaria y vital de la sociedad " (Apostolicam actuositatem. 11). Como en un tejido vivo, la salud y la fuerza de la sociedad dependen de la salud y fuerza de las familias es también defensa y promoción de la sociedad misma. Consiguientemente, ha de ser ésta la primera interesada en el desarrollo de una cultura que tenga como base la familia.

Son muchos los campos en que la sociedad civil puede favorecer la institución familiar, reforzando su estabilidad y tutelando sus derechos. Es particular, desearía referirme al derecho de los padres a educar libremente a sus hijos, de acuerdo con sus propias convicciones y a poder contar con escuelas en que se imparta esa educación.

En contraste con este derecho humano natural - reconocido en la Declaración Universal de los Derechos Humanos - en la legislación de algunos países todavía existen serios límites a su ejercicio y aplicación. Frente a situaciones de este tipo, los padres de familia pueden pedir individualmente, e incluso asociadamente exigir a las autoridades, el respeto y la actuación de los propios derechos, como primeros y fundamentales responsables de la educación de sus hijos. No se trata

de obtener privilegios; es algo debido en estricta y que se debe reflejar en la legislación del país. Por tanto, es legítima la acción de las asociaciones de padres de familia que operan, a nivel nacional o internacional, cuando reclaman, dentro del orden establecido y en un diálogo respetuoso con las autoridades de la nación, el derecho de educar libremente a los hijos, según su propio credo religioso; a crear escuelas que correspondan a este derecho y a que las leyes del país reconozcan explícitamente tal derecho. Las familias cristianas serán así un potente foco de cultura cívica para los hijos y la comunidad nacional.

" Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan " (Lc 11,28) dice Jesús en el Evangelio que se ha proclamado. Una bendición semejante pedimos para todas las familias mexicanas. Para los padres, madre, hijos e hijas. Encomendamos todas las generaciones mexicanas a la Sagrada Familia de Nazaret.

Que cada familia llegue a ser " la Iglesia doméstica " en la cual, mediante el amor, maduren los nuevos hombres y mujeres en su dignidad de hijos por la adopción divina. Que en cada familia se verifique lo que el Apóstol Pablo dice en la carta a los Gálatas: " La prueba de que sois hijos que Dios ha enviado a nuestras corazones en el Espíritu de su Hijo que clama: ¡ Abba, Padre ! (Gál 4,6).

Que cada familia de esta hermosa tierra esté abierta para acoger este Espíritu: El Espíritu de Cristo que actor de la santificación del hombre, de los matrimonios y de las familias, de los padres y de las madres.

(Homilia. Encuentro con las Familias; Chihuahua. Nos. 297, 300-332).

NO puedo dejar de dirigir acá en Monterrey, un particular saludo a un particular grupo de trabajo ¡ a todas las madres mexicanas !.

Cuando se habla del trabajo humano, cuando se aprecia cada trabajo ¡ cómo no apreciar este trabajo fundamental, trabajo maternal de la mujer, especialmente en este día de las madres!.

(Homilia. Cristo en el Mundo del Trabajo, Monterrey. Nos. 332 - 333).

PASTORAL JUVENIL

San Juan de los Lagos

Homilia. Santa Misa con los jóvenes.

A todos ustedes, mis queridos hijos presentes, especialmente a ustedes, jóvenes venidos de todo México, quiero expresarles el enorme gozo de poder estar hoy en su compañía, al pie de esta tan venerada

imagen de la Virgen María, cerca de su Basílica, a donde, con los pasises cansados por el fervoroso camino, llegan peregrinos de todos los puntos cardinales del país.

Aquí como en las Bodas de Caná, la misión maternal de María, sigue siendo de orientarnos hacia un Hijo: " Hagan lo que él les diga ".

Queridos Jóvenes:

Ha llegado para mi uno de los momentos más esperados de mi viaje a Mexico: el encuentro con vosotros los jóvenes.

He sabido la ilusión que habeis volcado en la preparación de esta Eucaristia, y de cómo os habeis ido preparando en vuestros grupos, parroquias y diocesis mediante la reflexión y la puesta en practica de lo que habeis llamado " acciones profeticas". Me ha llenado de gozo ver, en las respuestas que habeis dado a algunas encuestas preparatorias, vuestros decesos, sobre todo, de que le Papa venga como amigo. Si, queridos jóvenes, muchachos y muchachas de Mexico, me siento vuestro amigo, porque Cristo es vuestro amigo. Me siento vuestro amigo... me siento vuestro amigo un poco más viejo.

En nombre de Cristo quiero, pues, sembrar entusiasmo y esperanza en vuestros corazones. Dececo ofreceros alientos y apoyo para la llamada exigente y comprometida que Cristo dirige a cada uno de vosotros. Pido a Dios que fortalezca vuestra fe y os haga experimentar más y más la ternura y protección de Nuestra Madre la Santísima Virgen.

El papa se siente cercano a vosotros y os tiene muy dentro del corazón porque persibe nuestro afecto y cariño, pero sobre todo porque con vuestras ganas de vivir y luchar abría horizontes luminosos para la Iglesia de Cristo y para la sociedad actual. Llevais en vuestras manos, como fragil tesoro, la esperanza del futuro. El señor tiene su confianza en la savia nueva que late en cada jóven, como promesa floreciente de vida. Por eso tambien deposita en vosotros una exigente responsabilidad en cuanto artifice de una nueva civilización, la civilización de la solidaridad y del amor entre los hombres.

El Salmo que hemos cantado, en esta celebración eucarística, cantando muy bien con voces sonoras y juveniles, nos ayuda a descubrir el verdadero valor de lo que somos a los ojos de Dios. Su autor, meditando en la quietud de la noche, y como intepretando nuestro propio sentir, se queda anonadado por la profundidad del silencio y la belleza del cielo estrellado. En su

interior nace esta reflexión: ¡ Semejante espectáculo no es más que la huella de la hermosura y bondad del creador ! Admira la Gloria, la Belleza y la onnipotencia de Dios, pero en vez de sentirse avergonzado por la insignificancia y pequeñez de ser creatura, exclama: " ¿ Qué es el hombre para que te acuerdes de el ?" (sal 8,5). El salmista comienza a soborear la ternura gratuita de Dios porque ha comprendido que el objeto de su predilección no es el firmamento sino el hombre en su pequeñez. Cada uno de vosotros, jovenes amigos, sois los predilectos de la creación de Dios. Por ello habeis sido capacitados por Dios para inindar la tierra de su gloria, de su amor, de su justicia, vida y verdad. " ¿ Qué es el ser humano para que le dieses poder ? (sal 8,5) Dios se ha complacido en revestirnos y coronarnos de su dignidad y gloria. Pero su gloria, pero que es tambien la gloria del Hijo, " Padre ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti " (Jn 7,1), esta enque déis la vida hasta el extremo, en que sepaís compatir los dones que ha sembrado en vosotros, para hacer presetne su reino en medio del mundo.

Jóvenes de Mexico, no destruyais nuestras cualidades y valores poniendoos al servicio de los pobres del mal que existen en el mundo. ¿ Os dejaréis enganar por estos poderes que pretenden convertirnos en tíres e instrumentos fácilmente manipulables al servicio de una cultura insolidaria y sin horizontes ? ¿ Caereis en la tentación de alienar el precioso don de nuestra vida con el poder de la droga destructora y asesina, la fuerza cegadora del demonio o la prepotencia irracional de la violencia ?

El papa sabe que la fuerza de Cristo Resucitado, el empuje y lozanía de su Espíritu vivificador no van a desvanecerse en los corazones de los jóvenes mexicanos, protagonistas del tercer milenio ya pronto para amanecer. Con Cristo sois fuertes. Por eso podeis decir siempre con san Pablo: "Todo lo puedo en Aquél que me conforta" (Flp 4, 13). Si poneis los cimientos de vuestra fe en la Roca que es Cristo, ninguna tentación de este mundo podrá apartaros del camino que os muestra el Señor. El es nuestra piedra angular (cfr. 1pe 2,4-9). En El se fundamenta para todos ese nuevo estilo de vida que nos lleva a la plenitud y nos hace crecer en la entrega y amor a los hombres para la construcción de un cielo nuevo y de una tierra nueva (cfr. 2 Pe 3,13).

Para vosotros, jóvenes de México, sabeis muy bien que muchos coetáneos vuestros viven en este mundo como heridos por la desesperanza. El agujijón de la desilusión se ha clavado en ellos. Creen que ya nad ni

nadie podrá cambiar el rostro dolorido y sufriente del mundo en que vivimos. Piensan que la marcha de los acontecimientos de la historia es como un barco cuyo único timón está en manos del poder del dinero y en los intereses políticos de unos pocos. Sus vidas sumergen y se dejan arrastrar por lo que hoy se denomina la crisis de las autopías. La sombra del pecado, del vicio y del desencanto han dejado sus huellas en jóvenes vidas que deberían ser ilusión y promesas del futuro. Y os preguntáis: ¿Cómo es posible que muchos jóvenes compañeros y amigos nuestros estén ya de vuelta sin haber llegado todavía a ninguna parte ?

El mundo de hoy necesita no sólo de la juventud como realidad sociológica, sino de la juventud del Espíritu de Cristo que habita en vosotros. Se necesita escuchar la voz límpida de los jóvenes que han experimentado cómo el fuego del amor de Cristo ardía en sus corazones. ¡ Jóvenes, ayudad a vuestros amigos a salir de la cárcel de la indiferencia y la desesperanza ! ¡ Cristo os llama a resucitar en otros jóvenes la ilusión por la vida !

En este tiempo pascual, en que resplandece el fulgor de Cristo resucitado, la Iglesia presenta a nuestra meditación el episodio de Emaús. La noche y la tiniebla de la muerte habían ocultado la figura del Maestro a los ojos de los discípulos, que comenzaron a dispersarse con angustiada sensación de miedo y fracaso. El resucitado no se había manifestado aún a los suyos, cuando seguimos la pista de dos de ellos, por que no jóvenes, que caminan hacia Emaús. El camino hacia Emaús es el camino del desencanto, de la desilusión, del vacío.

Hoy son incontables los que van por el camino de Emaús. Emaús es hoy la evasión, el olvido, el hedonismo, la discoteca, la droga, la indiferencia, el pesimismo, los paraísos artificiales en que tantos se refugia.

" Nosotros esperábamos..." (Lc 24,21) que se lograría un mundo más justo; que la democracia de hecho se convertiría en bastión de derechos humanos; que el desarrollo económico no se haría a costa de los más pequeños y débiles; que el progreso técnico y científico nos haría más felices. Esperábamos tantas cosas, pero todo sigue igual. Por esto es preferible encerrarse en el propio mundo, desentenderse de los demás y cada uno se las arregla como pueda.

Pero Jesucristo Resucitado se hace el encontradizo con los jóvenes para pronunciar en el interior de ellos palabra que vuelven a despertar la ilusión y en entusiasmo que paraliza el miedo. Según hablaba el

Maestro la mente de los discípulos de Emaús se iba encendiendo de esperanza y un fuego irresistible revolucionaba sus corazones.

Jóvenes, no perdáis la esperanza, sois peregrinos de esperanza, como reza el lema de este encuentro. Pues esta esperanza se fundamenta en la victoria de Jesucristo sobre el pecado y la muerte. Dejad que vuestros corazones se embriague de la Vida que os ofrece Jesús; en Él está vuestra vuestra vuestra auténtica juventud. El nos enseña renacer a una vida nueva: " El que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios " (Jn 3,5), le dice a Nicodemo. Cristo es el Señor de la Vida y ha venido "para que tengan vida en abundancia " (cfr. Jn 10, 10).

Modelo de confianza y docilidad a la promesa de vida del Resucitado es para nosotros la comunidad de los Apóstoles reunida en el cenáculo con María, la Madre de Jesús. " Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús, y de sus hermanos " (Act 1,14), hemos escuchado en la primera lectura de nuestra celebración eucarística.

María estaba presente en aquellos momentos cruciales de la historia de la salvación y se preparaba por un nuevo y definitivo nacimiento: la venida del Espíritu Santo. El día de Pentecostés nace la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y en ella nosotros, sus miembros, tenemos como Madre a María.

El significado profundo de esta maternidad espiritual de la Virgen hace que Ella esté también presente en nuestra vida cuando queremos llevar la luz de Cristo a las realidades que nos rodean, a los hermanos y hermanas que esperan nuestra ayuda. Si abris bien los ojos y miráis a nuestro alrededor veréis mucha tiniebla, mucho dolor y sufrimiento entre vuestros hermanos mexicanos. Sé que el resultado de vuestros análisis, como preparación a este encuentro, os ha hecho descubrir que en vuestro pueblo existen innumerables problemas: e hambre y la desnutrición, el analfabetismo, el desempleo, la desintegración familiar, la injusticia social, la corrupción política y económica, salarios insuficientes, concentración de la riqueza en manos de pocos, inflación y crisis económica, el poder de emigrantes ilegales e indocumentados a los que tristemente se le llama " espaldas mojadas" ataques continuos a los valores sagrados de la vida, la familia y la libertad. Ante este panorama de dolor y sufrimiento ¿ podéis vosotros permanecer indiferentes, jóvenes mexicanos ?

El papa esta muy contento, porque ve, porque siente que esta homilia no la habla él, esta homilia la habla los jovenes amigos.

En eta hora decisiva de la historia, vosotros, queridos amigos y amigas, estáis llamados a ser protagonistas de la nueva evangelización, para construir en Crisito una sociedad justa, libre y reconocida.

Los hombres de hoy están cansados de palabras y discursos vacíos de contenidos, que no se cumple. El mundo se resiste a creer las palabras que no van acompañadas de un testimonio de vida. Seréis verdaderos testigos cuando vuestra vida se transforme en interrogante para los que os cumplen: ¿por qué actúa así este joven? ¿ Por qué se le ve tan feliz ? ¿ por qué procede con tanta seguridad y libertad ? Si vivís así obligareis a los demás a confesar que Cristo está vivo y presente. Seréis testimonio y prueba de que aceptar a Cristo como camino, verad y vida (cfr. Jn 14, 6) llena las más altas aspiraciones del corazón.

Queridos jóvenes: Sentíos enviados a la urgente tarea de anunciar el evangelio a cuantos os ordenan. Cristo conoce vuestra fragilidad y limitación, pero al mismo tiempo os dice: ¡ Animo, no temáis ! " Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo " (Mt 28,20).

Y más aún, queridos jóvenes, Crisito en el momento más sagrado y solemne de su vida nos hizo el más precioso regalo. Era su ultima voluntad, su tesoro más querido: María, su Madre. Estas fueron sus palabras, que acabamos de escuchar hace unos momentos. Es el " testamento de la cruz ": " Jesús viendo a su madre" (Jn 19,26-27).

Con este encargo Jesús entrega a María por Madre a toda la humanidad en la persona de Juan, el joven discípulo amado. Jesucristo convierte así a todos los redimidos en hijos de María. A partir de este momento nadie en el mundo estará realmente solos y abandonado en la travesía de la vida. ¡ Jóvenes, María camina con vosotros !. Ella tambien nos repite junto a sus Hijo: " No temáis, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos ". Cristo nos ha hecho el mejor de los regalos: seguir presente entre nosotros por medio de la solicitud y la protección maternal de María de Nazaret.

Jóvenes que me escucháis: en los momentos que os asalte la duda, la dificultad, el desconsuelo, sabed que la viergen María es para vosotros consolación y paz. María os pide vosotros así. Os pide la entrega radical a Cristo. Os pide que os atrevéis a seguir poniendo vuestras vidas en las manos de Dios, para

que os convierta en instrumentos de un mundo mejor que éste en que vivimos. María espera de vosotros que respondáis generosamente a la llamada de su hijo si El os lo pide todo. No tengáis miedo si el Señor os llama para una vocación de consagración especial. Ciertamente, cristo pide la vida entera, una entrega radical y sin límites.

Implorar a María, nuestra Madre de San Juan de los Lagos, nuestra Madre del Tepeyac, que acompañen y bendigan en vosotros a todos los jóvenes de Mexico. ¡ Querido Mexico !.

San Juan de los Lagos, un lugar maravilloso, un lugar que parece pobre, hoy un lugar de tantas riquezas. Tantas riquezas son los Jóvenes que se reunen cada año en la jornada mundial de la Juventud que se celebra el Domiengo de Ramos, pero hay momentos excepcionales como habia una vez la grande convocación de los jóvenes en Santiago de Compostela hece uno año y comos se preve una grande convocación de los jovenes en Czestochava, Josna Góra el año siguiente.

Los jóvenes tienen en la Iglesia los lugares de convocación, sus lugares y sus espacios, espacios para estar junto a la Virgen, con la Virgen junto a Cristo muerto y resucitado.

A todos muchas gracias por esta celebración de hoy en este lugar que se llama maravillosamente San Juan de los Lagos.

¡ Adios !

(Homilia. Santa Misa con los Jóvenes; San Juan de los lagos. Nos. 53-59).

PASTORAL DE CAMPESINOS

Los Obispos de America Latina, reunidos en Puebla hace once años para celebrar la III Conferencis General sobre el presente y el futuro de la Evangelización, reiteraron -siguiendo la Conferencia de Medillín- la opción preferencial por los pobres del continente, como signo de la caridad evangelica. Hoy, al prepararnos para celebrar en Saznto Domingo la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, quiero reafirmar que sigue estando en el corazón de la Iglesia la opción por los pobres, la cual, sin ser exclusiva, - pues el universalismo de la redención ofrecida por el Cristo abarca a todos los hombres sin distinción - sí es signo inequívoco de su fidelidad a El.

(Homilia. Servicio a los pobres desde el Evangelio; Estado de Mexico, Xico- Chalco No. 95).

Sí, es cierto. Jesucristo, el Hijo Unigenito del Padre eterno que ha revelado la sabiduria divina atraves

de sus propias palabras, que ha revelado la potencia de Dios por medio de sus obras, ¡ era el carpintero, nacio de María ! De esta manera, el Hijos de Dios quiso hacerse semejante a todos los trabajadores, a vosotros, queridos hermanos y hermanas, que trancurrís vuestros días dedicados a un trabajo duro y fatigoso.

Vosotros, campesinos, cumplís cabalmente el mandato del Señor de cultivar la tierra para que produzca los alimentos necesarios al sustento de todos. ¡ Cuántos de vosotro pasáis toda la vida sometidos al duro trabajo del campo, recibiendo quizá salarios insuficientes, sin la esperanza de conseguir un día un pedazo de tierra en propiedad, con problemas de vivienda, de inseguridad social, preocupados por el porvenir de vuestros hijos ! Y los que sois pequeños propietarios, ¡ cuantos riesgoshasta llevar la cosecha a buen termino, cuántas dificultades para conseguir una mejor capacidad agrícola !.

Antes de este panorama, a muchos aslatan l atentación seductora de marcharse a la ciudad donde, por desgracia, se verán obligados a aceptar condiciones de vida tidavia más deshumanizantes.

La solución a los nuevos problemas del campo requieren la colaboración solidaria de todos los sectores de la sociedad. Hoy el trabajo agrícola está vinculando a la comercialización de los productos, a su adecuada distribución, a los mecanismos económicos y juridicos que deciden la política comercial a nivel nacional e internacional. M{as, no es justo que intereses de grupos, no tengan en cuenta la existencia del bien comun ni las necesidades cada día más insoslayables de los campesinos, y pongan la ganancia a toda costa como unica meta a conseguir.

Los valores y actitudes del hombre del campo, de la mina, como son la sabiduria característica de quien está en contacto con la naturaleza, la capacidad de ser agradecidos y de compartir con los demás, la sencillez de vuestras costumbres, la piedad popular, especialmente, vuestra acendrada devoción a la Santisima Virgen, el amor a la familia, y el sentido trascendente de la vida son un tesoro que habeis de conservar y hacer fructificar en bien de toda la comunidad nacional.

Especialmente a los largo de este ultimo siglo, cuando más acuciante sa han hecho los problemas laborales, la Iglesia ha dejado oír su voz con insistencia, bien para denunciar la injusticia degradación a la que en tantas ocaciones se van sometidos los trabajadores, bien para proclamar la dignidad y el valor de todo trabajo humano. La Iglesia, también cuando habla sobre

el trabajo humano. La Iglesia, tambien cuando habla sobre el trabajo humano, no cesa de proclamar la palabra de Dios.

El Evangelio del trabajo nos enseña que cualquier labor humana, por dificiles que sean las circunstancias en que se realice, puede y dede ser fuente de progreso social y de maduración personal. Si, el trabajo debe ser instrumento de vuestro desarrollo humano y sobrenatural. Es el medio habitual que el hombre tiene para forjar tambien su destino eterno. Esta es la gran dignidad del trabajo humano.

El Cristiano a de contemplar con los ojos de la fe su propio trabajo. En él puede descubrir un horizonte de grandeza para la propia vida; a medida que pongáis en practica el evangelio, copmprendereis que vuestra tarea habitual, en le campo, en la mina, alli donde desarrolláis vuestra actividad laboral, os conduce a la plenitud de vuestro existir cuando sabeis convertirla en ofrenda grata a Dios.

¡ Haceos imitadores de Cristo ! El es la luz para las naciones (cfr. Act 13, 47). Jesús de Nazaret, el carpintero, ilumina con su vida de trabajo vuestra vida de trabajadores cristianos. Vosotros, hombres y mujeres del mumdo laboral, iluminad tambien vuestro ambiente de trabajo con la luz de Cristo y divulgad con vuestras vidas la palabra de Dios.

¡ Acoged el evangelio del trabajo ! Sólo así sabreis ofrantar las dificultades con espíritu cristiano, con decisión y valentia, esforzándoos por encontrar las soluciones mejores a los diversos problemas laborales. Con la valentía propia del critiano que, sin admitir odios ni venganzas, sabe ser fuerte para cumplir cabalmente sus deberes y exigir el cabal cumplimiento de sus derechos. Con valentía cristiana, que no acepta el pesimismo ni la desesperanza; que impide refugiarse en el consuelo fasil de los placeres afimeros, como el alcohol, o la droga; que no recurre a falsas soluciones, cuyo único efecto es destruir la dignidad humana como la prostitución, la delincuencia o la complicidad con la corrupción; que rechaza cualquier ofrecimiento que implique colaborar en la difusión del mal para asegurarse una mejor posición económica.

Sabréis también de este modo, afrontar las dificultades laborales con sentido de responsabilidad, conscientes de que el presente y el futuro de vuestra patriaestá tambien en vuestras manos y depende de vuestro trabajo. Vuestra tierra os pide un esfuerzo generoso, decidido, lleno de sana ambición paa el momento actual y para el futuro.

" Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este Pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos, él será para nosotros pan de vida " (Liturgia eucarística, presentación de las ofrendas).

Con estas palabras alaba la Iglesia a Dios cada día en la liturgia eucarística, ofreciéndole el pan y el vino, fruto de la tierra, fruto de la vida, y del trabajo del hombre. Así la Iglesia presenta cada día a Dios el trabajo humano, el trabajo físico o intelectual, para que el señor lo acoja junto con el sacrificio redentor - el trabajo divino- de su Hijo Jesucristo. El trabajo humano, al prolongar la obra creadora de Dios, unido al sacrificio de Cristo, es convertido por Él en fuente de vida eterna.

" Cantad al señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas " (Sal 97, 1). Son palabras de la liturgia de hoy. Ciertamente Dios ha hecho maravillas, destinándolas a todos los hombres. Por eso todos nosotros hemos de cantar al señor. Y hemos de cantar un cántico nuevo, el canto de nuestro trabajo que presenta a Dios los dones recibidos de sus manos, transformados por nuestro esfuerzo.

" Cantad al señor un cántico nuevo " (Sal 97,1).

Con vuestro trabajo diario, ¡ Cantad al señor !

Desde el campo, desde la mina, con vuestro esfuerzo, con vuestro sudor, con vuestra vida de trabajo sacrificada y alegre, ¡ Cantad al Señor !

Con vuestra vida entera de campesinos cristianos, de mineros cristianos, de emigrantes cristianos ¡ Cantad al señor !

Alabad al señor con vuestras vidas todos los trabajadores mexicanos !

Sois mexicanos verdaderos, pero se debe una pequeña interpretación a vuestras aclamaciones muy, muy cordiales, muy de corazón.

Una pequeña interpretación: no es importante que esté presente el papa, es importante que esté presente Cristo.

Está presente Cristo, como está presente también cuando la Eucaristía se celebra en una pequeña capilla por un sacerdote y hermano; es muy importante que esté presente Cristo. Entonces debemos volver a Él, a Cristo en esta nuestra Homilía.

" ¿ No es éste el carpintero, el hijo de María ? " (mc 6,3).

Sí, Jesús, aquel carpintero de Nazaret, es el hijo de María. Para vosotros, trabajadores de México, María es también vuestra Madre.

Que desde sus santuarios, y particularmente desde su sede de Guadalupe, María vele sobre el trabajo de

todos los hijos e hijas mexicanos. Que ella os acerque, a vosotros y vuestro trabajo, a su Hijo, el carpintero. Este carpintero de Nazaret es el redentor del hombre. Él es el salvador del mundo.

(Homilía. Santa Misa con los campesinos, Mineros, Emigrantes; Zacatecas. Nos. 447, 457- 459, 463-475).

PASTORAL EDUCATIVA

Guardar la palabra de Cristo es una exigencia que implica a la vez la trasmisión de la fe. Todo cristiano debe ser transmisor de la fe (cfr. Catechesi tradendae, 62 ss), pero lo deben ser de manera primordial los padres en relación con sus hijos (cfr. Familiaris consortio, 52) y todos los que realizan tareas educativas en relación con los alumnos (cfr. Catechesi tradendae, 69). Por eso, mi alegría de estar con vosotros se acrecienta al saber al saber que me está escuchando un número importante de maestros. A ellos me quiero dirigir ahora de manera especial.

Una nueva perspectiva de contactos entre la Iglesia y la comunidad política de este país se está configurando en nuestros días. Y esta nueva fase de mejor entendimiento y de diálogo, la Iglesia quiere ofrecer su propia aportación, sin salir del marco de sus fines y competencias específicas.

Es un hecho de la cultura y la educación en México se está abriendo en estos tiempos a más amplios horizontes. El contexto de la comunidad internacional inicia una nueva fase de su historia, y ello tendrá sus preocupaciones también aquí en un futuro no lejano. ¿ Cómo podréis vosotros construir a los nuevos desafíos que deberá afrontar la sociedad mexicana ?

La cuestión educativa, que es responsabilidad de todos, se impone de manera creciente a la consideración de la opinión pública, y despierta un renovado interés en los diversos ámbitos de la responsabilidad política.

Se hace pues necesario que las diversas instancias de la nación favorezcan todas las iniciativas que conduzcan a elevar cada vez más el nivel de la enseñanza. Es comprensible que hasta el momento la tendencia predominante haya sido, justamente, la de asegurar a todos un grado de instrucción básica. Sin embargo, el panorama que se configura está ya exigiendo un salto de calidad en orden a la adecuada formación de la niñez y la juventud. Y esto, en una sociedad libre, no puede obtenerse si no es mediante la responsabilidad profesional, el estímulo de la iniciativa y la congrua retribución de quienes se interesan y se

esfuerzan lealmente. Se impone pues la necesidad de desarrollar la capacidad de análisis y discernimiento, la educación en las virtudes, la dedicación generosa, la disciplina, la participación de los padres en la educación de sus hijos.

Queridos maestros: Como profesionales de la educación y como hijos de la Iglesia católica sois conscientes de que conseguir unos objetos elevados o dependen sólo de los sistemas pedagógicos. El mejor método de educación en el amor a vuestros alumnos, vuestra autoridad moral, los valores que encarnáis. Este es el gran compromiso que asumís, antes que nada, ante vuestra conciencia. Sabéis que no podéis transmitir a vuestros alumnos una imagen desprecionante del propio país, debéis enseñarle a amarlo fomentando también aquellas virtudes cívicas que eduquen a la solidsridad y al legítimo orgullo de la propia historia y cultura.

Antes de terminar, quisiera expresar ante vosotros una convicción y una esperanza.

La convocación es que la Iglesia mira con segura confianza a la cultura mexicana, lo mismo que a las demás culturas de América Latina. Los valores humanos y cristianos presentes en este Continente están llamados a liberar todo ese potencial civilizador que aún no se ha manifestado plenamente. Por eso, la Iglesia movida por su vocación de servicio al hombre- se siente comprometida a promover y fortalecer esa identidad.

La esperanza es que llegue definitivamente a su ocaso el prejuicio de que la Iglesia es un factor de freno cultural y científico. Los hechos vienen a dementir tales acusaciones. Basta recordar la secular labor educativa de los instituciones religiosos y eclesiásticas , desde la primera evangelización hasta nuestros días. Pero me exhortacion de hoy a vosotros, maestros católicos, es: ¡ abrid a Cristo el mundo de la enseñanza ! De modo firme y paciente hay que ir mostrando como en Cristo encontramos plenamente todos los verdaderos valores humanos, y cómo ésta en El el sentido de la historia, encaminada a la unión personal y comunitaria de todos con el Dios Uno y Trino.

(Saludo a la pablación y a los Maestros de Mexico; Aguascalientes. Nos. 141- 149).

La misma Iglesia os recuerda en tantas ocasiones el deber que tenéis de educar a vuestros hijos, no sólo en lo cultural y social, sino tambien en la fe y en la vida cristiana, de las virtudes humanas y cívicas (cfr. Lemun gentium, 35 y 41).

Es cierto que en la educación de los hijos contaís con la colaboración de otras personas: los maestros en las escuelas, los sacerdotes de vuestras parroquias, las

catequistas. Pero no olvidéis nunca que vuestros hijos, meditando con ellos la palabra de Dios, acompañandolos en la Eucarístia y en los demás sacramentos, llegareis a ser plenamente padres: habréis conseguido engendrarles no sólo a la vida corporal, sino tambien a la vida eterna en cristo.

La familia a de ser tambien el ámbito donde los jóvenes sean educadores en la virtud de la castidad. Ella a de ser la primera escuela de vida para los hijos, preparandólos para la responsabilidad personal entodos sus aspectos, incluso los que se refieren a los problemas de la sexualidad. La educación para el amor como don de si mismo, es primisia indispensable para una educación sexual clara delicada que los padres están llamados a realizar.

Dios ha querido que el don de la vida surja en esa comunidad de amor que es el matrimonio, y quiere que los hijos conozcan la naturaleza de ese don en el clima del amor familiar. Los padres cristianos tiene el derecho y el deber de formar a sus hijos tambien en ese aspecto. Es lógico que, incluso en este campo, reciban la ayuda de otras personas. Pero la Iglesia recuerda la Ley de la sabiduria, que la escuela o culauier otra entidad debe observar tambien cundo coopera con los padres en la educación sexual de modo que sea impartida de acuerdo con el espíritu querido por los pobres (cfr., Familiaris consortio, 37).

PASTORAL DE SATUARIOS

San Juan de los Lagos angelus.

Mis queridos hoijos de San Juan de los Lagos y de las demás regiones del país que han acudido a este santuario mariano: Los saludo con inmensa alegría y les agradezco con todo mi corazón su caroñoso recibimiento en este lugar donde ustedes veneran a la virgen María, en su advocación de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, que ha enjugado tantas lágrimas de todos sus hijos, desde que Fray Miguel de Bolonia la trajo para consuelo de los nativos de estos lugares, hasta nuestros días.

A ella, Reina del Cielo y Reina nuestra, saludémosla hoy con las palabras de la invocación " Regina Coeli " .

" ¡ Reina del Cielo, alégrate, alelauya ! " .

Con esta expresión del gozo la Iglesia se dirige a la Virgen María durante todo el periodo pascual en el que celebramos la presencia del Señor Resucitado y la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés.

¡ Alegrate ! lo repetimos a la Virgen Madre, con el eco mismo de las palabras del Arcangel Gabriel en la

Anunciación, cuando la Virgen de Nazaret recibió el mensaje de haber sido elegida para ser la Madre del Redentor.

" ¡ Reina del cielo, alégrate, aleluya !"

Toda la Iglesia participa de la alegría de la Virgen María por la resurrección de su Hijo, después de haberla contemplado traspassada de dolor al pie de la Cruz y llena de esperanza en la autora de la Resurrección.

La tradición de la Iglesia asocia el misterio del parto virginal de María al misterio de la resurrección gloriosa de Jesús. Intacta quedó la Virgen Madre en el nacimiento del Hijo de Dios. Intacto quedó el sepulcro al salir de él, recitado y triunfante, Cristo el Señor.

La resurrección del Hijo es el gozo de la Madre y la alegría de toda la Iglesia.

Sí, Alégrate, Virgen María, Porque el Señor al que has merecido llevar en tu seno, ha resucitado según su palabra. Esa palabra que tú conservaste con fe y amor hasta "el tercer día."

He querido peregrinar hasta el Santuario de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, en esta mi segunda visita pastoral a Mexico, para venerar a la Virgen María que aquí, como en Guadalupe, ha acompañado las primicias de la evangelización en la tierra mexicana. El fervor multitudinario de los peregrinos que ecuden a Ella, especialmente desde el estado de Jalisco, de prueba del efecto final que todos tienen a la Virgen, venerada aquí en su imagen desde el siglo XVI, y que ha hecho del santuario de San Juan de los Lagos uno de los centros de piedad mariana más importantes de toda la nación.

La imagen de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos tiene el encanto de las cosas sencillas, como sencilla fue la vida de la Virgen de Nazaret. Una imagen hecha de material humilde por los artesanos de estas tierras; pero labrada con inmenso amor y fruto de luminosa fe; y que, a la vez, posee el misterio de la grandeza misma de la Virgen, en la que Dios hijo maravillas, desde su inmaculada Concepción hasta su gloriosa Asunción a los cielos.

Estamos ante una imagen que podríamos llamar "resucitada", porque fue recatada de un periodo de olvido y restaurada para gozo y consuelo de los hijos de estos lugares. El mismo tiempo, es como una imagen "resucitadora", pues a su poder milagroso le atribuye la tradición el portento de haber vuelto a la vida una niña humilde.

María, la Madre del Resucitado, es la madre de la vida. En su seno floreció Jesús que es " vida del mundo", y al calor de su intercesión maternal nace y crecen y

crecen los hijos de Dios, desde las aguas bautismales hasta en ingreso en la vida sin ocaso, que es la gloria del cielo.

¡ Con cuanto amor cuida la Virgen de la vida de todos sus hijos !

La vida natural y la vida sobrenatural están bajo su protección y amparo maternal. Por eso, Ella se preocupa también de acercarnos a las fuentes mismas de la vida, a la gracia de los sacramentos; en definitiva, nos acerca a Jesús Resucitado, que ha venido para darnos vida en abundancia y hacernos partícipes de su resurrección gloriosa.

" ¡ Reina del cielo, alégrate, aleluya !"

Con todos los hijos de esta diócesis de San Juan de los Lagos, presididos por su pastor, en este santuario mariano que es también la casa y hogar de esta Iglesia local, te decimos, ¡ Alégrate, Virgen María, porque Cristo tu hijo ha resucitado!

¡ Oh Virgen limpia de toda mancha, Madre de la vida ! te pedimos que protejas a todos tus hijos de esta Iglesia de San Juan de los Lagos y de todo Mexico, que en filial devoción imploran tu intercesión ante el Señor Resucitado, primicia de nuestra resurrección y esperanza de nuestra gloria futura.

(Regina Coeli; San Juan de los Lagos, Jal. Paginas 47-49).

Y María recibe en la anunciación esta Buena Noticia para luego comunicarla a los demás; en efecto, apenas recibido el mensaje del señor se dirige a una ciudad de Judá, para llevarlo a Isabel supariante y proclamar las maravillas del Dios en quien ella ha puesto su fe: " Engrandece mi alma al Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador ". (Lc 1,46-47).

Este mismo Dios que en el nuevo testamento se nos revela Uno y Trino, se nos ha manifestado en la humanidad de su Hijo Jesucristo, concebido en las entrañas de María. Evangelizar es, en primer lugar anunciar a Jesucristo: su vida y doctrina, sus valores y opciones, su muerte y resurrección por nosotros. En su predicación y en sus acciones descubrimos lo que significa que Dios es el único Señor, porque todo el misterio de Jesús, sus enseñanzas, sus milagros, su vida, están al servicio del Reino y Señorío de Dios.

Él predicó el Evangelio a los pobres, a los faltos de esperanza, a los pobres, a los pequeños que no tenían voz, a los marginados, a los pobres, a los pecadores, a los considerados impuros en su tiempo como los leprosos, a los paralíticos y ciegos, y en general a todos las personas que necesitaban ser liberadas de algún mal. "el tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras

enfermedades"(Mt 8,17) y nos enseñó que la condición para ser su discípulo es seguirlo.

Queridos hermanos y hermanas, pido a la Madre de Nuestro Señor Jesucristo y Madre nuestra, a la que invocáis con la advocación de Guadalupe, y que fue la primera mujer que recibió el mensaje del Evangelio para anunciarlo a los demás, que se la "estrella de la evangelización" que os guíe en el fiel cumplimiento de esta misión que el Señor os encomienda.

(Homilía. V Centenario de la Evangelización. Veracruz Nos. 128-130y 138).

PASTORAL DE LOS M.C.S.

Un medio privilegiado, como bien sabéis, para la difusión del 501 mensaje cristiano son los medios de comunicación social. Así lo quiso poner de relieve el concilio Vaticano II cuando exhortaba a los Obispos a " aprovechar la variedad de medios de que se dispone en la época actual para anunciar la doctrina cristiana" (Christus Dominus, 13); y, entre ellos, señalaba " la prensa y los varios medios de comunicación social de que es menester usar a todo trance para anunciar el Evangelio de Cristo" (ibid.).

Estas palabras del documento conciliar, promulgado hace veintiséis años, tienen hoy una mayor actualidad se cabe. En efecto, sois muy conscientes de la necesidad en nuestros días de usar de los "mass medis". Para que el mensaje de Cristo llegue a todos ambientes y la Iglesia esté más presente entre los hombres. Por otra parte, vuestra responsabilidad pastoral ha de llevarnos a estar vigilantes y a formar a los fieles para que sepan usar dichos medios con inteligencia, pues no es infrecuente que en ellos se difundan también ideologías y modelos de vida contrarios a la fe y a la moral católica.

Por todo ello, os invito a hacer un esfuerzo para que el mensaje del Evangelio y los valores que éste encarna se hagan cada vez más presentes en los medios existentes en el país en la medida de lo posible. La Iglesia pueda contar también con sus propios medios de comunicación social, en los que colaboren competentes e íntegros profesionales cristianos.

Discurso a los Obispos de México. (Cuautitlán. Nos. 501-503).

AGENTES SACERDOTES

Amadísimo en el Señor, la vocación sacerdotal es un don incomparable para toda la Iglesia, y vosotros habéis sido elegidos para ser, en la comunidad eclesial, signo personal y sacramental de la presencia de la acción

salvífica y del amor del Buen Pastor, "para edificación del Cuerpo de Cristo" (Ef 4,12).

Con palabras de San Pablo, también yo " os exhorto a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados" (Ef 4,1). esta elección es para siempre. Es una opción de amor, fuente de vuestra alegría y de vuestra identidad. Me uno, pues, a vuestro gozo, que es también el gozo de todo el pueblo de Dios, porque sois amados y elegidos para siempre.

El don del sacerdocio es una opción por el amor: " Como en Padre em amó, yo también os he amado a vosotros" (Jn 15,9), dice el Señor. El amor que os tiene Cristo arranca eterno entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por eso se manifiesta con una máxima expresión: "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13).

Jesucristo es el Hijo amado del Padre enviado al mundo, "en la plenitud de los tiempos, nacio de mujer" (Gál 4,4), para amar y salvar al mundo. El sacerdocio mesiánico de Cristo nace de este amor y voluntad salvífica de Dios. Cristo es el Sacerdote eterno y de su sacerdocio participamos todos. El ofreció el único sacerdocio, el de la cruz, que se perpetúa entre nosotros por medio de la eucaristía. De este sacerdocio y sacrificio, como donación total, habla Jesús a los Apóstoles en el Cenáculo: "Nadie tiene mayor que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13).

Nosotros nos hemos reunido aquí para contemplar con los ojos de la fe este amor tan grande. No obstante nuestra debilidad humana nos unimos al sacrificio de Cristo Sacerdote eterno. Y nos unimos a él con humildad y confianza, puesto que hemos sido llamados a participar de modo especial en este sacerdocio y a ofrecer este sacrificio de la Nueva Alianza-bajo las especies de pan y vino, a semejanza del sacrificio de Melquisedec (cfr. Sal 110,4; Heb 5,5-6)- que Cristo dejó como Testamento de amor a su Iglesia.

Para cada uno de vosotros, queridos hijos y hermanos, ha llegado ya el momento en el que os vais a convertir en "sacerdotes del Señor", puesto que, como presbítero, " sereis ministros de nuestro Dios" (Is 61-6).

Las palabras que Jesús pronunció en la Última Cena se cumplen también ahora mismo entre nosotros. Porque es el mismo Jesús quien os dice con amor: "Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando" (Jn 15,14).

"Vosotros sois mis amigos... A vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn 15,14-15). Acoged, pues,

queridos hijos y hermanos, esta llamada, que es una declaración de amistad profunda y eterna. Sois sus amigos, confidentes suyos, hechos partícipes de su misterio, con el fin de prolongar en su nombre, "in persona Christi", su misma misión. Por este se os puede llamar a cada uno, en cierto modo "alter Christus". No olvidéis nunca el origen de este amor, de donde procede la llamada y la misma existencia sacerdotal, que es vocación para servir a ejemplo de Cristo.

El don del sacerdocio es iniciativa del Señor. "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros" (Jn 15,16). Efectivamente, Jesús "llamó a los que él quiso" (Mc 3,13); y El sabe muy bien a quienes y por qué los ha elegido (cfr. Jn 13,18). Si la vocación, la consagración y la misión sacerdotal, en todos sus grados, son un don suyo, ello significa que hay que pedir y recibir el don tal como es, ¿Y cómo es el don que el Señor os ofrece a vosotros?

Por el evangelio sabemos que Cristo llamó a sus apóstoles " para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar " (Mc 3,14). El don del sacerdocio nos hace partícipes del mismo ser o consagración, de la misma misión y de la misma vida de Cristo Sacerdote y Buen Pastor.

Cuando Jesús se presentó en la sinagoga de Nazaret leyó y se aplicó a sí mismo el texto de Isaías, que también nosotros hemos escuchado hoy: " El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres de la buena nueva " (Lc 4,18; cfr. Is 61,1). Jesús es, pues, el consagrado y el enviado. De esta consagración y misión hace partícipes a sus Apóstoles y a cuantos en el discurso de la historia de la Iglesia habrá de recibir, como vosotros, la imposición de las manos (cfr. 2 Tim 1,6).

Asimismo el don que recibéis es existente, como lo es el amor que Cristo os lo concede. En la entrega sacerdotal no puede haber regateos ni ahorro de esfuerzo. Estáis llamados a la santidad y al apostolado con el ardor y dedicación de los mismos Apóstoles.

La gracia y el carácter que se reciben en el sacramento del Orden no solamente exigen santidad y entrega, sino que se hacen posible. Si se participa en el ser y en la misión de Cristo, es para participar también en su estilo de vida. El don del sacerdocio se recibe para vivir en sintonía con Cristo, cumpliendo como él, el encargo o mandato salvífico del padre. (cfr. Jn 15,10: Jn 10, 18).

El don del sacerdocio se reaviva continuamente en la caridad del Buen Pastor: "Permaneced en mi amor"(Jn 15,9). Y ¿cómo es este amor de Cristo? "

Hastadad la vida por sus amigos" (Jn 15, 13). Así lo había dicho el Señor cuando se presentó como Buen Pastor: " Yo doy mi vida por mis ovejas"(Jn 10, 15).

Por eso el sacerdote debe ser siempre " el hombre de la caridad ". " Como Pastor de la grey de Cristo, él no puede olvidar que su maestro ha llegado a darla propia vida por amor. A la luz de este ejemplo, el sacerdote sabe que ya no es dueño de sí mismo, sino que se debe dar todo a todos, aceptando cualquier sacrificio vinculado con el Amor" (Meditación dominical a la hora del Angelus, 18 febrero 1990).

Este aspecto esencial del sacerdote tiene valor permanente. Por el hecho de ser signo del Buen Pastor, para prolongar su palabra, su sacrificio, su acción salvífica, es una llamada a vivir en sintonía con el sentir y el actuar de Cristo. Por esto, la espiritualidad específica del sacerdote es " la ascesis propia del pastor de almas" (Presbyterorum Ordinis, 13). Sólo así será un " instrumento vivo de Cristo Sacerdote" (Ibid.,12).

Toda la vida del sacerdote ha de ser un testimonio de cómo amaba el Buen Pastor, el cual vivió pobre para manifestar que se daba a sí mismo; fue obediente a los planes salvíficos del Padre porque no se pertenecía a sí mismo; fue casto porque quiso compartir esponsalmente nuestra existencia para hacer de toda la humanidad una familia de hermanos y una ofrenda a Dios.

El don del sacerdocio se vive en la perseverancia: "Os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca" (Jn 15, 16).

Sí, queridos hermanos, el don del sacerdocio será garantía de vuestra perseverancia si sabéis "avivarlo" continuamente (cfr. 2Tim 1,6), siguiendo las indicaciones y medios concretos que han recordado el Concilio Vaticano II, así como los documentos postconciliares. Porque vais a ser predicadores de la palabra de Dios, necesitáis profundizar continuamente esta palabra en momentos fuertes de oración personal y de estudio. Porque vais a celebrar los misterios del Señor, necesitáis vivir los mismos, especialmente en la celebración eucarística, en la liturgia de las horas y en el sacramento de la reconciliación. Porque tenéis que guiar a la comunidad cristiana y a cada creyente por el camino de la santidad, necesitáis vosotros mismo aspirar ardientemente a ella.

El don del sacerdocio se vive en una intensa comunión eclesial: "Lo que os mando es que os améis los unos a los otros" (Jn 15,17). La unidad que Jesús quiere para toda su Iglesia, y de modo particular para los sacerdotes, está basada en el mandato del amor,

como reflejo de la unidad entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por esto el Señor pide intensamente al Padre un claro testimonio de unidad en sus discípulos: "Que sean uno como nosotros somos: Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado" (Jn 17, 22-23).

El Sacerdote, juntamente con su Obispo y con los demás sacerdotes del Presbiterio, será agente de unidad en la comunidad eclesial en la medida en que él mismo viva esta comunión. Como enfatiza el Concilio Vaticano II: "La fidelidad a Cristo no puede separarse de la fidelidad a la Iglesia" (Presbyterorum Ordinis, 14). En efecto, en medida en que el sacerdote viva la realidad de la Iglesia como comunión, hará efectiva la misión de la Iglesia y descubrirá también la realidad de la misma Iglesia como misterio.

¿Como me gustaría seguir reflexionando con vosotros sobre estas facetas maravillosas del don del sacerdocio que hoy recibís! En mis cartas con ocasión del Jueves Santo, desde el inicio de mi Pontificado, he ido exponiendo la doctrina sacerdotal que se encuentra en los documentos conciliares y especialmente en la Escritura y en la Tradición de la Iglesia. El misterio de Cristo Sacerdote, que se prolonga en inabarcable; por ello nuestras reflexiones y meditaciones son sólo un destello de lo que el Señor mismo os irá comunicando si sois fieles. En efecto, a Cristo le encontraréis en la medida en que le améis. Así nos lo ha dicho él mismo; "Si alguno me ama, yo me manifestaré a él" (Jn 14,21).

Hermanos e hijos: ¿vosotros sois los sacerdotes de la última década del Segundo milenio! ¿Vosotros sois los sacerdotes de una nueva etapa de esperanza para México! Sed siempre testigos de la verdad, de la justicia, del amor, especialmente hacia los más necesitados. Vuestra vida sacerdotal es una exigente vocación de servicio, de entrega, de dedicación plena a la obra de la nueva evangelización de México.

Una sociedad, como la nuestra, que tiene de al materialismo de la vida, mientras por otra parte siente ansia de Dios, necesita testigos del misterio. Una sociedad que está dividida, sintiendo al mismo tiempo las ansias de unidad y solidaridad, necesita servidores de la unidad. Una sociedad que olvida frecuentemente los auténticos valores, mientras pide autenticidad y coherencia, necesita signos vivos del evangelio.

¡México necesita sacerdotes! ¡México necesita hombre de Dios que sepan servir sus hermanos en la cosa de Dios! ¿Seréis vosotros de eso hombre? El Papa, que os ama entrañablemente, así lo espera. ¡Sed los santos sacerdotes que necesitan los mexicanos y que

anhela la Iglesia! ¡Que nuestra señora de Guadalupe os acompañe siempre por los caminos de la nueva evangelización de América! Así sea.

(Homilias. Santa Misa con Ordenaciones Sacerdotales; Durango. Nos. 264-287, 291).

Sean pues mis palabras, en primer lugar, un testimonio de honda gratitud por la preciosa y abnegada labor con que anunciáis la palabra de Dios, administráis los sacramentos, daís testimonio de castidad, pobreza y obediencia por amor a Cristo y lleváis ayuda y consuelo a los más necesitados. Gracias además por vuestro trabajo pastoral en el campo de la educación, de la salud, de las vocaciones, de la promoción humana; de esta manera hacéis vico y operante en el mandato del Señor de Evangelizar a toda la gente (cfr. Mt. 28,19).

Nuestro encuentro de hoy es una ocasión excepcional para recordar a aquellos esforzados misioneros que, bajo la mirada maternal de la Santísima María de Guadalupe, evangelizaron estas tierras mexicanas mediante su abnegada labor como testigos del Evangelio. Al igual que ellos ayer, los sacerdotes del México de hoy habéis asumido la enorme responsabilidad de hacer presente el reino de Dios, con vuestra vida y con vuestro servicio al Señor y a los hombres, "para ofrecer dones y sacrificios por los pecadores" (Heb 5,1). Así como ellos tuvieron que afrontar creativamente el reto de lo que hoy denominamos "evangelización constituyente" (Puebla, 6), así también vosotros hoy tenéis delante un nuevo gran desafío; la nueva evangelización.

Mirando la realidad de vuestros pueblos, la conciencia cristiana se siente espoleada por la urgencia de entregarse a un nuevo proceso evangelizador. No faltan, ciertamente motivos de preocupación ante la presencia de determinados factores que obstaculizan la acción de la Iglesia y dificultan la transmisión de la fe a las nuevas generaciones.

En efecto, una secularización cada vez más penetrante aleja de la conciencia de los hombres la referencia a su destino trascendente. El agnosticismo, presente en muchos, lleva a buscar infructuosamente toda clase de sucedáneos. Contemporáneamente, la disminución de la asistencia a las celebraciones de los misterios cristianos y la no suficiente atención a las manifestaciones de la auténtica piedad popular debilitan la necesaria y activa participación del creyente en la vida comunitaria. En este sentido, estamos asistiendo a la difusión de un modo intimista de concebir la fe, que olvida o posterga la proyección social del Cristianismo, a la falta de una mayor solidaridad con

los que sufren y de un más decidido compromiso-no ideológico sino evangélico-con los más pobres, sin excluir a nadie; a un consumismo que extiende cada vez más su presencia en muchos hogares y familias, poniendo el afán de poseer por encima de todo; a un proselitismo creciente de nuevos grupos religiosos que incluso ponen en peligro la identidad católica de México.

No constituyen tampoco una ayuda para superar tales situaciones, ciertos signos de deterioro en la disciplina de la vida eclesial y respecto a la legislación canónica sobre la vida sacerdotal y religiosa ciertas actitudes en el campo de la moral, así como conflictuales concepciones de la libertad y de determinadas formas erradas de entender la opción por el pobre (cfr. *Libertatis nuntius*, passim).

Ante tal panorama urge, pues, que vosotros-que habéis hecho la opción radical de seguir a Jesús, el Buen Pastor (cfr. Jn 10,11)- en fidelidad al magisterio de la Iglesia, colaboréis incondicionalmente con nuestros Obispos de manera intensa en las tareas de la nueva evangelización.

Para llevar a cabo dicha tarea, se hace necesario por parte de todos profundizar y corroborar más y más la conciencia eclesial. Como sacerdotes, debéis estar dispuestos a dar con vuestra vida y con vuestros actos públicos un constante testimonio de amor a la Iglesia, de íntima comunión con vuestros Obispos- de quienes sois insustituibles colaboradores-y de compromiso con la misión a la que habéis sido llamados "in persona Christi" (cfr. *Presbyterorum, Ordinis*, 2,7).

Vuestra primera y gran responsabilidad ante el pueblo fiel es la de ser y mostraros sacerdotes irreprochables en el seguimiento de Cristo pobre, casto y obediente. México es un país de genuina tradición religiosa, cuyo pueblo es muy consciente de la dignidad del sacerdote. En vosotros esperavamos siempre el modelo que les guíe y que se entregue con la generosidad de quien se ha consagrado al Señor en una vida de celibato, que le debe de capacitar para dedicarse indivisamente a la misión que se le ha confiado (cfr. *Presbyterorum Ordinis*, 16).

Sois también servidores de la palabra (cfr. *Presbyterorum Ordinis*, 4). A tan alta responsabilidad corresponde la coherencia interna del ministro que debe buscar siempre el bien de aquellos a quienes sirve, transmitiendo fielmente la verdad íntegra del Evangelio. El servidor de la Palabra "no vende ni disimula jamás la verdad por el deseo agradar a los hombres, de causar asombro..."(cfr. *Evangelii nuntiandi*, 78). El sacerdote

no debe servirse de la palabra de Dios para la realización de sus propios proyectos, ni siquiera- con supuesta buena intención - para ayudar el cambio de una buena intención- para ayudar al cambio de una situación, desde su propia visión personal. El sacerdote debe acercarse humildemente a la palabra que da vida y debe escucharla atentamente; acogerla en su corazón para meditarla, como María, la Madre del Señor (cfr. Lc. 2,19); hacerla parte de su propia vida y así anunciarla con fidelidad plena.

Como la Iglesia es signo de unión entre los hombres y Dios (cfr. *Lumen Gentium*, 1), y de los hombres entre sí, el sacerdote que recibe su misión de la misma Iglesia- es un hombre llamado a ser artífices de comunión (cfr. *Presbyterorum Ordinis* 3,8-9,15).

¿ Qué tarea tan importante es trabajar por la comunión ? La Iglesia fue instituida por el salvador para salvar y servir a la humanidad entera. Por eso, de vuestra actividad ministerial nadie debe quedar excluido. Cuando la Iglesia habla de opción preferencial por los pobres, lo hace desde la perspectiva del amor universal del Señor, que precisamente manifestó su preferencia por aquellos que más lo necesitaban. No es una opción ideológica; ni tampoco es dejarse atrapar por la falaz teoría de la lucha de clases como motor de cambio en la historia. El amor por los pobres es algo que nace del Evangelio mismo y que no debe ser formulado ni presentado en términos conflictivos.

En efecto, para salir al paso de reduccionismos inaceptables es imprescindible poner de relieve que este amor por los pobres, los marginados, los enfermos y los más necesitados de todo tipo, no es exclusivo ni tampoco excluyente (cfr. Puebla 1165). Jesús ha nacido, padecido, muerto y resucitado por todos los hombres. Él ha venido a proclamar la filiación divina con el Padre, así como la fraternidad entre todos los hombres, llamados a ser hijos en el Hijo (cfr. *Gaudium et spes*, 22). Nada, pues, más ajeno a quien está llamado a actuar "en la persona de Cristo", que reducir el alcance universal de su misión y de su amor (cfr. *Presbyterorum Ordinis*, 6).

El mundo de hoy es testigo de la crisis ideológica de aquellos que ofrecían una sociedad nueva y proclamaba un hombre nuevo, sin reparar que era a costa de la libertad de la persona. Las legítimas aspiraciones del hombre han puesto en tela del juicio ideologías y sistemas que, negando toda trascendencia, pretendían satisfacer con sucedáneos los anhelos del corazón humano por los valores más elevados. La misma evolución de los acontecimientos ha demostrado

que los valores auténticamente humanos de justicia, paz, felicidad, libertad, amor, no hacen sino potenciar el deceso de infinito, el ancia de Dios. "Fecisti nos, Domine, ad te et inquietum est cor nostum donec requiescat in te", nos recuerda San Agustín. Por eso, cuando el mundo empieza a constatar los inequívocos fracasos de ciertas ideologías y sistemas, resulta aún más incomprensible que algunos hijos de la Iglesia en estas tierras - movidos a veces por el deceso de encontrar soluciones rápidas persistan en presentar como viables unos modelos cuyo fracaso es patente en otros lugares del mundo.

Vosotros, como sacerdotes, nos podéis involucraros en actividades que son propias de los fieles laicos. Si bien, por vuestro servicio a la comunidad eclesial, estáis llamados a cooperar con ellos ayudándolos a profundizar en las enseñanzas de la Iglesia.

(Encuentro con los sacerdotes, Religiosos, Religiosas, Seminaristas y Laicos comprometidos; Tlanepantla. Nos. 509, 511-523).

AGENTES RELIGIOSOS

Quiero dirigirme ahora en particular a los religiosos y religiosas, parte selecta del Pueblo de Dios en la obra evangelizadora de ayer, de hoy y del mañana. Vosotros habéis sido llamados a dar testimonio de la presencia de Cristo entre los hombres, asumiendo sin reserva el espíritu racial de la bienaventuranzas. Como miembros de la Iglesia con vocación de consagración peculiar, sois conscientes de que vuestro testimonio de vida comunitaria constituye ya de por sí un " medio eficaz de santificación " (Evangelii nuntiandi, 69). Por consiguiente, sentios gozosos de ser para los demás la imagen trasparente de Cristo, irradiando por doquier el amor y la alegría de haber sido llamados a hacer vida los valores del Reino en su densidad escatológica.

La oración, la vocación a la santidad, los consejos evangélicos de la pobreza, castidad y obediencia han de ser, queridos religiosos y religiosas, el eje en torno al cual gire toda vuestra vida. Por ello debéis, ante todo, renovar vuestra conciencia de consagrados día a día, pues cuanto mayor es el ritmo de la actividad y mayor es la inserción en el mundo, tanto más necesaria es la serena reflexión sobre la naturaleza y las características propias de la misión a la que que estáis llamados. No estéis inmunes de las presiones de una concepción secularista o consumista de la existencia. La fidelidad a vosotros mismos y a la llamada del Señor debe movernos a ser incansable en el discernimiento

espiritual, así como en el examen cotidiano de vuestros actos, para que vuestra acción de servicio esté siempre encaminada hacia el bien.

Muchos de vosotros participáis de una manera intensa en la tarea de evangelizar la cultura. Hoy se ve cada día más claramente la importancia de tales labores al servicio del Reino de Dios.

En vuestras actividades como educadores debéis poner sumo cuidado en mostrar siempre una indefectible fidelidad a la Iglesia. Las enseñanzas del Magisterio no sólo deben mereceros una adhesión formal, sino también iluminar vitalmente el mensaje concreto del que sois portadores. No faltan hoy, por desgracia, exageraciones y errores ampliamente difundidos; Por esto mismo habéis de estar muy atentos a desplegar vuestra labor educativa en plena sintonía con las orientaciones de vuestros Obispos, que son Maestros de la verdad (cfr. Discursos inaugural en Puebla, 1). A este respecto, deceso recordamos el mensaje que dirigí al Episcopado Mexicano y a los Superiores y Superiores mayores de los Religiosos de México, con acasión de la Asamblea General de octubre pasado: "La naturaleza misma de la Iglesia que es misterio de comunión, exige que entre los Pastores de la Iglesias Particulares y los religiosos exista una estrecha colaboración que evite posibles magisterios paralelos y también programas pastorales que no reflejen suficientemente esta comunión y unidad" (27 octubre 1989). Como personas consagradas, estáis llamados a ser, junto con vuestro Pastores, servidores de la unidad del Pueblo de Dios. Todo esfuerzo realizado, en nombre del amor y la fraternidad, por construir comunidades cristianas solidarias y reconciliadas en una preciosa aportación a las tareas de la renovada evangelización a la que el Papa viene convocando a toda la Iglesia en América Latina.

Estad pues atentos a no aceptar ni tampoco a dejaros imbuir por visiones conflictiva de la existencia humana ni por las ideologías que propongan el oído de clases o la violencia, incluso cuando pretendan encubrirse bajo epígrafes teológicos (cfr. Libertis nuntius, XI). Por el contrario, buscad en el tesoro del evangelio todo aquello que une a los hombres, y trabajad incansablemente para que cuando constituye motivo de rencilla o enemistad sea superado por el mensaje de amor que nos muestra las palabras y los hechos de Jesús.

¡ El Papa confía en vosotros, queridos religiosos y religiosas de México ! ¡ El Papa espera que con vuestro incomparable entusiasmo os entreguéis generosamente a la nueva evangelización ! ¡ Que bendición para

Mexico si todos sus consagrados renovasen cotidianamente su compromiso de llevar el evangelio a todos los rincones de esta acagadora tierra, a todos sus habitantes !.

Intimamente participes de esta misión y compromiso, desde la vida silenciosa y austera del claustro, se sienten las religiosas contemplativas, a quienes deo ahora dirigir mi saludo de particular afecto y aprecio. " En este cuerpo Místico que es la Iglesia, vosotros también habéis elegido ser "El corazón", os decía en mi mensaje del 12 de diciembre pasado, fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe.

¡ La Iglesia valora inmensamente la vida contemplativa ! El papa quisiera ver que en todo el mundo, y por supuesto en Mexico, aumenten los conventos y las vocaciones contemplativas. ¡Y es que el mundo está tan necesitado de oración! El mundo esta necesitado del testimonio de personas que, dejándolo todo, sigan radicalmente a Jesucristo.

(Encuentro con los Sacerdotes, Religiosos, Religiosas, Seminaristas y Laicos comprometidos; Tlanepantlan. Nos. 526-533).

AGENTES SEMINARISTAS

La presencia de tantos jóvenes seminaristas, esperanza de la Iglesia. Como aspirantes a la vida sacerdotal y religiosa, os aliento vivamente a dedicaros con generosidad y entusiasmo a vuestra formación. El ministerio sacerdotal al cual os sentís llamados exige de vosotros una sólida preparación espiritual, doctrinal y en virtudes humanas.

(Encuentro co sacerdotes, Religiosos, Religiosas, Seminaristas y Laicos comprometidos Tlanepantla. No. 534).

AGENTES LAICOS

El nombre de México evoca una gloriosa civilización que forma parte irrenunciable de vuestra identidad histórica. En nuestros días estamos viviendo momentos cruciales para el futuro de este querido país y también de este continente. Por ello es necesario que el cristiano, el catolico, tome mayor conciencia de sus propias responsabilidades y de cara a Dios y a sus deberes ciudadanos, se enpeñe con renovado entusiasmo en construir una sociedad más justa, fraterna y acogedora. Tratando de superar viejos enfrentamientos, hay que fomentar una creciente solidaridad entre todos los mexicanos, que les lleve a acometer con amplitud de miras un decidido compromiso por el bien común.

(Discurso de llegada al Aeropuerto de la Ciudad

de Mexico. No. 20).

El reconocimiento del culto, que desde hace siglos, se ha dado al laico Juan Diego, reviste una una impórtancia particular. En una fuerte llamada a todos los fieles laicos de esta nación para que asuman todas sus responsabilidades en la transmisión del mensaje evangelico y en el testimonio de de una fe viva y operante en el ámbito de la sociedad mexicana. Desde este lugar privilegiado de Guadalupe, corazón de Mexico siempre fiel, deseo convocar a todo el laico mexicano a comprometerse más activamente en la reevangelización de la sociedad.

Los fieles laicos participan en la funsión profetica, sacerdotal y real de Cristo (cfr. Lumen gentium, 31) pero realizan esta vocación en las condiciones ordinarias de la vida cotidiana. Su campo natural e inmediato de acción se extiende a todos los ambientes de la convivencia humana y a todo lo que forma parte de la cultura en su sentido más amplio y pleno. Como escribí en la Exhortación Apostolica Christifideles laici: "para animar cristianamente al orden temporal en el sentido señalado de servir a la persona y a la sociedad de los laicos de ningun modo puede abdicar de la participación en la política, es decir, de la multiforme y variada acción economica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover y variada organica e institucionalmente el bien común" (n. 42).

Hombres y mujeres católicos de Mexico, vuestra vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado (cfr. Apostolicm actuositatem, 3). No podeís, por tanto, permanecer indiferentes ante el sufrimiento de vuestros hermanos: ante la pobreza, la corrupción, los ultrajes a la verdad y a los derechos humanos. Debéis ser sal de la tierra y luz del mundo (cfr. Mt 5,13´14). Por eso el señor os repite hoy: " Brille asúí vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos ".

(Homilia. Misa de Beatificación en la Basílica de Nestra Señora de Guadalupe; Mexica. nos. 55-57).

Si, cada uno de vosotros, fieles que me escucháis en Durango y en todo Mexico, ha sido llamado personalmente por Dios; Ha sido elegido por El para ser santo. Esta afirmación es plenamente actual y debe encontrar hoy una nueva resonancia entre los fieles laicos (cfr. Chisti-fideles, laici,17). La santidad, hermanos míos queridísimos, la alcanza el cristiano brindondese a la gracia de Dios, viviendo en unión intima y profunda con la acción salvifica del Señor.

En el evangelio halla el programa de vida que corresponde a un hijo de Dios, miembro de la Iglesia católica. En la Eucaristía encuentra la fuerza para dar testimonio del amor que todo cristiano debe difundir a su alrededor: en la familia, en el trabajo, en la vida privada y en la vida pública.

Desde esta hermosa Iglesia catedral de Durango deseo dirigirme a los fieles laicos de esta arquidiócesis y de toda la República. Vosotros, amadísimos hermanos y hermanas, formáis parte de un pueblo que se ha destacado por su fe profunda, hondamente mariana, por su fidelidad a la Iglesia y por una especial vinculación espiritual a la persona del Sucesor de San Pedro. Esta singular fidelidad ha sido puesta a prueba muchas veces; pero, con la gracia de Dios y el auxilio de María, habéis convertido esas ocasiones en momentos de ulterior fecundidad para la vida eclesial. La historia del pueblo de Dios en México es rica en testimonios ejemplares de laicos que hicieron de sus vidas una manifestación elocuentes del amor de Dios y que, por ese mismo amor, no dudaron en dar lo mejor de sí cuando las circunstancias lo exigieron. El pueblo mexicano nunca debe olvidar su pasado, pues desde él ha de proyectarse al futuro.

En la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, dirigida a toda la Iglesia tras el Símbolo de los Obispos de 1987, quise tener de relieve el hecho de que "nuevas situaciones, tanto eclesiales como sociales, económicas, políticas y culturales, reclaman hoy, con fuerza más particular, la acción de los fieles laicos. Si el no comprometerse ha sido siempre algo inaceptable, el tiempo presente lo hace aún culpable. Ha nadie le es lícito permanecer ociosos" (n.3).

En este documento señalado tras factores que pueden servirnos para fijar mejor los desafíos de esta "magnífica y dramática hora de la historia" (Ibid.) En primer lugar el secularismo y la indiferencia religiosa que afecta ya no solo a los individuos, sino a comunidades enteras. Este fenómeno está incidiendo seriamente a los pueblos cristianos y reclama con urgencia una nueva evangelización. He aquí el primer gran desafío para los laicos: comprometerse activamente en hacer presente el mensaje del Evangelio en la sociedad de nuestro tiempo.

En segundo lugar mencionaba los atropellos de que es objeto la persona humana, lo cual es puesto de manifiesto por las frecuentes violaciones a que se halla sometido hoy en día, desde el nonato hasta los que viven oprimidos y marginados.

De aquí la enorme responsabilidad de los fieles

laicos de afirmar cada vez mayor fuerza la centralidad de la persona humana redimida por Cristo.

Por último, los antagonismos y conflictos que caracterizan buena parte de las relaciones en el mundo exigen que los laicos se conviertan en artífices de reconciliación y de paz.

Sembrad, pues, y difundid la paz de Cristo a vuestro alrededor. Así se os dará, como dice el evangelio, el nombre de nobilísimo de "hijo de Dios" (Mt 5,9). Esforzáos en errancar las raíces de los resentimientos, de los conflictos, de las enemistades. Promoved en cambio la justicia, en lo grande y en lo pequeño, en las instituciones, en el mundo profesional y laboral, en las familias, en la defensa de la dignidad de cada persona. La justicia es una virtud fundamental, que da a cada uno lo suyo; hono, buena fama, bienes temporales. Todos y cada uno hemos de sentirnos responsables de este lugar, buscando siempre el ser ecuanímenes, ponderados conscientes ante Dios de la trascendencia de esta responsabilidad.

(Saludo a los Fieles. Visita a la Catedral: Durango. Nos. 248.255).

Toda actividad, el trabajo y el descanso, la vida familiar y social, el ejercicio de vuestras responsabilidades políticas, culturales, económicas, han de tener como nervio esa actitud de amor y de servicio (cfr. *Lumen gentium*, 10). Viviendo así, vuestro corazón quedará transformado en un altar (cfr. San Agustín, *De ciuitate Dei*, X, 3), para ofrecer sacrificios gratos a Dios por mediación de Jesucristo. A la vez, seréis portadores de la paz y de la reconciliación. Allí donde un cristiano se esfuerza en amar como Cristo, se crea un clima de cordialidad, de afecto, de compromiso, de búsqueda serena y eficaz de la solidaridad y de la justicia.

(Homilía. Fidelidad a Cristo en la Iglesia; Villahermosa. Nos. 257).

El deseo de una mayor participación en la vida pública por parte de los ciudadanos de vuestro país lo habéis puesto de relieve en el Plan Global de la Conferencia del Episcopado Mexicano al decir: "Observamos avances en la conciencia cívico-política del pueblo y un despertar notable con fuertes anhelos de cambio hacia la democracia" (n.3). Tales signos de los tiempos han de impulsar también a los fieles laicos a un decidido compromiso para animar cristianamente el orden temporal, con el dinamismo de la esperanza y la fuerza del amor, sin arredrarse ante las exigencias de la vida pública.

(Discurso a los Obispos de México; Cuautitlán.

No. 429).

Aunque ya he tenido ocasion de dirigirme a los fieles laicos durante mi visita pastoral, no quiero dejar de expresar mi gozo ante la presencia de tan nutrida representación de los laicos particularmente comprometidos de la iglesia y de una sociedad más pacífica, justa y fraterna. En vosotros saludo a todos los fieles laicos de este noble país, tan rico en manifestaciones de autentico compromiso laical con la iglesia de Jesucristo. ¡Llevad mi saludo a todos los laicos de estas tierras, junto con mi aliento, mi confianza y mi bendición.

(Encuentro con los Sacerdotes, Religiosas, Seminaristas y Laicos comprometidos; Tlanepantla. Nos. 550-536).

SALUDO DE NUESTRO OBISPO A S.S. JUAN PABLO II EN EL ENCUENTRO DE LOS JOVENES

Al verlo entre nosotros, nos parece soñar, y nuestro júbilo estalla con las palabras del Salmista: ¡ Hoy el Señor se ha acordado de nuestra tierra ! ¡ Hoy el Señor ha estado grande con nosotros, por eso estamos colmados de alegría !

Santo Padre: ¡ Sed bienvenido! ¡ Os recibimos como el mejor regalo de Cristo y de María !

Hermanos: esta tierra y este Santuario Mariano han visto desfilar a través de las criaturas, a millones de peregrinos, pero hoy ha llegado un PEREGRINO que viene de lejos, a través del tiempo y del espacio: es PEDRO enviado por el Señor hace veinte siglos, a recorrer y evangelizar el mundo, y que hoy, en este día bendiro en la persona de su sucesor JUAN PABLO II, llega y pisa nuestra tierra para cumplir, entre nosotros, la misión divina que debe abarcar todos los pueblos y todos los siglos.

Santisimo Padre: Os esperabamos con ansia. Esta región, incluyendo las Diocesis vecinas, aquí representadas, se ha distinguido por la reciedumbre de su fe, por sus valores humanos y cristianos, y por su fidelidad a la iglesia Católica.

Pero vivimos tiempos difíciles y os necesitamos: Os necesitamos para consolidar nuestra fe sobre la ROCA que no puede ser derribada por las fuerzas del mal. Necesitamos VUESTRO MAGISTERIO VIVO E INFALIBLE para no perder el camino. Necesitamos VUESTRO SACERDOCIO SUPREMO que nos reconcilie y nos mantenga en comunión con Dios, y Os necesitamos como el Supremo Pastor que agrupe nuestras comunidades en el único Rebaño de Cristo.

Santo Padre: están aquí, como peregrinos, los jóvenes de México. En esta multitud alegre y generosa, están las fuentes de la vida que garantizan la perpetuidad de la patria, y en esta juventud, podeis contemplar la Iglesia del futuro.

Aqui estan, con todas sus ansias de vivir, buscando la plena realización de su destino. Estan en la encrucijada de los caminos. Entre cumbres y abismos, pero ardiendo en ideales que no logran apagar las acechanzas de una sociedad envejecida y corrupta que quiere envilecerlos y paralizarlos.

Santisimo Padre: los jovenes de Mexico siguen viendo en VOS al amigo que los comprende y al padre que los ama. Esperan de VOS palabras de orientación y aliento, y una solemne convocatoria que los agrupe y canalice todas sus ansias y energías, a la construcción de una Patria Nueva y un mundo mejor, según el Plan de Cristo.

Y, ya que habéis venido a San Juan como PEREGRINO, id delante de nosotros. Os seguiremos para que todos, un día, llegemos a la casa del Padre y al Santuario de María, en el cielo.

San Juan de los Lagos, Jal. Mayo 8 de 1990

José Trinidad Sepulveda Ruiz-Velasco
Obispo de San Juan de los Lagos.

TELEGRAMA DEL PAPA JUAN PABLO II A LA DIOCESIS DE SAN JUAN DE LOS LAGOS.

Mons. José Trinidad Sepúlveda Ruiz Velasco
Obispo de San Juan de los Lagos
Diana cinco
San Juan de los Lagos, Jal.

Concluidas las memorables jornadas vividas en esa amada nación donde ha recibido tantas muestras de adhesión y afecto, deseo expresar mi más viva gratitud a usted y a los demás hermanos en el episcopado, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de esa querida diocesis San Juan de los Lagos y de toda la región, mientras ruego al Señor que la entrañable celebración de fe y esperanza tenida en el venerado santuario, sea fermento y estímulo para una más intensa vida cristiana que se traduzca en testimonio de los valores evangelicos. En prenda de copiosos dones divinos les imparto cordialmente mi bendición apostólica.

IOANNEES PAULUS PP II.

EL PAPA NOS HA VISITADO

A todos los jovenes de la diocesis.

Hace algunos meses les escribí dándoles la gran noticia: " El Santo Padre nos visitará".

Ahora, llevamos y llevaremos hasta el fin de nuestra vida, la grande alegría: ¡ El Santo Padre ha estado en nuestra tierra!. ¡ Ha visitado, como peregrino, la bendita imagen de nuestra Reina y Patrona!. Nos ha bendecido a cada uno de nosotros aun a los que no pudimos estar presentes físicamente. Bendijo nuestras familias, nuestras comunidades y a toda nuestra diocesis.

La visita del Papa a San Juan fue seguida con gran atención en todo el país, porque se esperaba con especial interés su mensaje mariano y porque se sabía de antemano que su mensaje a la juventud sería uno de los más importantes de su visita a Mexico, ya que en los jovenes está el porvenir de la patria y de la Iglesia.

La forma como se realizo, a pesar de la limitaciones creadas por la falta de vias de comunicación y por las medidas de seguridad indispensables en estos casos, ha sido ampliamente comentada en manea positiva por los visitantes y por quienes la siguieron por el radio y la televisión. La prensa nacional y extranjera, en coincidencia unánime, ha hecho comentarios elogios. Esto, aunque debemos estimarlo en su justo valor, no debe dejarnos satisfechos, ya que nunca hemos considerado la visita del Santo Padre como una oportunidad de propaganda o lucimiento. Tan importante y único acontecimiento en la historia de nuestra Iglesia Diocesana, nosotros lo consideramos, desde el primer momento, como una gracia extraordinaria que nos concedia el Señor, por mediación de la Santisima Virgen, para impulsarnos a dar, en todos los niveles, frutos permanentes de salvación.

Con este objetivo, emprendimos todos los planes y todas las actividades de preparación.

El Santo Padre , en su visita, no nos defraudo: si en algunas partes celebró solamente una ceremonia, con nosotros celebros, en Catedral, el Acto Mariano y, en EL ROSARIO, la Misa Papal, manifestandonos con ello especial afecto y solicitud.

En una palabra, nos con concedió todo lo que esperábamos de El:

I.- Llegó como peregrino a visitar a Nuestra Reina y Patrona, para acompañar el camino de nuestra Diócesis "en Cristo y con María ".

II.- Nos dejo un hermoso mensaje mariano, y sus origenes pastorales.

III.- En la Celebración Eucarística, hizo un hermoso despliegue de su amor a la juventud, y lo vimos infatigable y feliz, cumpliendo su misión de Pastor y de Sembrador de la divina palabra.

IV.- Dejó el muy grato recuerdo de su amor a la Virgen, regalándole un rosaio y corondando su Imagen.

El Papa no defraudó a nuestra Diocesis, porque nos dio más de lo que esperábamos. Ahora, debemos poner todo nuestro empeño a fin de que no defraudemos nosotros al Papa, y este es el principal objetivo de mi carta: que que reflexionemos todos juntos y nos preguntamos: ¿ cuál debe ser nuestra respuesta a la visita del Papa?. ¿ Qué esperan de nosotros Dios, la Virgen y el Santo Padre?.

Yo me atrevo a dar la siguiente respuesta:

En primer lugar se nos pide que, de aqui en adelante, recibamos con humildad la Palabra de Dios que, como buena semilla, el Santo Padre ha venido a sembrar en nuestra patria. Debemos completar nuestra evangelización, estudiando y meditando todos los mensajes que el Santo Padre nos envió desde los distintos lugares que visitó.

En segundo lugar, ayudados por la gracia de Dios, debemos hacer que la semilla que hemos recibido, crezca y de frutos en nuestros corazones hasta lograr un verdadero cambio de vida. Que, dejando toda maldad, vivamos para la verdad, la justicia y el amor.

En tercer lugar que, siendo hombres nuevos, construyamos una sociedad nueva: más humana y más justa, donde sea posible la convivencia fraternal en el respeto y en la paz.

En fin, que como cristianos auténticos y

comprometidos, con más generosidad que nunca, edifiquemos el Reino de Dios que principia en esta vida y tendrá su culminación y plenitud en el Reino de los cielos.

Y, para asegurar en alguna forma que los frutos de la visita Papal sean algo estable, me ha parecido conveniente dar las siguientes disposiciones:

1a.- Que, lo más pronto posible, en cada una de las comunidades se celebre una Misa de Acción de Gracia por la visita del Papa y que las Asambleas Decanales próximas a celebrarse, incluyan esta misma intención.

2a.- Que se intensifique, de acuerdo de acuerdo con las reiteradas exhortaciones del Santo Padre y como está establecido en el objetivo de nuestro Plan Pastoral, la nueva evangelización, sobre todo entre los jóvenes.

3a.- Que, como fruto de esta evangelización, se haga más consciente e ilustrada la fe de nuestro pueblo, y se evite así la penetración de las sectas protestantes.

4a.- Que se insista en el compromiso que debe existir entre fe y vida para que la conducta de los católicos vaya de acuerdo con los que ellos profesan.

5a.- Que se despierte y se avive el deseo de servir a los demás, a compartir con ellos lo que somos y hemos recibido de Dios, por la entrega al apostolado, todo en las organizaciones diocesanas.

6a.- Que quede grabada en cada uno de nosotros, la inquietud por el bien temporal y espiritual de nuestros hermanos emigrados.

7a.- Y por último que, a ejemplo del Santo Padre, conservemos y acrecentemos el amor y la verdadera devoción a la Santísima Virgen para que, meditando como Ella la Palabra de Dios, encontremos en Cristo el camino, la Verdad y la Vida, y nunca dejemos de pedirle a ella que, ya que nos alcanzó con su intercesión la visita del Papa, nos obtenga también que los frutos de salvación en toda la Diócesis sean decisivos y permanezcan para siempre.

Pidiendo las oraciones de todos para que sea yo el primero en cumplir lo que recomiendo, imparto a todos mi bendición episcopal.

San Juan de los Lagos, Jal. mayo 16 de 1990.
J. Trinidad Sepúlveda Ruiz-Velasco.
Obispo de San Juan de los Lagos.

ACERCA DE LA EVALUACION DE LA VISITA DEL SANTO PADRE A SAN JUAN DE LOS LAGOS

Acercas de los avances al objetivo general se constataron, entre otros hechos, los siguientes:

- Participación en todos los niveles.
- Se fortaleció la solidaridad como expresión de la evangelización nueva.
- Se vivieron momentos como un verdadero pueblo de Dios.

Respecto al objetivo del evento:

- Sensibilización de las personas para participar activamente.
- Mayor identificación como Iglesia Diocesana.
- Cercanía física al Santo Padre.
- Presencia abundante de jóvenes
- Animación de la Pastoral juvenil.
- Signos externos de fe y pertenencia a la Iglesia.
- Propició un cambio en lo individual y comunitario.

LOS EQUIPOS DE TRABAJO ANOTARON LOS SIGUIENTES ASPECTOS:

POSITIVO:

- Abnegación al aceptar el cansancio.
- Solidaridad para ayudar en otras comisiones.
- Preocupación por dar una buena imagen al Santo Padre y a los visitantes.
- Entusiasmo y unidad.
- Se propició la amistad.
- Labor de equipo.
- Creatividad para organizar el evento.
- Convicción y esfuerzo.
- Experiencia fuerte de fe y de Iglesia.
- Oración y convivencia.

NEGATIVO:

- Con los jóvenes se intentó un proceso de planeación, que no se logró del todo.
- Improvisación de un Movimiento Nacional.
- Pocos espacios de participación para los jóvenes en la liturgia.

- Hubo algunos alardes de excesiva seguridad.
- Información no muy adecuada.
- Una misma persona se comprometía en varias comisiones y quedaba mal.

Estos datos fueron tomados de la evaluación realizada el sábado 19 de mayo en el Seminario Mayor. Asistieron los miembros del comité coordinador y el trabajo se realizó por áreas primero y luego por equipos.

Hubo misa de acción de gracias, comida y convivencia.

SALUDO DEL SR. OBISPO AL SANTO PADRE EN LA CATEDRAL

Santísimo Padre:

Vuestra presencia entre nosotros, es una gracia que no merecemos. Por eso, quiero daros la bienvenida, en primer lugar, a nombre de quién os ha movido a venir a este Santuario: a nombre de María, la Virgen, la Madre, la Reina; la que os rodeó de ternura en vuestra infancia y juventud; la que os ha dado consuelo y fortaleza en las pruebas tremendas que habéis soportado por el Reino de Cristo; la que os salvó la vida porque vio que os necesitaban la Iglesia y el mundo. Ella os recibe y acoge de nuevo en estos momentos en su corazón, en esta Imagen bendita de Nuestra Señora de San Juan, porque os habéis consagrado a Ella, todo entero: "TOTUS TUUS". Esto nos movió a elegir, como lema de esta visita vuestra: "María en el corazón del Papa, y el Papa en el corazón de María"

Y nosotros también, en este encuentro saludamos y os saludamos y os decimos que, desde ahora y para siempre, el Papa estará en nuestros corazones y, quisiéramos también, tener un lugarcito en el corazón del Papa.

San Juan de los Lagos, Jal., Mayo 8 de 1990.